

N O S O T R O S

PREFERENCIAS MENTALES EN EL HABLA DEL GAUCHO (*)

¿HASTA qué punto es científicamente lícito y posible deducir del vocabulario de una región una modalidad mental, ciertos hábitos y gustos mentales, cierto estilo, en fin, en sus hablantes? El Diccionario consigna la significación de cada palabra, o, más ceñidamente, declara el objeto o realidad a que se refiere la palabra: "*Clavel*. Planta de la familia de las cariofileas..." Pero, aun dejando de lado esa confusión frecuente entre objeto mental y objeto real, que hace incluir en el significado rasgos que le son ajenos, los diccionarios no se proponen otra cosa que registrar la significación de la palabra, su referencia lógica a un objeto. Y lo que el espíritu de las gentes vive cuando realmente emplea esas palabras, eso en que consistirá su modalidad, su índole, su matiz espiritual peculiar, eso queda absolutamente fuera de los Diccionarios, como si sólo fuese cuestión azarosa de cada momento y no reducible a estudio sistemático, como si fuese cuestión de la vida y no del idioma. Mas ¿realmente el idioma es tan ajeno a la vida?

La significación de una palabra no se agota con haber señalado el objeto significado. También implica el modo de la significación, que es el modo de enfocar ese objeto y el modo de interesarse el sujeto por él. Que le pregunten a un resero de la Pampa si significa lo mismo *mi caballo* que *mi pingo* o que *mi flete*. Y todavía algo mucho más enraigado en nuestra vida total

(*) Capítulo de un libro de próxima publicación, que se titulará *El problema argentino de la lengua*.

que la mera consignación despectiva, compasiva, encomiástica, etc.: La significación de una palabra está determinada por el modo de engranarse con las demás significaciones. Cada significación está limitada y precisada por las vecinas. ¿Cómo comprender *tibio* sin saber nada de *frío* ni de *caliente*? Una palabra cobra su sentido pleno sólo gracias al principio subordinador y coordinador con que el hablante la engancha con otras palabras. Principio subordinador, toma de posición del sujeto, punto de enfocamiento, modo de interesarse. Es fácil su comprobación si se toman unas pocas palabras de significación afin, como *frío-tibio-caliente-ardiente*, etc., o la nomenclatura de los colores. Se ve que forman un sistema cerrado dentro de la lengua. Pero no es tampoco difícil ver que ese sistema a su vez está comprendido en otro más amplio, y éste en otro, hasta llegar a un principio subordinador que gobierna la lengua entera. Esto es lo que se llama desde Humboldt la *forma interior de lenguaje* (1), y se relaciona con el concepto filosófico de la *Weltanschauung*. Las palabras no son simples rótulos que ponemos a los objetos reales, ya de por sí y de antemano delimitados e individualizados; son un modo de dividir, objetivar, delimitar y coordinar la realidad. Las significaciones de las palabras forman como una retícula en la que hacemos encajar la realidad deformándola (no: lo justo será decir *formándola*, dándole forma); constituyen como una escala de rangos y categorías en la que cada tramo está fijado por el interés y la labor valorativa del hablante. Las palabras no se limitan nunca a nombrar el

(1) La idea lingüístico-filosófica de la forma interior del lenguaje tiene dos caras muy diferentes. La una responde a la unidad o más bien coherencia de cultura o de visión cultural. En este aspecto toda lengua exige una forma interior peculiar. (Lo cual no quiere decir que la forma interior de lenguaje sea en un idioma un estático esquema lógico reducible a definición. La forma interior es lo más vivo de los idiomas y por lo tanto lo más movido; es más de orden intuicional que racional y está en constante evolución. La idea luminosa de Humboldt ha sido desatendida por la lingüística durante casi un siglo. Hoy ha sido colocada en su puesto de honor, pero todavía los esfuerzos de filósofos y lingüistas se encaminan casi exclusivamente a fijar el alcance y significación de la idea misma. Las investigaciones son escasísimas y fragmentarias y en el terreno histórico-evolutivo creo que faltan del todo. Ni siquiera se suele aludir a esta condición de perpetuo cambio que tiene la forma interior de un idioma, pero una vez enunciada no creo halle contradictores. Esta misma condición explica que, sobre todo en idiomas muy extendidos geográficamente, la forma interior adopte variantes en cada región. Y tam-

objeto: siempre denuncian una tensión interesada entre sujeto y objeto.

Desde este punto de vista de la forma interior de lenguaje, podemos señalar dos rasgos mentales del habla pampeana. Uno se refiere a la vegetación espontánea de la llanura; el otro al caballo.

El paisano no llama *hierba* a la vegetación herbácea de su suelo. Conoce, sí, y usa esta palabra (que pronuncia *yerba* con una y un poco rehilada, aunque no tanto ni tan arrastrada como en la pronunciación de Buenos Aires y de las otras ciudades del Litoral; en todo el Río de la Plata se ortografía fonéticamente *yerba*). Pero el sentido es otro. Es un término venido desde la industria *yerbatera* para designar la "hierba misionera", "hierba paraguaya", "hierba argentina", "hierba brasileña o parana-guá", "hierba mate", es decir, el *caá mini* de los guaraníes: la hoja del árbol *Ilex paraguayensis* tostada y molida para ser utilizada en infusiones. El argentino no se representa la *yerba* como vegetación en el campo, sino como producto industrializado que adquiere en el almacén o en la pulpería, ya que sólo después de tostada y molida la hoja del *Ilex paraguayensis* adquiere aspecto de hierba triturada.

Vamos a dejar, pues, de lado la *yerba*, porque ahora hemos de considerar con qué estilo mental piensa el paisano ganadero la vegetación espontánea de la Pampa; deben quedar también entre paréntesis los *árboles*, frutales o no, que el gaucho llama *plantas* (una planta de durazno, etc.) ya que se deben en la Pampa a la mano del hombre y, son raros. Y entonces compro-

bién en cada individuo. El estilo nace del conflicto y necesario maridaje entre la forma interior comunal y la individualidad. De aquí la imposibilidad de traducir a otra lengua en su última intimidad las obras literarias.)

La otra cara de la forma interior se refiere al repertorio limitado de esquemas lógicos que deben ser realizados — de modos culturalmente diversos — por todo idioma. Bien podríamos diferenciar en español, de un lado, la forma interior *de* lenguaje que corresponde a un idioma dado, y de otro, la forma interior *del* lenguaje. Aquí nos ocupamos del lado cultural de un habla determinada. El lector español puede ahora ver una magnífica exposición del lado lógico y general de esta idea en el libro de E. Husserl, *Investigaciones lógicas*, tomo II, investigación VI. (Publicado en la Biblioteca de la "Revista de Occidente.") Según nota del autor, se trata de una investigación personal, que, sorprendentemente, ha llevado a Husserl a una concepción muy próxima a la que hace un siglo esbozó Humboldt.

bamos que el paisano ganadero casi reduce toda la vegetación de sus campos a estas cuatro clases: pasto, cardos, paja, yuyos (1).

A veces reconoce subespecies, sobre todo de las dos primeras: son pastos *el alfilerillo, la avena guacha, el trébol, la cebadilla, la gramilla, la flechilla*; hay pastos duros o fuertes; pastos tiernos o blandos o dulces, pastos de bañado y pastos de puna; hay el cardo de Castilla, el asnal, el ruso, el negro, el cardo santo, el cardón; hay entre las pajas la chica o totora, la cortadera, la brava o de Santa Fe, la colorada, la mansa; pero todos son pastos, cardos o pajas, respectivamente, y éstos son, con mucho, los nombres que más comúnmente reciben. El pensamiento del paisano ganadero se administra normalmente con estos cuatro conceptos —*pasto, cardos paja, yuyos*—, que se delimitan y precisan mutuamente y se sostienen con gravitación recíproca como una constelación. Se ve una misma toma de posición, un mismo enfocamiento para todos ellos, un hilo intencional que los enhebra: Son pastos todas las hierbas de calidad alimenticia para el ganado. La hierba que nace entre el empedrado de algunas callejas olvidadas de Madrid, o en lo alto de algunos muros arruinados, se llamaría aquí *pasto*; *entre las piedras nace pastito*, diría un argentino. En España *pasto* es la hierba destinada a que el ganado la coma en el mismo terreno donde se cría; en la Pampa es también la que podría ser buen alimento si se destinara al ganado. No es un uso de la hierba, sino la hierba misma identificada con su uso. La *paja* es una vegetación áspera que se extiende por el campo, especialmente en terrenos anegadizos, haciéndolo inútil para el pastoreo; sólo cuando la paja está muy verde y tierna el ganado vacuno se pone a despuntarla si no tiene pasto. (Quede ahora de lado la utilización que el gaucho hace de la paja para techados). Los *yuyos* son la vegetación enteramente inútil y hasta dañina para el ganado, son lo que el ganado rechaza: maleza, hierbajos (2).

(1) Se distinguen y denominan aparte el *hunco* (pronunciado *unco*) o *junco*, y el *esparto*.

(2) El uso que a veces hace de los yuyos la medicina popular no entra en cuenta en esta repartición económica que el paisano hace de los vegetales; antes bien, el gaucho pone un poco de admiración en que se obtengan virtudes maravillosas de cosas en apariencia inútiles; inútiles según su visión normal de la naturaleza y de su vida.

¿Y qué son los *cardos* en este concierto? Un peninsular incluiría los cardos entre los yuyos: *maleza*. La Academia define: "*Cardizal*. Sitio en que abundan los cardos y otras hierbas inútiles". Pero un argentino no confundirá jamás un cardal con un yuyal, y, además, reparará en seguida si en un yuyal hay cardos. Los cardos son cosas aparte, clase aparte. Los cardos han sido un factor importantísimo al poblar esta parte de América y en la vida de su colonia. He aquí un testimonio: El padre José Cardiel ha descubierto frente al mar un excelente paraje para edificar un pueblo, junto al actual Río Quequén Grande, según contrasta sabiamente el profesor D. Félix F. Outes. Buenos pastos, mucha y rica caza, abundante pesca, piedra blanca para hacer cal, peñascos para edificar. Y añade en su *Diario del viaje y misión al río del Sauce* (realizado en 1748): "Sólo le faltaba leña, como le faltó al principio a Buenos Aires, pero la suple la gran abundancia de estiercol de caballo y huesos que hay aquí más que en otras partes; y si se hiciera población, podrá sembrarse un año antes mucha semilla de cardos silvestres, que es la leña de Buenos Aires, y los hay muy crecidos en las orillas de un arroyo como once leguas más al norte y muchos más en los campos del Volcán distantes 26 leguas, y después se podrán hacer bosques de sauces y otros árboles para edificios".

Se ve que para aquellos beneméritos fundadores, el cardo se destacaba como objeto aparte por ser a menudo la única planta leñosa con que podían contar para su existencia. Por aquel entonces el objeto "cardo" era un valor no relacionado estrechamente con *pasto—paja—yuyo* al rededor de la vida del gaucho. Pero luego van cambiando las condiciones de vida, durante el virreinato y desde la Independencia. Y aunque todavía hoy utiliza el resero los cardos para leña, —como utiliza la bosta—, el disponer de árboles y de carbón en las estancias le ha permitido derivar el valor "cardo" hacia la zona de intereses formada por la alimentación del ganado. Y hoy los cardos son, ante todo, alimento de reserva para el ganado; el pastor los ensila para forraje y son preciosos en época de sequía. Y aun en cualquier

(1) En las Publicaciones del Instituto de Investigaciones Geográficas de la Facultad de Filosofía y Letras. Serie A, número 13. Buenos Aires, 1930-1933, pág. 268.

tiempo las vacas buscan el *cardo asnal* (en España *borriqueño*) y el *de Castilla*.

Téngase en cuenta lo reciente de esta mutación en el valor de *cardo*, y que por eso guarda a veces parte de su valor colonial. Salvado esto, resulta que cada uno de estos cuatro conceptos (en el hablar, valores) está deslindado por los otros del sistema.

Cada concepto está deslindado por los otros del sistema con una perspectiva unitaria: la de una economía ganadera. Este punto unitario de subordinación, que es lo que constituye la "forma interior del lenguaje", ha ido desplazando progresivamente las significaciones de esas cuatro palabras, encajándolas y armándolas en maquinaria nueva. *Yuyo* significaba antiguamente, como todavía significa en el Perú, en Colombia, en el Ecuador, las hierbas comestibles para el hombre, las verduras. Pero aquí el colono español y el criollo, que no eran hervíboros, se desentendieron de ese significado y guardaron la palabra *yuyo* para designar otra clase de vegetación que les afectaba más directamente. En la visión de la naturaleza que tenía el argentino, cada vez se fué afirmando más la idea de que, en la vegetación espontánea, *yuyo* era exactamente lo que no era *pasto*, ni *paja*, ni *cardo*. Las palabras que usamos forman como un sistema planetario y gravitan hacia los centros de interés vital que constituyen el sentido mismo de nuestra vida. Al desplazarse y mudarse los centros de nuestro interés, todo el sistema léxico se va descolocando y reorganizando según el nuevo sentido íntimo. El desplazamiento de significado en el argentino *yuyo*, así como el cambio de "valor" en la palabra *cardo*, se debe a que ha cambiado el principio de subordinación, el punto central de mira que coordina en sistema una pluralidad de términos. Algo de su lengua. Algo que nos mediodescubra sus anhelos, sus luchas, sus fantasías, sus prejuicios, sus hitos, sus temores, hechos forma en el lenguaje. En boca de los argentinos del llano, ni *paja*, ni *yuyo*, ni *pasto*, tienen ya hoy el mismo significado que en el español general, y *cardo*, aunque con el mismo significado, tiene muy diferente "valor".

Esta humanidad pampeana se plantó en la llanura centrando su vida en la ganadería, y este interés vital le hizo conformar, estructurar, partir, desmembrar, articular, es decir, dar forma,

formar la naturaleza (por lo menos, esta porción más directamente afectada) atendiendo a lo que le importaba. Estos cuatro nombres no son, ni mucho menos, cuatro rótulos que el hombre de la Pampa ha puesto a cuatro objetos genéricos que ya estaban ahí, esperando no más su bautismo; son los géneros mismos los creados, conformados y deslindados con un nuevo principio de subordinación, con una nueva forma interior de lenguaje, que es el valor de los vegetales respecto al peculiar trabajo del ganadero pampeano. Esos cuatro conceptos no implican meros juicios de conocimiento, sino juicios de valor. Es una partición y clasificación de los vegetales espontáneos de la llanura que no se preocupa para nada de coincidir con la botánica. Es esencialmente, económica. El pampeano mira la naturaleza vegetal con ojo estrictamente económico, con la característica de que sus valoraciones económicas se refieren sistemáticamente al ganado. Apenas conoce nombres de flores (1). Sabida es su indiferencia para con los árboles.

Cierto que la vegetación pampeana tiene muy escasa variedad, que se dan en ella pocas flores y que no hay árboles, fuera de los que los estancieros plantan alrededor de sus casas. Pero no porque el resero argentino haya tenido en las condiciones objetivas de su escenario puntos de apoyo para la partición peculiar que ha hecho de los vegetales, deja ésta de ser un rasgo de su fisonomía mental. Una innovación literaria o una obra de arte no queda jamás explicada por la anotación más

(1) El Dr. Bartolomé J. Ronco, consultado por mí sobre este pasaje me confirma: "La flora de la pampa no es propicia para las flores. Siempre me llamó la atención el nombre "Las Flores" que lleva una ciudad inmediata a la de Azul. Investigué el origen. Se dió ese nombre al pueblo, tomándolo del que designaba un arroyo que desemboca en el río Salado. En la época del virrey Vértiz — año 1777 —, expedicionarios enviados por dicho virrey dieron al mencionado arroyo el nombre "Las Flores" porque en sus márgenes había muchas florecillas silvestres. Yo no conozco más flores silvestres que las "margaritas del campo", la "flor de sapo", la "flor de trébol", el "penacho de la cortadera", la "flor amarilla" y algunas otras de las cuales no he oído nombre alguno que las determine. Se puede comprobar en los poemas gauchescos la inexistencia de nombres de flores; a lo sumo se encuentran las expresiones "flores del campo", "flores silvestres", "florcita", "flor de cardo". Yo pienso que los pampeanos de mediados del siglo XIX y los de épocas anteriores no conocían casi ningún nombre de flor y que las que veían las designaban, determinándolas, con el nombre de la planta que las producía, por ejemplo "flor de cardo", "flor de durazno", etc."

justa de las condiciones culturales o ambientales en que se ha producido, y no parece imperdonable que un Taine prestara todo su talento a semejante empresa. Condición no es causa, aunque el positivismo de la crítica literaria y de la lingüística las confundiera a cada paso. Sin posible identificación ni confusión con las condiciones en que la creación artística o la idiomática ha tenido lugar, está la creación misma, que es espíritu y libertad. 'Yo no trato de exponer aquí milagreramente que los pastores argentinos del llano hayan hecho la hazaña inaudita de acomodar al ambiente la lengua heredada de España. Por el contrario, lo que pretendo demostrar es cómo, con que *cómo* peculiar han cumplido esa acomodación, y que no se trata de un puro reajuste del idioma a un nuevo orden de cosas que se les impuso íntegramente desde fuera, sino que el nuevo orden — y, por lo tanto, las cosas mismas como tales objetos desindados — ha sido creado por ellos, demandado por sus nuevos centros de interés vital. De lo cual resulta que la acomodación de la lengua al ambiente nuevo y la partición, deslinde y ordenación de ese ambiente no son hechos sucesivos, ni siquiera superpuestos, sino un mismo acto espiritual, y que, por consiguiente, estas variaciones de sentido no son puros actos mecánicos de acomodación, sino de creación.

Tomadas por fuera las palabras argentinas *pasto*, *cardos*, *paja*, *yuyos*, podrán parecer semánticamente intactas, o, cuando más, con variaciones en cada una, que la semántica divulgada de Bréal y Darmesteter reduciría a "extensión" o "reducción"; pero si las miramos por dentro las encontramos henchidas de un nuevo sentido de la vida, que se denuncia no en la variación sufrida por cada palabra aislada, sino en su nueva coordinación y común subordinación a un principio unitario: su valor económico en atención al ganado. Este principio subordinador, este punto de mira y modo de interesarse por los vegetales espontáneos de la llanura los ha distinguido y repartido en cuatro *clases* que se engranan y se excluyen recíprocamente. Esto es lo particular del habla del llano argentino.

Sentido económico para los vegetales claro que hay en los rústicos de todo el mundo, pero lo característico de aquí, lo fisonómico — y no quiero decir lo exclusivo — es tanto el carácter

estricto de ese sentido, como su mínimo esquema de clases, como el tomar el ganado por punto central de referencia. En cambio los serranos de Córdoba, para quienes la vegetación espontánea no tiene el mismo interés económico que para el pampeano, distinguen y nombran flor por flor, arbusto por arbusto, mata por mata. Y les prestan cuidados cariñosos y les ponen nombres poéticos: *corona de novia* (nombre que llega hasta Buenos Aires), *flor del aire*, *pasionaria* o *flor de pasión*, *flor de patito*, *flor de San José*, *alelí del campo*, *flor de seda*, *cuna del Niño Jesús*, *jazmín del cielo*, *hierba de Santa Lucía*, *Santa Rita*, *tabaquillo*, *trébol de olor*, además de las *margaritas del campo*, *siemprevivas*, *nomeolvides*, etc., etc.

Lo mismo vale para los catamarqueños, tucumanos y jujeños. Juan Alfonso Carrizo en sus *Antiguos Cantos Populares Argentinos*, pág. 22, opone, con miras distintas a las mías, el canto de un payador del litoral al de un poeta montañés. Dice el del llano:

Hace un año que yo ando
Alrededor de tu rancho;
Las vueltas como carancho
Que algún pollo anda bichando.
Yo por tu amor voy quedando
Pobre, triste y arruinado;
Sin pilchas y sin recaos,
Sin poncho con qué taparme,
Y vos no querés amarme:
¡Pucha, que soy disgraciado!

Y en cambio el montañés:

Las aves que hicieron nido
En árbol de hojas cargado,
Lo miran desconocido
Cuando lo ven deshojado.
Vestido de verdes hojas
Todo árbol es muy hermoso.
Pero, ¡qué triste y penoso,
Cuando el tiempo los deshoja!
Porque perdiendo sus hojas,
Ya no es quien antes ha sido,
Ni las sombras que ha tenido
Tiene para aquel entonces,
Y tal vez ni lo conocen
Las aves que hicieron nido.

Estos dos cantos, tan desemejantes, son en primer lugar documentos para conocer la mentalidad individual de sus autores

respectivos; pero también para la fisonomía mental diferente del pueblo argentino de los llanos y del de las sierras.

Ni payadores ni poetas, en efecto, dejan de tener su iniciativa personal; pero en este caso, como en tantos otros, hay que reconocer que cada uno se ha movido dentro del gusto colectivo que caracteriza respectivamente a los del llano y a los de la sierra. (Este es el significado histórico-cultural que hay en toda obra poética). La actividad imaginativa de los serranos (imágenes, metáforas, comparaciones) va a menudo hacia el reino vegetal, porque los andinos no sólo conocen y aprovechan la utilidad relativa de los vegetales, sino que los contemplan, los ven con deleitación morosa, los miran con ojos estéticos. En cambio los del litoral tienen una concepción cerradamente utilitaria (pastoril) de los vegetales y su actividad fantasística toma otros rumbos.

Esto se puede comprobar en la literatura gauchesca. Los poetas gauchescos, ciertamente no son gauchos sino hombres urbanos; pero ellos han procurado esmeradamente aprender y repetir imágenes y metáforas efectivamente rústicas y, cuando no, crearlas en el estilo de las sabidas. Esto ha hecho que el repertorio de tipos gauchescos de imaginación, tal como se puede comprobar en Ascasubi, Del Campo, Hernández, Güiraldes, Lynch, resulte necesariamente algo más achicado que en la realidad, pues el gaucho mismo procede con la entera libertad de su gusto (colectivo y personal), mientras que sus poetas han de ajustarse al conocimiento sistematizado que tienen de ese gusto gauchesco, prefiriendo las más veces los tipos más característicos. Así se obtiene sin duda no un retrato exacto de la actividad fantasística del gaucho, sino una fisonomía en la que sólo entran los rasgos más acusados. Pero como éstos son precisamente los que nos interesan también a nosotros ahora, como los más propios para una caracterización, ya que no se trata de posibilidades sino de preferencias mentales, me parece lícito traer aquí a cuento el testimonio de los poetas que han remedado el habla rústica del Litoral, en aquellos caso en que podemos comprobar que el remedo ha sido feliz. Pues bien: salvo Del Campo, poeta también urbano, que parece no haber renunciado a nada del arsenal retórico corriente en su época, sin proponerse ceñirse al gauchesco, los demás apenas usan referentes a los vegetales más que esas imá-

genes y comparaciones mostrencas, descoloridas, otra vez camino de la abstracción, que son: *más colorao que un tomate; más manso, más güeno que una malva; como un tronco, como una uva*, etc. En *La Lengua de Martín Fierro*, de E. F. Tiscornia, (Instituto de Filología, Buenos Aires, 1930), puede verse un registro y clasificación de estas imágenes y comparaciones.

Creo que en todos los escritores gauchescos hay constancia de un sutil conocimiento especial que el paisano tiene en este aspecto de la naturaleza. José Hernández lo dice así:

Pa el lao en que el sol se dentra
dueblan los pastos la punta.

Pero se ve en seguida que se trata aquí de un conocimiento utilitario del que los rastreadores se valen para la orientación. También nos hablan de las facultades asombrosas de algunos gauchos de reconocer un paraje por el olor y el sabor del pasto; lo cual viene a parar a lo mismo.

Como sería de esperar, el paisano de la Pampa no aplica exclusivamente este enfocamiento utilitario de la naturaleza a los vegetales. Una análoga toma de posición se advierte en la división que hace de los animales agrestes en *bichos* y *sabandijas*, esto es, en utilizables y no utilizables para su alimento. Oposición que se corresponde con justeza a los términos *pasto-yuyos*. Y nótese que ni *bicho* ni *sabandija* tienen en boca del paisano de la Pampa el mismo significado que en España, ni se limita la divergencia a trastocar nombres y objetos, en un mundo de objetos ya existentes; sino que se trata de algo más hondo y central: de la creación de nuevos objetos con nuevos lindes y nuevas condiciones. Se trata de que para el gaucho la masa continua de la naturaleza se agrieta y divide por costuras nuevas, porque de sus condiciones particulares de vida ha sacado un peculiar principio clasificador y subordinador.

Sin duda podríamos perseguir en otros aspectos este mismo principio económico de subordinación con que el argentino de los campos llanos articula y conforma su ambiente con visión peculiar. Pero nuestro intento ahora es otro: mostrar el contraste con que los paisanos del Litoral y de la Pampa piensan los

animales y los vegetales. Ya hemos visto que emplean un enfocamiento análogo, un punto de vista concorde y una misma toma de posición interesada, que es la del valor económico, para conocer y reconocer unos y otros. Pero el contraste salta cuando notamos que, además de esa guiñada económica, el paisano tiene para los animales — y no para los vegetales — largas miradas fantásticas, humorísticas, afectivas, estéticas. Estéticas en el sentido estricto del término, — y no sólo pensando “¡qué lindo!” — miradas intuitivas de comprensión y de identificación con lo mirado, ese mirar un objeto desde dentro de él, que es el milagro estético. En la vida de tinieblas e instintos de los animales, la mirada estética del paisano infunde y enciende espíritu. Las continuas comparaciones con el chajá, con el tero, la mulita, el chimango, la tortuga, el sapo, el peludo, el avestruz, etc., etc., no son en la literatura gauchesca artificio retórico de poetas sino reflejo comprobado del habla real de los paisanos. Nombres de aves como *copetona*, *mirasol*, *viuda loca*, *viudita*, etc., denuncian contemplación estética. Al paisano le gusta individualizar por la estampa todos los animales domésticos: el gallo *giro*, la gallina *bataraza*, el gato *barcino*, la vaca *hosca*.

Y de entre todos, hay un animal que hace excepción en el modo habitual de ser pensado por el paisano de la tierra llana: el caballo. Si hemos visto que los vegetales son pensados por conceptos que encierran juicios de valor económico, como alusiones esquemáticas y conceptuales a una escala de valores económicos, el caballo en cambio es pensado por representaciones. No hay por qué recaer ahora en el viejo pleito filosófico de si uno piensa por conceptos o por representaciones, pues éste se refiere a la posibilidad mental de hacerlo. De hecho, en nuestro pensamiento las representaciones de la fantasía tienen como un esqueleto intelectual, y los conceptos se refuerzan y se cumplen gracias a representaciones de la fantasía, siquiera sean fragmentarias y genéricas. Si decimos, pues, que el paisano argentino piensa los vegetales por conceptos (1) y el caballo por re-

(1) El sentido económico es como el carozo de los actos de pensamiento *pasto*, *cardos*, *paja*, *yuyos*, lo cual no quita que haya también en ellos representaciones concomitantes de la fantasía: así el concepto de *yuyos* implica determinada altura (mayor que en el pasto, menor que en los cardos, exceptuando la reciente *cicuta*), cierta exhuberancia en la foliación, cierto desorden, etc. Pero estas representaciones son accesorias y no intervienen como principio clasificador. Únicamente en *cardos* parecen participar junto con el concepto económico.

presentaciones, se trata de un más y de un menos; pero en un sentido cualitativo, como vamos a ver.

En un viaje de observación — varias semanas — por los campos vecinos al Azul (provincia de Buenos Aires), me llamó la atención que los paisanos no dijeran nunca *mi caballo*, *me fui a caballo*, *ensilló su caballo* y análogos, sino que siempre, sin que yo pudiera advertir una sola excepción, consignaban qué pelaje tenía aquel caballo. Luego lo quise comprobar en los autores de temas gauchescos. Y es como una ley. Por no ejemplificar con todos, elijamos a uno de los que con mayor acierto y sinceridad han representado la modalidad gaucha, nuestro primer novelista de hoy, Benito Lynch, y con ejemplos de una sola de sus novelas breves (o cuentos largos, más bien): *Raquela*. “Mi picazo, o mejor dicho, el picazo overo de Ernesto que yo montaba...” “Domingo elásticamente montado en su malacara grandote...” “El gaucho sofrenó al malacara y lo puso al tranco.” “Todo el día sabe andar (dice Domingo) galopando por el campo, en una yegua alazana que parece una pintura.” “...y aplicando dos sonoros lonjazos a su manchado, echó por el bajo a gran galope.” “El picazo iba floreándose a su gusto...” “...aguardaba impaciente que le ensillasen su gran tostado roano...” “...en un gateado overo...” “Vi que uno de ellos, un tordillo panzón, tenía el pelo soflamado *del lao del lazo* y que a otro, un malacara pampa, le comenzaba a arder la bajera.” No hacen falta más ejemplos. En su mayoría, Lynch los pone en boca del protagonista, que es un literato de Buenos Aires en temporada de campo. El hábito mental del paisano de pensar el caballo por representaciones es en mucho compartido por los porteños que por su tradición familiar o por sus intereses tengan algo que ver con el campo. No lo deduzco de la literatura de Lynch, sino que cualquiera lo puede comprobar si habla con ellos.

¿Qué podrá significar en el pensamiento del paisano esa necesidad que siente de decir el pelaje del caballo? Significa que el gaucho no se satisface con hacer una referencia intencional al caballo cuando piensa en él y habla de él; no le basta su concepto lógico sino que necesita su representación. No lo piensa sólo con la razón, sino también con la fantasía. Y esto no por azar, ni por capricho, ni por no sé qué fatalidad, sino porque la fantasía se ve

requerida por el especial interés afectivo que el paisano tiene por el caballo. El caballo le ha dado la Pampa y se la hace posible cada día. El caballo es su compañero, casi su amigo, su "aparcero". Y el paisano no se limita a utilizarlo como un instrumento más, aunque el más precioso; pone también en él su complacencia.

Los términos referentes al caballo no implican meros juicios lógicos, son también juicios de valor; pero no sólo de valor económico, como vimos en los vegetales, sino también de valor afectivo. Hasta el adorno y boato personal del gaucho se prolonga en el caballo: el estilo y la platería de su facón y de su cinto se continúan por las espuelas, por el rebenque y por el lazo hasta el recado del caballo. Esta relación afectiva, y no de mera razón y explotación, se ve también en la variedad de nombres que el paisano le da: *pingo*, *flete*, *petiso*, *parejero*, *matungo*, *zoco*, *man-carrón*, *cinarrón*, *crédito*, *rocinante*, *redomón*, *bagüal*, *bichoco*, etc. Así es que cuando, en el fluir de su pensamiento, el paisano llega al punto de mentar un caballo, la fantasía salta como al resorte de esa actitud afectiva que el gaucho tiene para su colabrador. El paisano necesita individualizarlo. No le basta inteligirlo, tiene que verlo mentalmente, pensarlo contemplativamente. La fantasía interviene exigida por la afectividad, por un modo de emoción.

El Dr. Ronco, que está recogiendo un riquísimo *Glosario gauchesco de voces ganaderas*, ha reunido dos centenares de nombres de pelajes. De nombres, simples o combinados, que tienen vida efectiva en las mentes y en las bocas de los paisanos, correspondiendo a una segura y fácil distinción de los pelajes nombrados, aun de los más raros e infrecuentes: un paisanito de trece años me decía que nunca había visto un yaguané (1), luego que creía haber visto uno hacía dos años en tal sitio; de cualquier manera sabía con entera certeza y se representaba con exactitud qué cosa era un caballo yaguané. Esto no sería posible sin la exigencia mental que el paisano se ha creado de pensar representacionalmente el caballo, y sin la riqueza de conceptos de pelajes que encuentra teslindados en su lengua. Recuértese sobre esto el

(1) Pelaje frecuente en los bovinos, rarísimo en los yeguarizos y más simplificado; realmente, en el caballo es otro tipo que en el toro, aunque análogo.

famoso pasaje de Sarmiento (*Facundo*, capítulo II, "Originalidad y caracteres argentinos"): "El Gaucho Malo no es un bandido, no es un salteador: el ataque a la vida no entra en su idea, como el robo no entraba en la idea del Churriador; roba, es cierto, pero ésta es su profesión, su tráfico, su ciencia. Roba caballos. Una vez viene al real de una tropa del interior; el patrón propone comprarle un caballo de tal pelo extraordinario, de tal figura, de tales prendas, con una estrella blanca en la paleta. El gaucho se recoge, medita un momento, y, después de un rato de silencio, contesta: "No hay actualmente caballo así". ¿Qué ha estado pensando el gaucho? En aquel momento ha recorrido con su mente mil estancias de la pampa, ha visto y examinado todos los caballos que hay en la provincia, con sus marcas, color, señas particulares, y convenciéndose de que no hay ninguno que tenga una estrella en la paleta: unos la tienen en la frente, otros una mancha blanca en el anca". Tampoco sería posible esta portentosa memoria visual que el Gaucho Malo * guardaba de cuantos caballos había conocido, de no poseer, junto con los nombres de pelajes, también los símbolos conceptuales correspondientes. Esos símbolos son como ejes alrededor de los cuales el gaucho ha ido organizando todas sus visiones de pelajes, formando con ellas unidades, tipos de composiciones de colores. Según vemos gracias a la moderna filosofía de los símbolos (Cassirer), sólo cuando el pelaje individual de un caballo ha sido referido por el gaucho a un tipo idiomático-conceptual (éste es un zaino, un porcelana, etc.) es cuando se lo tiene reducido a unidad, ganado para la experiencia y para la economía del pensamiento y de la memoria. Y entonces es cuando se puede con entera certeza ver y recordar qué detalles peculiares tiene aquel caballo individual como arbitrariedades inscriptas en un orden. Pero primero hay que ver el orden.

De los dos centenares de nombres de pelaje, unos son con-

(*) Sabido es que en este originario sentido, ni casi en ningún otro, ya no hay gauchos en la Argentina. Han desaparecido como tipo étnico, como de profesión al margen de la ley y como de vestido pintoresco. Hoy llamamos gauchos, por mera comodidad filológica, a los habitantes rurales de la provincia de Buenos Aires y del Litoral. Ellos se llaman paisanos. Gaucho ha quedado en su lenguaje más bien como adjetivo y ha cambiado de valor.

servados tradicionalmente del fondo antiguo y peninsular de la lengua: *bayo*, *overo*, *alazán*, *zaino*, *tordillo*, *moro*, *roano*, *cebruno* (*cervuno*), *plateado*, *doradillo*, *lobuno* (*lobero*), *entrepelado*, *negro*, *blanco*, *rosillo*, *sabino*, *rabicano*, *nevado*, *mosqueado*, *atigrado*, *tiznado* (ant. *atizonado*), *crespo*, etc., frecuentemente con alguna especialización del significado; otros son nominaciones que han dado los argentinos correspondiendo a creaciones directas del objeto, esto es, a la fijación e individualización de determinado tipo de pelaje. Estas nominaciones se hicieron por lo común con palabras de la misma lengua española; *gateado*, *lunarejo*, *picazo*, *gargantilla*, *testerilla*, *maskarilla*, *chorreado*, *blanco porcelana*, *gateado goma*, *huevo de pato*, *malacara*, *malacara cruzado*, etc., etc., o con indigenismos: *pangaré*, *yaguané*, *pampa*, *aporotado*, y alguno más quizá; y hasta con un origen anecdótico, como *tobiano* o *tubiano*, si es que viene de un Tobías que prefirió ese pelaje a otros. (Recuérdese en España el *isabelino*, lo que aquí *bayo blanco*).

Esta distinta procedencia de la nomenclatura tiene su significación histórica, pero no es éste el momento de detenerme a examinarla. Lo que ahora nos interesa es este otro aspecto: toda esta multitud de nombres está siempre bien segura y lista para funcionar en la mente del paisano actual. Y no se trata de meras palabras, de meros ruidos: el paisano con ese repertorio verbal, posee también el respectivo repertorio de conceptos y representaciones. Para él, gracias a los nombres, están individualizados los pelajes correspondientes, son objetos distintos unos de otros, y cada uno coherente en sí y consistente al pensamiento. Gracias a los nombres, cada pelaje es identificable y pensable. Y si el paisano no necesita del nombre de un pelaje para verlo perfectamente en presencia de un caballo, sí lo necesita para verlo precisamente con esa construcción (*malacara cruzado*, p. ej.), pues el nombre, el símbolo, supone forma o visión formal del objeto; y lo necesita para poder reproducir a voluntad fantásticamente la representación del caballo ausente y, sobre todo, para poder provocarla en el interlocutor. Riqueza verbal es así riqueza mental, no, por cierto, en el sentido de que los pensamientos sean más filosóficamente profundos, sino en el sentido de una mayor potencia mental para diferenciar e identi-

car los objetos (1). Y esta riqueza se disfruta sin necesidad de verificar el repertorio: en estando éste en la cabeza, la aparición aislada de un nombre de pelaje la exhibe entera, porque, por la forma interior de lenguaje, cada nombre forma su objeto en atención a los otros, es decir, cada nombre designa un objeto cuyos límites y condiciones están fijados por los de los otros objetos. O lo que es lo mismo: cada significación vale en su referencia a las otras significaciones. También aquí tiene el paisano de la Pampa un punto de vista unitario para todos estos objetos, una forma interior de lenguaje, un modo de interés distinto del que nos ha demostrado respecto a los vegetales: y es uno estético, fomentado por la afección. Ese interés afectivo y esa actitud estética ha ido enriqueciendo el sistema de conocimientos del paisano, precisando, deslindando y conformando a su gusto (estilo) los objetos pertinentes. Y hoy el niño de la Pampa argentina recibe con el aprendizaje de la lengua esa rica herencia acumulada para él por las experiencias, los afectos, la inteligencia y la fantasía de sus antepasados lingüísticos.

Esto nos trae a los ojos el aspecto más profundo y filosófico del problema de la forma interior del lenguaje. ¿En qué relación se halla el pensamiento del individuo con las formas mentales fijadas por la comunidad? En nuestra visión del mundo, en nuestros

(1) El Dr. Ronco me comenta a este punto: "Entre hombres de cultura ciudadana es frecuente oír discusiones acerca de los colores o tonos o intensidad de matices que caracterizan un pelaje determinado. Tales discusiones no las he oído jamás entre gentes genuinas del ambiente rural. En una tropilla de cien animales hay veinte caballos bayos. Un paisano dice a otro lejos de la tropilla: "vaya y tráigame un bayo oscuro que hay en la tropilla". El interpelado trae el bayo oscuro que se le ha indicado. Algunas veces, yo he hecho la experiencia de considerar un caballo de pelo de matices confusos; luego, aisladamente he preguntado a varios paisanos el nombre de ese pelo; todos me han dado el mismo nombre; todos, sin comunicarse el uno con el otro, me han dicho por ejemplo, es "un bayo encerado". La gente de campo, quiero decir "el verdadero criollo", el "paisano", tiene un gran poder de individualización de los animales y de las cosas. No una sino muchas veces, he presenciado el caso de un rodeo de centenares de novillos que examinaban el dueño del galpón y su capataz, a los efectos de un "aparte", es decir, de una separación de determinados animales ya sea para llevarla a otro "cuadro" o "potrero", o para venderlos, o para formar una "tro-pa". El patrón, dándole órdenes a su capataz, señalaba los animales que debían separarse, indicándolos con el rebenque. El capataz al día siguiente o días más tarde, ayudado con los peones, separaba, apartaba, sin un solo error, todos y los mismos animales que había señalado el patrón. En cambio a mí me habían parecido colorados o manchados todos los animales".

modos de conocer, de querer, de emocionarnos, de fantasear, de valorar, ¿qué relación guarda lo creado con lo adoptado, lo individual con lo cultural? Pues al llegar al mundo, a todos nos ofrece el idioma un sistema de formas de conocer, valorar, querer, sentir y fantasear que no hay más que llenarlas, cumplirlas, henchirlas como moldes espectantes.

¿Nada más que henchirlas tal como se nos ofrecen? El individuo no renuncia jamás a su propia visión, a sus propios sentir, valorar, querer, conocer y fantasear, y se esfuerza de mil modos por hacer valer su personalidad. Y de hecho lo consigue, no solamente porque su inalienable personalidad ya se denuncia en el mismo elegir, de entre todas las formas de pensamiento que el idioma le ofrece, aquella o aquellas que juzga las más adecuadas a su actual propósito mental, sino por el modo peculiar de vivir esas formas. Sólo que esto le hace creer que siente y piensa enteramente por su cuenta, absolutamente de dentro a fuera, como si las formas de su pensar le nacieran irremisiblemente, *naturalmente*, con su pensamiento mismo, sin reparar que lo más es un aceptar y revivir las formas de mentalizar que su idioma le presenta desde fuera, y que él, al llenarlas con su espíritu personal, apenas reforma un mínimun. El lingüista y filósofo alemán Julio Stenzel ha precisado lo que la filosofía griega — incluso la lógica — debe a las formas idiomáticas del griego. La teoría tan aguda de A. Pfänder sobre la morfología de los conceptos (*Lógica*, parte II; publicada en la *Biblioteca de la Revista de Occidente*) es seguramente una conquista personal; pero no hubiera sido posible si su idioma no le hubiera dado ya al autor configuradas — convencionalmente configuradas — las formas de pensamiento que los tratados de nuestras gramáticas llaman sustantivo, adjetivo, verbo, adverbio, preposición y conjunción. (No digo si no hubiera dispuesto de las teorías gramaticales corrientes, que son despistadoras, sino de las formas mentales correspondientes que viven hasta los analfabetos.) Esa teoría lógica no puede nacer más que de una cabeza que, con la lengua materna, haya adquirido el hábito de pensar con determinados módulos que uno cree *naturales*; pero un chino, un bantú, un araucano, uno de lengua no indo-europea, no hubiera podido nunca concebirla, porque en el modo de pensar de su lengua

materna, que él también cree *natural*, lo más *natural* del mundo, no se cumple tal sistema morfológico de los conceptos, sobre todo en lo que se refiere a las subespecies de conceptos adyacentes.

La extraordinaria riqueza de nombres y conceptos de pelajes que los argentinos del llano poseen nos hace contemplar a nosotros, hombres de otras regiones, hombres de ciudad, hasta qué punto interviene la lengua en nuestra visión del mundo, en la diferenciación y en la ordenación de sus objetos. Y los objetos que la lengua nos advierte como pertenecientes a clases distintas, no tienen sólo condiciones cuantitativas sino también cualitativas, no están formados meramente por deslindes rayados en un mundo raso y quieto sino que responden a un complejo de *cualidades* — matungo, flete, parejero — que el hombre mismo ha combinado y erigido en unidad. De esto se deduce que la lengua materna despierta en nosotros también un sistema de valoraciones y de afecciones. Ciertamente que el individuo puede de adulto rebelarse contra tal sistema comunal de valoraciones y afecciones y poner en su estima y emoción el “mancarrón” sobre el “pingo”, como Baroja pone emocionadamente el plebeyo acordeón sobre el aristocrático violín y sobre los clarines épicos; pero para ello necesitará un esfuerzo personal que lo libre de la red de valoraciones en que la lengua lo tenía pescado. Y aun en tal caso, si la comunidad va viendo esa rebeldía como justificada, lo que sobreviene es una nueva reorganización de las valoraciones que otra vez adquieren fijación social en el idioma.

La riqueza léxica del ganadero argentino en nombres del caballo y de sus pelajes, revela, pues, una riqueza de conocimientos provocada por una atención afectiva y por una consiguiente actividad fantasística. Entre las mentes y los corazones de todos los antepasados lingüísticos de la Argentina han creado este sistema léxico en cuyo funcionamiento el resorte es el interés estético fomentado por la afección. Obra de ellos es tal creación, pero a su vez, la creación de los individuos se va imponiendo a la mente de las nuevas generaciones que se van agregando a la comunidad. Esa riqueza acumulada en la lengua se infiltra en las mentes y en los corazones de los argentinos que van naciendo, orientándolos, moldeándolos. Por contraste, véase qué penuria de términos cuando el punto de mira unita-

rio, ese enfocamiento y principio de subordinación, es cerradamente utilitario y económico, como es el del paisano frente a las hierbas del campo.

¿No nos ha de alarmar, por la significación que con esto cobra, la gran indigencia léxica que el argentino-masa de la capital padece en todos los aspectos de la vida? Léxico empobrecido es forma interior de lenguaje raquítica, pensamiento indiferenciado, objetos indistintos. Cuando he señalado en el ensayo primero, el alarmante empobrecimiento idiomático del porteño medio, no cabía escape a la vanidad de argüir que hombre de pocas palabras suele acusar entereza y seriedad de carácter. Eso es cosa aparte. En sus contadas palabras un hombre puede mostrar una extraordinaria riqueza idiomática, porque valiendo, en último término, la significación de cada palabra según su enganche con las demás del sistema, la riqueza está en la virtualidad de ese sistema y repertorio que el hombre parco de hablar puede tener bien alerta en su cabeza. Un gaucho posee su excepcional riqueza idiomática en cuanto a los pelajes, por más que sea silencioso; porque si sólo una vez despliega sus labios para decir *bayo*, el concepto y la representación correspondientes tienen una precisión y nitidez garantizadas y contrastadas por todos los restantes nombres de pelajes que él tiene en su mente y que al quedar excluidos determinan la significación de *bayo* con entera exactitud. Pero en Buenos Aires no se trata de que el hombre-masa habla poco, sino de que, cuando habla, sus palabras hacen referencia a un sistema idiomático lamentablemente empobrecido. La riqueza idiomática, en lo referente al léxico, no consiste precisamente en la abundancia de palabras que se emplean, pues muy bien puede ser pobre la lengua de un autor de cien volúmenes, sino en la abundancia y ordenación interior de las palabras que se *tienen* calladas y que gravitan sobre cada una de las pronunciadas.

AMADO ALONSO.

POESIAS

Y SERAS COMO UN DIOS

A Emilio Frugoni, poeta.

HERMANO:
acorda el ritmo de tu corazón
a todos los latidos de la vida;
al ritmo superior
de todo lo que aspira y lucha y sufre...
y serás como un Dios.

Si la alegría o el dolor ajeno
es tu alegría y tu dolor;
si por todo lo humano te emocionas
sin que nunca se vea tu emoción...
te elevarás sobre ti mismo
y serás como un Dios.

Si puedes comprender hasta lo malo,
y aun lo peor consigues perdonar...
por esa humana comprensión, tan grande
que excede el Bien y el Mal,
te elevarás sobre los hombres
y como un Dios serás.

Si el triunfo no te embriaga hasta hacerte inhumano,
ni te vence el dolor;
si eso tan simple y tan difícil logras:
tú serás como un Dios.

JUAN BURGHI.

LA URNA

CRUEL deshizo el tiempo las manos que guardaron
la esencia cineraria de soñador ignoto.
En el mar del silencio ya todos te olvidaron,
urna, bajel inmóvil de inánime piloto.

(Pasaron como nubes las eras procelosas,
se abatieron las torres. El arte, desnudez,
sobrevive a los tiempos. Las formas victoriosas
perduran en el mármol con rara impavidez).

Isis orna una faz del vaso. Resplandece,
va en su barca de oro por el Nilo sagrado.
¡El Nilo —río azul, verde, rojo— la mece!
Isis piensa en Osiris, amor desventurado.

Irónica, la Esfinge sonríe. Se alzan lejos,
rojizas, las Pirámides. Con adusto perfil,
quiebran del sol poniente los últimos reflejos
que flotan desolados en el paisaje hostil.

Forja el Escarabajo, con polvo deleznable,
negro mundo en la tapa de albura inmaculada.
Otra faz de la urna, como un alma inviolable,
soberbiamente, nada copia ni dice nada.

¡Oh urna funeraria donde acaso hay malditos
embriones de otra vida sedienta y taciturna,
génesis tenebrosas de horrores infinitos
que vencen a la muerte, oh funeraria urna!

Ciérrate cual mi espíritu, permanece olvidada
y al devenir confía los gérmenes impuros.
¡Palpita en la crisálida mariposa ignorada
y el fuerte cruza el pórtico de los siglos futuros!

AUGUSTO CORTINA.

(De *Oasis*, libro en preparación).

EL CULTO DE LA SENSACION

Ensayo sobre la literatura francesa de postguerra

...y entonces apareció Helena...

HOMERO.

¡EL periodo de la guerra y postguerra! Uno de los más patéticos naufragios de valores que haya sido dable contemplar; formidable cataclismo de cosas invisibles y esenciales; derumbamiento total de cuanto daba valor a la vida. Y lo cómico y lo trágico a la vez fué que para la mayoría tamaña catástrofe pasó inadvertida en medio de los pequeños quehaceres de la vida cotidiana.

Pero la *élite* intelectual tuvo ojos que vieron de lleno las realidades que latían bajo el disfraz verbal impuesto por una política decadente. Y el olvido se hizo imposible para ellos: la razón, violentándose, puede aceptar; mas el entusiasmo, la voluntad, el amor concluyen; no es posible respetar instituciones carcomidas por la lepra de la venalidad y del cinismo más grosero ni sostener con la misma fe de antes a las superestructuras de un edificio vetusto.

Para evitar náuseas, la inteligencia ansió salirse de un mundo demasiado conocido, huir de los límites impuestos por una sociedad corrompida y mecanizada, soñar con un paraíso en que habría libertad, arquitecturas fantásticas, constelaciones nunca vistas. Su sed de evasión la hizo refugiarse en las modalidades del delirio mental, en lo irreal, en la superrealidad...

Jamás habíase visto semejante desorden espiritual. Aparecía el individuo entre las ruinas de una concepción de vida que ya no cuadraba con sus aspiraciones y en el borbotar de una

fermentación creadora... Era la incógnita del Problema eterno que la esfinge volvía a colocar ante sus ojos.

¿Qué iba a hacer? ¿Cuál sería su actitud? ¿Qué finalidad llevaría? Múltiples son las preguntas y las contestaciones que hallamos en la literatura de ese período. Es a través de las obras de la juventud de entonces que nos enteramos de lo que fueron sus ideales, su nueva visión del universo, del estado, de la familia... Se ha hablado de limitaciones bruscas, agresivas entre la pre y la postguerra, otros nos declaran que la una engendró a la otra, que no existe tal ruptura... ¿Qué creer? ¿A quién creer?...

Para enterarnos, para tocar las diferencias, si las hay, para sentir las semejanzas, si es que existen, lo más apropiado es interrogar a esa preguerra y confrontar su contestación con la que nos presenta la generación de mil novecientos diez y ocho.

* * *

"Hubo un varón en la tierra de Hus. Y nació le siete hijos y tres hijas. Y su hacienda era siete mil ovejas y tres mil camellos y quinientas yuntas de bueyes y quinientas asnas, y muchísimos criados; y aquel varón grande más que todos los orientales. E iban sus hijos y hacían banquetes en sus casas, cada uno en su día..." Estos cuatro versículos por los que comienza el Libro de Job, podrían caracterizar a la época que precedió la Gran Guerra.

Efectivamente, en la Historia de la humanidad, pocos años habría que desde el punto de vista *confort*, dicha y prosperidad, pudieran compararse con los comprendidos entre el principio del siglo y la semana trágica de agosto mil novecientos catorce.

En aquel entonces se disfrutaba suavemente de una vida muelle; el individuo se hallaba definido en un mundo seguro, estable, con una organización sólida, rígida y elástica a la vez, que permitía todas las esperanzas y dispensaba preocuparse por un porvenir que se les antojaba fácil. Todos tenían la ilusión apaciguante de vivir en medio de las aspiraciones satisfechas de varios siglos de civilización. Época maravillosa en que el mundo se hallaba equilibrado entre un pasado que le transmitía un ex-

quisito modo de vivir y un futuro prometedor de progreso infinito.

Temps futurs, vision sublime!

exclamaba el poeta, y confiaban todos...

Y ¿por qué no confiar? ¿Acaso no ganaba cada cual lo suficiente como para vivir cómodamente? Por la noche, cuando el burgués penetraba en su casa "modern' style", sentía que vivía en una época privilegiada de la historia.

En verdad, junto con esta suavidad aterciopelada existía un proletariado que no compartía esas exquisiteces, pero el obrero francés no constituía una "clase", dando a esta palabra el significado de hoy; el obrero era un aprendiz de burgués que se creía sinceramente revolucionario. Y los jefes del Socialismo, con más o menos buena fe, alimentaban esa ilusión. En realidad lo que deseaban no era un cambio radical en la estructura social, sino organizar la fuerza obrera para poderse convidar al banquete de la vida.

Toda esta sociedad brillante y fútil, fundada sobre la fe y el crédito, podía haber perdurado eternamente, siempre que no viniese la duda a corroer sus fundaciones.

¿Y quién iba a dudar de ella? La inteligencia ya dirigida, canalizada hacia fines "útiles", ya encerrada en su torre de marfil, permanecía silenciosa; y si algunas voces gritaron "¡Peligro!", su advertencia se ahogó en el algodón de la indiferencia beatífica que tapizaba a todas las almas.

Pensemos que hubo cerebros que hallaron un significado metafísico a ese conjunto blando de aspiraciones moluscas; que entonces, a pesar de la carrera de armamentos y discursos belicosos, nadie creía en la posibilidad de un conflicto armado.

El siglo anterior había inventado la Máquina y en ese momento era todavía la esclava del hombre. Todo se había hecho para él, para su uso particular, para que utilizara las maravillas del progreso. A un amigo que había mandado colocar un teléfono en su casa, decía Degas: "Así, te llaman — y añadía con estupefacción — ¡y contestas!"

El mundo fundábase sobre la noción de continuidad indefinida y todos lo creían eterno en su principio. Esta fe, esta mis-

tica condicionaba todos los actos de la vida y asentaba las tres piedras fundamentales: respeto, obediencia y temor.

Una jerarquía inmovible dividía estrictamente a la Sociedad en aristocracia, alta, mediana y pequeña burguesía, y obreros. Fuera de todos estos compartimentos vivían los artistas: anchos sombreros, capas, meñenas y chalinas voladoras.

Para evitar discordancias, el hombre había creado un código de gestos simbólicos e inútiles: lenguaje de las flores, de las miradas y abanicos; un carnaval de cortesías; una diplomacia hipocritona; el horror a la palabra exacta y el culto de la metáfora alambicada; el pudor... toda una frivolidad refinada.

Todos, sin prisa, se dejaban llevar por la vida. El placer se duplicaba con la espera. El París de los ómnibus que ponían tres cuartos de hora para ir de la Place Clichy al Odeon, el París de los "fiacres", de Auteuil, Longchamps y Enghien, el París de los "mail-coaches" inundados de mujeres hechas para la voluptuosidad, del bulevar frufutante con las terrazas de sus cafés despidiendo una atmósfera de ajeno — ¡l'heure du Pernod! —, el París del "Moulin Rouge" donde Grille d'égout y La Gouloue, de un puntapié certero — relámpago de seda negra en una nube de puntillas blancas — hacían volar los sombreros de copa de los asistentes, ese París se burlaba de la herejía anglo-sajona: "Time is Money".

Para el parisién, el tiempo tenía el valor que le proporcionaba una conversación, una mujer, una buena comida. Intrínsecamente no tenía ninguno. En los días de pereza solía pasear lentamente, mirando a las siluetas femeninas, interesándose por los pequeños acontecimientos callejeros, por ir a los teatros a aplaudir a Sarah Bernhardt o a Réjane, o a las exposiciones a admirar a Carolus Duran, a Chocarne Moreau, a Bonnat, a Bouguereau, a La Gándara, a Laurens, a Boll, a Félix Ziem y sus paisajes de Venecia pintados en Montmartre, y a todo un muestrario de soldados, ninfas, hombres de levita, toreros, musas, monaguillos y deshollinadores, cardenales con una copita de "Benedictine" en la mano, cargas de caballería, entierros campestres, o un exotismo de pacotilla, o grandes alegorías históricas con palacios a la Salambó...

¿Cézanne, Degas, Manet, Renoir? Desconocidos, perdidos en medio de la incomprensión general.

¿Las letras? El Naturalismo moribundo pero incansable, penetra en la Academia Francesa; Anatole France sonríe escépticamente; Pierre Loti se viste de turco de opereta ostentando una ferretería de medallas y condecoraciones; Paul Bourget publica sus novelas de una psicología edulcorada; Jules Lemaitre habla de política y Huysmans acaba de convertirse. Con Albert Samain, los simbolistas triunfan en las provincias. Ya dejaron de aterrorizar a los profesores de literatura.

François Coppée toma su aperitivo en la terraza del "Café des Vosges"; admirador de Edmond Rostand, Catulle Mendès discute acaloradamente en el "Café Napolitain" con el mosquetero cubano Laverdesque, con La Jeunesse, con Gómez Carrillo y Courteline. En el "Café Vachette", Jean Moréas juega al dominó con su amigo Durand, mientras Jean Lorrain publica en *Le Journal* sus crónicas lujuriosas y crueles. Paul Fort, Richepin, Regnier, "hacen las delicias" de los salones y del bulevar.

El Teatro oscila entre Porto Riche y Henry Bataille, e inquieto por las realizaciones de un Lugne-Poe, mira hacia Antoine.

¿Y Maurras, Bergson, Peguy, Suarés, Claudel, Proust, Barrés? Algunos, por pertenecer a partidos políticos, son leídos con desconfianza, los otros elevan en vano sus voces puras: predicán en un desierto.

En mil novecientos catorce, Europa ha llegado al límite de ese modernismo constituido por la libre coexistencia de ideas antagónicas, de principios de vida disparatados, de conocimientos inconciliables. Cada cerebro de la *élite* — y ya sabemos que las características de ésta constituyen al espíritu nacional — es una encrucijada resbalosa en que todas las opiniones se compenetran. Cada literato es un cocktail de universales pensamientos, distintos en la raza, época y clima moral. En un libro de France, por ejemplo, hallamos la influencia de los "ballets russes", un estilo retumbante a la Pascal, el impresionismo de los Goncourt, el superhombre de Nietzsche, un verbalismo "a la manière de" Rimbaud, un reflejo de la última exposición de pintura, una pizca de "humour" inglés, todo eso formando una como vulgarización científico-filosófica.

Son obras semejantes a nuestras avenidas tajadas por los multicolores rayos de los anuncios luminosos.

* * *

“...y salió otro caballo bermejo: y al que estaba sentado sobre él, fué dado poder de quitar la paz de la tierra, y que se maten unos a otros; y fuéle dada una gran espada... Y he aquí un caballo amarillo: y el que estaba sentado sobre él tenía por nombre Muerte; y el infierno le seguía... Y clamaban en alta voz diciendo: ¿Hasta cuándo Señor, santo y verdadero?... (Apocalipsis: 6. 4-8-10).

1914-1918, desencadenamiento de todas las fuerzas del mundo, cataclismo planetario que hace correr un escalofrío extraordinario por la médula nerviosa de Francia. Sus núcleos pensantes no se reconocen en esa sociedad que deja de parecerse al ideal forjado en diez y siete siglos de historia. Sienten que pierden la conciencia hasta de sí mismos, y, mientras la frontera se cubre de bayonetas, los del “arrière”, en una defensa desesperada del haber fisiológico y espiritual, escarban sus memorias ahogadas por conocimientos heteróclitos. Y sobre la superficie grisácea de su cultura putrefacta, aparecen, como irisadas burbujas, las obras maestras de los grandes hombres del pasado. Jamás se leyó tanto como entonces, jamás se rezó tanto... Evocaron a los mártires, a los héroes, a los santos, a los poetas, a los fundadores, protectores y salvadores de la patria...

Y la angustia que tamaño desorden mental producía, incitó a Francia, a Alemania, a Europa entera, a emplear el tesoro de sus innumerables pensamientos. Y todos los dogmas, filosofías, ideales, revivieron en una sucesión calidoscópica de imágenes multicolores. Un cuadro prodigioso ostentóse a los ojos de la generación de la guerra: el espectro policromado de la luz intelectual iluminando a la agonía del alma europea.

Esta, como un animal enjaulado, corría de lo real a lo fantasmagórico y de la pesadilla a lo tangible. Evocó a sus conocimientos pretéritos, buscó refugios para su espíritu atemorizado, indicios que le permitieran asirse de lo sólido, consolaciones para

su fracaso. Abrió el Gran Libro del Recuerdo, de los Actos Pasados, de las Actitudes Ancestrales...

¿El resultado?; se perdió la ilusión de una cultura europea sabia y bondadosa. La guerra demostró la incapacidad del conocimiento para salvar lo que fuese. La ciencia, herida mortalmente en sus ambiciones éticas, vióse deshonrada por la crueldad de sus aplicaciones. Rengo y ridículo apareció el Idealismo, responsable de sus ensueños tan cruelmente burlados por un Realismo que también salió odiado y encorvado bajo el peso de sus crímenes. Todos sintieron un vértigo horrible apoderarse de sus razones nuevas; hasta los escépticos perdieron los estribos en medio de la sucesión rápida de acontecimientos extremadamente violentos, emocionantes, que jugaban al escondite con nuestro pensamiento.

Extraño, muy extraño espectáculo presencié la generación de mil novecientos diez y ocho. Salía de una tremenda escuela que le había enseñado la verdadera naturaleza del estado: máquina fácil de cambiar sin modificar por eso el resultado del problema; de la patria: entidad artificial sin raíces profundas en los seres y por la cual unos derraman su sangre en los campos de sufrimiento, mientras otros llenan sus bolsillos y recogen los honores. ¿Cómo creer en un Dios que permitía tanto dolor inútil, que se veía solicitado por cada beligerante en vista de la violación de su más sagrada ley: "Amaos los unos a los otros"? ¿Qué creencia podía tener si veía que todo se confundía: cristianos contra cristianos, musulmanes contra musulmanes; cuando dábase cuenta que tanto la codicia como el renunciamiento son burlados y pisoteados?

¡Cuán desorientados estuvieron los hombres al empezar de nuevo su vida civil! Fenómenos sociales de una amplitud inaudita se llevaban a término en su rededor; una revolución implacable les demostraba una vez más la fragilidad de la estructura política de las naciones; un cambio radical en la vida económica debido a la máquina y a la mano de obra femenina les hacían imposible adaptarse...

He aquí quizá lo que más desconcertó al hombre: la esposa, la compañera, se había convertido en enemiga. Desplazó al hombre de su trabajo, se hizo independiente. Tras los millones de

muertos masculinos, hubo un exceso numérico de mujeres, los valores cambiaron, la familia se desorganizó.

Frente al "poilu" de regreso de las trincheras se levantaban sólo ruinas. ¿Acaso no quedaba la propiedad, base de la Democracia? No. El primer golpe que la azotó fué la inflación monetaria que dividió por cinco a todas las fortunas, y el segundo fué la prosperidad. Sí, aunque parezca un contrasentido, la prosperidad terminó con la riqueza. Se creyó que el mundo iba a continuar adelantando a toda marcha y los más timoratos empezaron a perder su desconfianza cuando vieron que algunos se hacían ricos de un día para otro. Entonces no se quiso más trabajar para ser rico, se perdió la noción del valor real del dinero, y a la riqueza fruto del trabajo y de la economía suplantó la que sólo depende del juego.

La juventud se desorientó en un mundo edificado según reglas pretéritas, que no respondían a las necesidades del momento. Para no pensar y reaccionando contra el poco valor que se le había dado al cuerpo, implantaron el culto al físico. Empezaba la Era del Deporte.

En aquella época de dislocación y transformación, el individuo no puede soñar en el mañana. ¡Mañana! ¿de qué estará hecho? Abre los ojos y ve fuerzas gigantescas que se mezclan en una lucha apocalíptica. Pulverizan al hombre, y el superviviente, desorientado y lleno de espanto, no tiene ánimo para profetizar.

Además, todo acontecimiento le sorprende. Cree leer en un libro incoherente y a cada frase sus ojos deslumbrados pierden contacto con la realidad. Ninguna situación responde a su esperanza. Una sola certidumbre le queda: todo seguirá desconcertándolo.

Y entonces, por cobardía, para aturdirse, se esfuerza por vivir más deprisa y se refugia en los placeres que por lo menos no le mienten. La sensación, lo único que permanece después del maremoto que arrasó las morales y las ideologías, la sacudida que hiere sus nervios es una realidad —la única verídica.

Y esa molestia que se apodera de los que regresaron de la línea de fuego es debida a la imposibilidad en que están de utilizar sus espíritus nuevos. Porque de todos los que fueron al

frente, ninguno regresó: hubo algo totalmente cambiado en sus almas. Y a esos hombres nuevos les fastidiaba la vida que se les obligaba a llevar. ¿Cómo —dirán ustedes— terminada la pesadilla de muerte, qué más quieren?

¡La Guerra! más o menos sabían lo que era, y aun ignorándolo, al penetrar en ella ya se encontraban en medio de la correntada y no les quedaba otra cosa que hacer sino dejarse arrastrar. Es tan fácil: no se piensa, no se debe pensar: ¡qué descanso! Al principio, una idea: vencer. Después: vivir. Finalmente: “je m'en fous”, ¡qué me importa!

¡La Paz! ¿qué sería esa paz en este mundo que no reconocen? Al principio se embriagaron con la vida, pero el efecto de este alcohol pasa pronto ¡y existen las necesidades! —en el frente no se pensaba en eso... Empiezan a vivir— el pensamiento. Es menester pensar, obrar... ¡Ah, obrar para vivir!... Antes, durante la guerra, para vivir no se debía obrar, se debía estar quieto, silencioso en el fondo de una trinchera o de un hoyo lleno de barro, la nariz sobre la gleba grasosa que olía a cadáver, la mirada topando contra la rigidez obscena de un muerto, contra un alambre de púas, un terrón ensangrentado... Ah, esos momentos en que, vacío el cerebro, repetían incansablemente los labios: “¡Aún vivo... aún vivo!...” ¡Sí, esos momentos poseían su duzura áspera y tremenda!... ¡Y las orgías hechas en el campamento, en las ciudades! ¡y esa camaradería de las trincheras!

Así pensaba el que regresaba de la más prestigiosa y horripilante aventura de los siglos. ¡Lo que le envolvía le parecía tan raro!... ¿por qué pensar?... ¡Obrar! ¿en qué sentido?... ¡Vivir! ¿si no hay más enemigos?...

La guerra era una cosa horrible... Sí, perfectamente, pero más fácil: se trataba de destruir, pero ahora, en la paz, se les convida a construir, es menester construir —les dicen— construir lo destruido... ¿por qué? ¿cómo? ¿acaso no se volverá a destruir?...

Además, destruir es más fácil que construir...

* * *

“Los talentos nuevos y las esperanzas jóvenes ya no en-

contraron grupos formados y experimentados a los cuales hubiese podido llegarse. Cada cual buscó fortuna y se abrió camino sin premeditaciones. Varios derivaron hacia sistemas completamente excéntricos... El resultado fué una literatura nunca vista en su conjunto, efervescente, acometedora, cargando con las pasiones más refinadas de la civilización y con el amoralismo natural del primitivo, perdiendo una primera apuesta de generosidad y talento en un precipicio de egoísmo y avidez. Y en medio de sus pretensiones, de sus animosidades intestinas, vivieron sin haber podido hallar una apariencia de unidad sino en las ligas momentáneas de intereses, en coaliciones que violaron el primer mandato de toda moral humana" (Sainte Beuve). Efectivamente, si antes de mil novecientos catorce existía un culto al Sentimiento que cristalizaba a los artistas en torno del Simbolismo, en mil novecientos diez y ocho no existe signo que pudiera servir de estandarte a la producción anárquica e incoherente de la literatura.

Se me objetará que existe el grupo de la *Nouvelle Revue Française*, pero justamente este grupo no es una escuela, no tiene una doctrina común, no posee cohesión entre sus miembros; sólo es el punto de intersección de inteligencias opuestas. En él se refleja la anarquía del medio ambiente. Y si desde su fundación posee un espíritu propio, ese espíritu, lejos de promover una convicción, una fe, un impulso, tiende a negar, destruir y disolver. Todos sus valores son negativos.

¿Y por qué extrañarse? ¿Acaso su director de conciencia no es André Gide? Debemos reconocer en este maravilloso escritor la influencia de los dos astros que presidieron a su nacimiento: inquietud y turbación.

La *Nouvelle Revue Française* es una reunión de dinamiteiros de lo antiguo, de lo que está carcomido. Pero entre ellos no puede existir un acuerdo para una misión constructora. Falta solidaridad entre Claudel, Valéry, Fargue, Thibaudet, Montherlant, Alain y Cocteau. No hay fisonomía ni alma. Esos poetas, filósofos, novelistas, ensayistas, no participan de un movimiento literario, de una escuela artística; sólo forman un sindicato de valores diversos. No percibimos una intención que indique su clima, ninguna corriente prevalece.

Y por esas características —si puede ser característica el no poseer ninguna— ese grupo ilustra a la situación de las Letras francesas al finalizar la contienda. En todos los ramos del arte existen entonces ambiciones distintas y opuestas. A la par de resucitar al pasado, reanudar la tradición de escuelas difuntas, un sinfin de elucubraciones creen poseer una nueva originalidad, pretendiendo reflejar la sensibilidad moderna y las ambiciones del porvenir.

Pero el período de postguerra si bien posee rasgos que hacen que dure hasta hoy, se divide sin embargo en tres fases distintas.

La primera se extiende desde mil novecientos diez y ocho, final de la guerra, hasta la publicación por André Bretón del *Manifeste du Surrealisme* en mil novecientos veinte y cinco, primera muestra de una tendencia reconstructora.

La segunda, de esta fecha al principio de la crisis mundial en mil novecientos veinte y nueve, que en Francia cambió las necesidades intelectuales del público y las preocupaciones de los escritores.

La tercera dura todavía.

También he de declarar que llamaré escritor de postguerra a todos los que en estos últimos quince años iniciaron su obra literaria, hallaron su propio yo, juzgaron a la época o quisieron ejercer una influencia moral sobre ella.

La primera fase fué completamente destructiva, por lo mismo que esa generación vió cuán fáciles de derrumbar son las exquisiteces de una civilización refinada, las antiguallas venerables, las construcciones formidablemente organizadas. Y se pudo presenciar en el orden psíquico realizaciones paradójicas y fenómenos extraordinarios.

Parecía que se verificaba el axioma de Diderot: "La sangre es un incomparable abono para el laurel". Todos los días traía una nueva revelación. Ningún período histórico poseyó tantos "genios" a un tiempo, jamás hubo época literaria que se haya adorado tanto a si misma; época de narcisismo artístico. Cualquier producción hallaba admiradores. La guerra había actuado sobre esa generación como un cachiporrazo sobre el cráneo de una persona. Todos sentíanse como entorpecidos y su aprobación

no traducía entusiasmo sino una indiferencia de seres adormecidos, una infinita pasividad intelectual. Un manifiesto brutal para los que habían vivido cuatro años bajo un diluvio de hierro, producía el efecto de un primavera! céfiro.

Otra razón para explicar esa aceptación la hallamos en el acceso a la riqueza de una clase de burgueses sin preparación que también quisieron poseer su "galerie de tableaux" y su biblioteca a semejanza de la aristocracia. Esos nuevos ricos diéronse cuenta de que todo cuanto les agradaba: las cromolitografías, las aventuras de Rocambole o la historia de la obrera que se casa con el millonario, provocaba la risa de los poseedores de una cultura refinada. Estos admiraban objetos que les hería el gusto. Era lógico que razonaran así: "lo que nos agrada, no tiene valor, lo que nos parece horrible es bello: así que cuanto menos nos guste un objeto, cuanto menos lo comprendamos, más hermoso debe ser".

De allí una aceptación delirante, una constante admiración: Vengan los constructivistas, los cubistas, los dadaístas y todos los istas, vengan que se les alabará.

La dificultad estribaba en descubrir un contradictor, un ser que se asombrara. Si una nueva lluvia de fuego y azufre hubiese caído sobre las babilonias modernas, todos, desde las ventanas, hubiesen admirado el espectáculo como quien mira fuegos artificiales.

Nada turbaba a la nueva generación; al contrario, para caracterizarse quiso, traspasando los límites de la audacia, ir más allá de la anterior; y para ello se encaminaron a la literatura por el sendero que le había trazado Guillaume Apollinaire cuando al finalizar la guerra, definió así las tendencias modernas: "La sorpresa, el asombro, engendrará al espíritu moderno. Es lo que debe darle vida. La sorpresa es el motor nuevo que le impulsará. Se apartará de los otros movimientos justamente por ese culto al asombro provocado. El artista debe burlar la esperanza del que le escucha".

Pero para burlar la esperanza de ese público sin reacciones tuvieron que recurrir a los medios más violentos, a los rasgos frenéticos, a un profundo anarquismo estético y ético. La literatura cultivó las anomalías sexuales y mentales. Época de expe-

riencias extremas, de novedades pintorescas, extraordinarias, inestables. Todo lo maltrecho, lo monstruoso, lo satánico fué admirado. Gesticulaciones, proclamas, manifiestos e insultos se cruzaron en una atmósfera de motín popular.

Grandes escritores tuvieron una influencia formidable. Proust y el estudio de la inestabilidad del Yo, inspiró a toda una generación. La inquieta figura de Gide lo propuso como cabecilla de la juventud. Freud y Pirandello aumentaron la confusión. El culto por Dostoiewsky demuestra que la concepción que él se hacía del mundo correspondía a las aspiraciones secretas de los jóvenes.

Y la raíz del humorismo de entonces ¿acaso no se hunde en este sentimiento que la experiencia había implantado en las almas: en la intuición de lo absurdo e incoherencia del mundo?

Fué una época en que el deseo de ruptura con todo lo que las rodeaba, se apoderó extrañamente de las almas. Las formas acostumbradas no coincidían ya con la estructura del espíritu y era natural que reaccionando contra la literatura de antes de la guerra, las letras en mil novecientos diez y ocho cultivaran lo grosero, lo violento, lo ilógico. Sintiendo extranjeros en este edificio construido por la generación anterior, la juventud miró a los objetos familiares con el nebuloso deseo de pulverizarlos. Nuevos embrujos se levantaron en las mentes: huir, romper con el pasado, partir, evadirse de este mundo que les molesta como un traje prestado.

Un sufrimiento les ahoga cuando piensan en cortar las veneradas anclas que les mantienen pegados al muelle del puerto archiconocido, pero a la vez que sienten ese dolor, una bocanada de esperanza les embriaga ante la evocación de los horizontes vírgenes. ¡Cadáveres fueron los que no lloraron por estos sentimientos! Sensibilidad de fósil tuvieron los que no se estremeron leyendo estas palabras de Blaise Cendrars: "brusca ruptura, evasión sobre la línea de acero". Y cuán pocos habrán sido los que no se reconocieron en este saludo de Aragón a Soupault: "He aquí el tiempo de los hombres incomprensibles".

En medio de su mundo cotidiano cada cual paseaba un alma de extrañado. ¡"El Nuevo Mal del Siglo", como le llamó Arland! El ritmo de las fábricas se comunica a los placeres que

se hacen rápidos y brutales; el individuo paga al progreso con el hastío, la ausencia de finalidad, de vocación, la desaparición de su ubicación dentro de la escala natural, de las relaciones misteriosas que nos unen a la Naturaleza. La vulgaridad de ese momento histórico se exhibe impudicamente ostentando complacida su impaciencia: la repetición le aburre, la lentitud le enerva...

Podríamos esbozar un carácter de hombre cuyo prototipo aparece en personajes de numerosas novelas: en él existiría el culto por lo primitivo, se apartaría de las modas intelectuales y se dirigiría hacia las raíces profundas del ser. Este individuo, encarcelado dentro de una sociedad que carece de cuanto pudiera hacerla aceptar, extiende sus brazos hacia un mundo anterior y sin picardía.

Son personajes simbólicos ese Alain Gerbault, ese Henry de Monfreid que rompen con el mundo civilizado para refugiarse en la inocencia y lealtad del hombre de la Naturaleza. Vieja concepción de Juan Jacobo Rousseau.

Jamás el hombre estuvo en mejor situación para probar el gusto de la Nada, experimentar la fragilidad e incertidumbre del Todo. Los artistas caminaron a tientas, flotaron en la superficie de un océano de inextricables problemas arrastrados ya por una corriente caótica, ya por otra cruel, siempre decepcionados y haciendo lo imposible para hallar un equilibrio inestable en una época maravillosamente vertiginosa.

* * *

"Serán menester varios años para que el hombre se consuele de haber perdido a Dios", escribe Marcel Arland en 1925, y como primera contestación se alza André Bretón y lanza su Manifiesto del Superrealismo. ¿Qué relación habrá entre este movimiento literario que se inicia y el olvido del Ser Supremo? Esa relación existe, y por existir, el Renacimiento de la literatura moderna empieza con la aparición de la Superrealidad.

Este movimiento, que coincide con un rejuvenecimiento del cristianismo, es el primer grito del ser humano hastiado, asqueado de vivir, sumido en el fango, así como el testimonio probante

de la sed de ideal presente en todo corazón. Y es curioso ver como Bretón y Santo Tomás de Aquino se juntan para expresar más o menos la misma idea: existencia de una substancia pensante universal que penetra y anima a todos los cuerpos, engendrando a las nociones estéticas y éticas.

Junto con Bretón, se yerguen otras figuras católicas: Jacques Maritain que rejuvenece al Tomismo, Henri Brémond que exalta al Místico.

Con estos campeones, el cristianismo deja de ser de arcilla para volverse de acero. Un misticismo atropellador nace, un misticismo que como una bala atraviesa lo social para alcanzar a la Divinidad, para sentirse en contacto con la trascendencia de la Conciencia Universal que, en su libertad acometedora, rompe las cristalizaciones de la sociedad.

El éxito que tuvieron estas concepciones demuestra victoriosamente que para el individuo, el misticismo bajo su forma sentimental o religiosa, es un poderoso medio para huir de las contingencias sociales y descargar de sus espaldas el fardo de una civilización demasiado mecanizada.

Y para protestar contra las barreras impuestas por la colectividad, los escritores aullaron en orgías de rebelión; para olvidar una realidad crucificante se puso en obra a todas las fuerzas de la imaginación creadora, de las realidades supranaturales, de los paraísos prestigiosos. Frente a los resultados producidos por una intensa cultura intelectual, buscóse la salvación en una especie de vida lírica e ingenua.

Todos se descivilizaron con mucho arte, y si corrieron hacia exhibiciones pomposas y burlescas lo hicieron de sentimiento, sinceramente. El "Ángel de lo Curioso" vióse adorado como un ídolo. Pero en esas payasadas se es mucho más sincero de lo que suele creerse.

Técnicamente se logra una virtuosidad desconcertante. Max Jacob, inspirándose en los juegos de luces del circo que zambulle a los acróbatas en una atmósfera fantasmagórica e imaginaria, renueva el poema en prosa.

Todos sus discípulos —y fueron innumerables— emplearon acortamientos concretos, abstracciones idiomáticas, un cición de

prestidigitaciones mágicas en los pequeños detalles, para expresar ideas saltarinas e incoherentes.

La sensación provocada era una intuición alucinante de cruzamientos ideales, impresiones extrañas, ritmos diabólicos.

Las teorías, de demoledoras se hacen constructoras. Poseen fisonomías extrañas, pero la finalidad que se proponen es reconstruir sobre otra base ese mundo aniquilado.

A través de estos edificios espirituales circula un concepto que domina y dirige, un concepto que nació durante la guerra y que fué conquistando terreno desde entonces y que ahora se afirma con un vigor y una voluntad extraordinaria: Proust pone en la base del arte —la sensación.

Lo que da valor a la obra de Dostoiewsky es un perfil que se percibe levemente en una atmósfera de locura, la habitación de Stavroguyne, una madrugada gris y fría en las orillas del Neva. Para Proust la sensación es la verdadera base del amor. Para él lo único que tiene valor es el placer físico, y si consiente demostrar una apariencia de credulidad en la inteligencia femenina es sólo por cortesía.

La mujer, una vez satisfecha la necesidad, una vez agotada la sensación, se hace insoportable por su sentimentalismo de canción popular y sus ternuras de tarjeta postal.

Pero toda sensación tiene un enemigo implacable: la repetición. Es pues necesario cambiar, hallar el objeto que renovará la sensación amenazada de muerte. De allí nació el Culto por lo inestable, por lo que no perdura.

Otro resultado importante fué la disgregación del Yo. Efectivamente un yo persistente e indeformable se opondría a la renovación de la sensación, entorpecería la búsqueda del objeto-clave de la novedad, reclamaría una orientación, sino determinada, al menos preponderante. Un yo estable haría insoportable la vida, restándole todo lo inesperado y asombroso. Un yo determinado es una costumbre y sabemos que la costumbre mata a la sensación —finalidad de las aspiraciones contemporáneas: entonces un yo, en esas condiciones, es una mala costumbre. "Por suerte la muerte nos cura de ella", escribió Proust.

Ya hemos visto que existe otra salida: el milagro. De donde

inferimos que deberá haber dos tendencias: el suicidio y la zambullida fuera de lo real.

En rededor de ese centro —la sensación— se depositan sus corolarios: ausencia de universalismo —cada cual, su sensación—; relatividad de lo real, —cada cual, su realidad—; fracaso del yo enemigo de la sensación; culto de lo inestable, religión de la mentira y de la ilusión, adoración de lo monstruoso en lo mental y lo sexual, negación de la inteligencia: Superrealismo. El objeto y el sujeto de Kant desaparecieron al confundirse.

En medio de ese caos de teorías, muchas de ellas más interesantes que las obras, se levantaron en pocos días formidables y colosales reputaciones literarias: Pierre Benoit, Morand, Montherlant, Delteil, Ramuz... muchos con talento y dignos de esa ascensión rápida; pero muchos también, fruto de la explotación comercial de la industria del libro.

La literatura, producción noble del espíritu humano, fué tratada como vil mercadería y se utilizó la publicidad para alabar las obras, la publicidad, que infló desmesuradamente el valor de tal o cual escritor en perjuicio de la misión sagrada del Arte.

El literato ya no escribía por necesidad de decir algo, sino por el afán de lucro. La literatura se convirtió en profesión y el "artista" se puso al nivel intelectual de un zapatero o fabricante de embutidos.

Las publicaciones literarias que guiaban al público afanoso de leer, cobraron una importancia descomunal y para conseguir los avisos que las hacía vivir, la crítica literaria se vió despojada de su independencia, sin la cual la crítica no es más que una palabra sin sentido. Otro mal se desencadenó cuando las editoriales fundaron revistas con el fin de poner por las nubes a las obras de la casa y atacar a las demás, lo mismo que dos cerveceros dicen en sus anuncios: "Mi cerveza es la mejor, la del vecino no vale nada".

Ya la literatura dejaba de ser un asunto que interesaba antes que nada al escritor —don, arte, inspiración: palabras heréticas cubiertas por el polvo de un esoterismo pasado de moda—; es un producto manufacturado, y para aumentar la producción ya formidable, se instauran primas bajo la etiqueta del

premio literario. Y esto colmó la medida: vióse, en los últimos meses del año, un maremoto de novelas escritas, no en vista de hacer compartir una emoción artística, sino para conseguir el premio literario que significaba éxito y dinero. Se escribió para tal o cual premio como en el mundo de las carreras se entrena a Papillón III en vista del Premio del Presidente o del Jockey Club.

Ante esa aceptación entusiasta por parte de la crítica, los escritores noveles se creyeron unos portentos de talento y sabiduría, no cuidaron más de sus obras y tuvimos el triste espectáculo de artistas que mostraban con orgullo en su segunda obra la sistematización de lo que sólo era defecto inconsciente en la primera.

Por ejemplo, hubo una cualidad que se volvió defecto en un noventa y nueve por ciento de los escritores noveles. Hablo de la imagen. ¡Cuántas obras brillantes cuando aparecieron, ilegibles ahora! ¡Cuántas páginas en que las imágenes nacen porque sí, sin necesidad, sin razón, sin que una secreta corriente de vida las lleve! Y esa época, a pesar de su engreimiento, no es visual. Demasiado rápida, distraída, contraria al individuo. No se detiene ante el rostro, la expresión no la conmueve, sólo venera las siluetas, blancos de tiros federales.

Y como la imagen, tenemos la psicoanálisis, el monólogo interior... El resultado fué que toda una producción literaria se perdiera en un océano de mediocridades cada vez más mediocres.

Pero en medio de estos defectos se levanta la luz de una cualidad maravillosa que compensa el mal que hubiera podido matar a las Letras, y esa cualidad, única en las literaturas de todas las épocas, lo constituye una sinceridad total, absoluta y frenética.

Con un impudor que raya en lo obsceno, escritores y escritoras se desnudaron, se desollaron como piezas anatómicas y, no sólo expusieron el aspecto exterior de su personalidad, sino que hundieron el escabelo de la introspección en lo más íntimo de su cerebro, de sus nervios, de sus emanaciones pensantes y sensibles.

A veces, esa verdad tiene por base la farsa y broma de los descendientes de Jarry y Apollinaire, pero ya he dicho que en

todas esas actitudes en apariencia artificiales, el artista se ofrece mucho más de lo que piensa.

Como vemos, todo este período de la literatura contemporánea, ayudada y entorpecida a la vez por el formidable desarrollo de la riqueza, fruto de la prosperidad, presenta una máscara multiforme y policroma.

En ella hay mucho malo, mucho inútil y hasta mucho dañino, pero también hay mucho bueno, mucho esencial. Muchos diamantes están ocultos en el barro.

La literatura francesa de mil novecientos veinte y cinco a mil novecientos veinte y nueve, recoge un material inmenso y variado que servirá para la construcción del ideal futuro.

Explora todos los caminos hasta dar con el que pueda reemplazar la ruta abandonada. He aquí la razón que incita al eclecticismo, a la curiosidad por las obras extranjeras, a los intentos quizá informes de literaturas y artes en infancia, a las obras históricas que explican las civilizaciones incompletas que florecieron bajo otros cielos, a las incursiones por el terreno del ensueño, de la sensación y de la idea.

No creo que esta reunión disparatada quizá, no siempre genial, pero llevada por una corriente de curiosidad y de sed de verdad, signifique decadencia. Es una fase de transición e incubación en que en el pasado que se pudre fermentan las semillas del porvenir.

* * *

“Era opinión acreditada la de que el mundo agotado tocaba a una gran crisis y que una revolución se preparaba que le devolvería la juventud... Sólo se oían las voces de los adivinos y sabios que anunciaban tiempos nuevos. Esas predicciones se dirigían a los desventurados que acababan de atravesar las guerras civiles, de asistir a las proscripciones, a los que sentían la necesidad de consolarse de las miserias de la vida real por las visiones quiméricas de la prosperidad futura... Entonces reinaba una especie de ebullición, de espera inquieta y de esperanza sin límites”.

Cuando Virgilio escribía su Cuarta Egloga, “Iam nova pro-

genies..." no pensaba que las palabras con que caracterizaba a su época servirían para calificar el borbollar de los ánimos en mil novecientos veinte y nueve.

Cae el telón sobre el último acto del drama que empezó hace diez años. Con esta fecha finalizan los tanteos; la prosperidad material que infló tantos valores termina, y en un artículo, Bernard Grasset escribe: "Esa inflación del valor literario, cuyos inconvenientes se ven ahora, no nació espontáneamente en el cerebro de un editor, sino de una necesidad hija de la guerra, común a toda una generación y que la impulsó a gozar sin aguardar, sin trabajar, jugando".

El mundo viejo comienza a agonizar. Los escritores —termómetro de la evolución humana— se conmueven. La colectividad solicita con sus problemas al individuo que tiene una conciencia creciente de su yo; maniatado por las reacciones sociales y frente a la situación inextricable, escoge por instinto las obras que le proporcionan la ilusión de vivir y de laborar con una intensidad directa en un mundo estable. Adopta las aventuras, los crímenes y castigos, el ocultismo. La novela policiaca le proporciona la satisfacción de ver triunfar en un plano ficticio, la energía, la justicia, la iniciativa personal, valores todos fracasados en la realidad.

Es la agonía del espíritu moderno. El valor dado al arte basado en el asombro, declina rápidamente. Y es que contrariamente a la creencia de Apollinaire, esa estética pronto engendró una retórica de la sorpresa, hecha de fórmulas y recetas cuya repetida utilización aminoró cada vez más su efecto. Podríamos decir que la sorpresa ya no sorprendía.

También muere la mística de lo nuevo. Es muy bonito el querer novedad, es legítimo deseo del escritor, pero si se busca la originalidad por el solo hecho de ser original, lo nuevo de hoy será lo antiguo de mañana. Hemos de darnos cuenta de que existen reglas y normas que no han cambiado nunca, que jamás cambiarán. Lo que hace que un drama de Eurípides sea bello es lo mismo que da su belleza a un poema de Cocteau.

Es que existen dos clases de novedades, una que lo es sólo superficialmente y que pronto pierde sus cualidades, otra, ex-

presión de verdad y duradera, que representa extrañamente cualidades secretas y profundas.

Durante esos últimos años se ha pregonado que el factor esencial en una obra artística es la sinceridad. No niego su utilidad, pero nadie puede afirmar sin mentir que es posible hacer obra de arte contando únicamente la verdad. Y todos los hechos prueban esta afirmación. Tomemos por ejemplo a un arte objetivo por excelencia: la fotografía. Todos sabemos que fotografiar no consiste en oprimir el obturador frente a un objeto. Debemos calcular la luz, el ángulo de visión, el "flou", en una palabra todo lo que constituye la labor del artista.

La obra de arte debe ser creadora, hacer vida, superar a la vida real. Y en ese sentido lanzó Gorki un grito de alarma en los *Izvestia*. En Rusia, los escritores se contentaban demasiado con la veracidad de lo que contaban sin preocuparse de la forma en que lo hacían. Y quizá esa objetividad sea lo que explique la gran influencia de la literatura soviética sobre la francesa, que se complace preferentemente en la pintura imaginativa de los hechos y objetos. Le enseñó una nueva jerarquía de valores, además de mostrarle que la Literatura no se compone exclusivamente de la novela, que existe la Poesía, y que ésta es digna de ocupar el primer puesto en las preocupaciones de los artistas, que si bien la novela psicológica es interesante no es la única posible, que no existen dioses privilegiados y que de todo puede hacerse obra literaria.

Otro de los principios que impulsaron a las Letras fué la preocupación enfermiza de evitar los lugares comunes, y en caso de imposibilidad, de disfrazarlos de tal manera que nadie los reconociera. Pero pronto ese cuidado engendró una búsqueda extraordinaria e inverosímil; florecieron las obras en que para salirse de la vulgaridad, el autor había derramado un diluvio de casos patológicos, de aberraciones mentales y sexuales. Fué la Edad de Oro para las represiones, las anomalías. Freud fue el Gran Relojero de las máquinas literarias de aquel período. Cansaron rápidamente esas vitrinas dignas de Museos anatómicos, y la crítica fué la primera en expresar ese sentimiento: "¿Cuándo terminaremos con toda esta vejez, con toda esta antigüalla mohosa?"

Es que en el fondo, todos sentían confusamente la necesidad de poesía y grandeza. Y es de notar la decadencia de la poesía en la literatura de postguerra. Todos los poemas — y hubo admirables — que se editaron en Francia, lo fueron por cuenta de sus autores. “El verso no paga”, decían los editores. El poeta que más se vendió fué Paul Valéry, y aún así, en cinco años tuvo menos venta que en un mes Pasternak o Mayakowsky en Rusia. ¡Y Rusia es el país de la industrialización!

¿Y el culto al genio? ¿Cuántos habremos visto nacer que no fueron sino efímeros fuegos artificiales, muy brillantes pero pronto devorados por la noche de la mediocridad y del olvido?

En mil novecientos veintinueve se empieza a querer reanudar los lazos que nos unen al pasado. Se exalta al materialismo del grupo de Medán, no en las obras populistas, sino en las psicoanalíticas. Efectivamente estos escritores se complacen en describir los residuos mentales lo mismo que hacía el autor de *La Tierra* con los del intestino.

Es también la época de los pacifistas delirantes nacidos de aquel ensueño de fraternidad universal que fué el vino con que se embriagaron las generaciones pasadas. Hombres que voluntariamente cierran los ojos ante la realidad, que lo esperan todo de los organismos de arbitraje, sin darse cuenta que es el régimen el que está viejo.

Para poder satisfacer las exigencias del público y para poder darse cuenta ellos mismos del lugar que ocupan dentro de la estructura social-económica, los escritores multiplican los ensayos acerca de todos los problemas que se presentan ante los hombres. Así se estudia con fervor y curiosidad las experiencias antidemocráticas del Soviet y del Fascio.

Nuestro tiempo que hasta entonces había sido poco favorable a las ideas abstractas, ve continuar la tradición de los Descartes, los Pascal, los Rousseau, los Bergson. Es a Paul Valéry a quien debemos agradecer ese Renacimiento de la literatura filosófica.

Desde su juventud fué un ensayista distinguido, desde la época de *Narcisse*, de los comentarios sobre el *Método de Leonardo da Vinci*. Sus actividades dentro del pensamiento filosó-

fico remontan pues a antes de la guerra, pero puede decirse que es entonces cuando da sus mejores frutos.

Y lo extraño para un moderno es que el pensamiento de este poeta no es el producto de iluminaciones líricas, sino que, muy al contrario, es meditado pausadamente, desarrollándose con el rigor de un teorema según el método cartesiano. Debemos recordar que en Valery, a una intuición artística poco común se une una cultura matemática excepcional.

El ciclo *Teste y Variétés* auguran una resurrección de las letras filosóficas en la literatura contemporánea, así como su estilo profetiza la próxima preponderancia de la Inteligencia Organizadora.

Y efectivamente tenemos a Benda, a Guehenno, a Bernanos, a Drieu, a Massis, a Berl... Y ese éxito no debe asombrarnos: a través de la literatura de postguerra circula una sed de verdad que esperó la excitación de la Crisis para revelarse plenamente. Esa ansia por conocer la Verdad no es de hoy ni de mañana, sino de siempre. Y esto constituye, pues, otro lazo que se reanuda con el pasado.

Otra consecuencia de la Crisis fué mostrar que se estaba solo en un universo vacío. Los modernos no tienen nada que les sirva de bandera en torno de la cual pudieran refugiarse. Cuando miran para atrás, ven que cada época tuvo su ideal común; los clásicos tuvieron la Razón, que sometió el individuo a la colectividad, a un Dios autócrata razonable y justo. Los románticos empezaron por desechar al antiguo estandarte y terminaron por reunirse bajo el de los "gilets rouges" de Hugo. Y nace una generación que corre detrás de la pasión, que liberta la imaginación de las reglas aristotélicas, y que, dirigiendo al individuo hacia la rebelión, se representa al Ser Supremo como una fuerza inmanente que impulsa nuestras almas: es la Pasión deificada. El yo triunfa en el Espacio y en el Tiempo.

Ellos, los modernos, aniquilaron la Razón y la Pasión. A la Razón porque la acusan de haber establecido convenciones, cuando en verdad no es la Razón la culpable sino los que la utilizaron para fines de dominación. A la Pasión porque la acusan de charlatanismo: quien promete amar eternamente, dice una mentira flagrante. Para ellos, los modernos, existe una sola

verdad que peca por falta de universalismo: la sensación, lo sensible de *este* momento. La mujer amada hoy no lo será mañana. Pero ¿acaso la sensación es fundamental en la vida? Ya sé, aullamos de alegría al enterarnos de que un héroe atravesó al Atlántico, pateó una pelota o corrió como una liebre, pero una vez pasada esta exaltación frenética ¿acaso nos queda algo? ¿acaso a lo que experimentamos puede llamársele siempre sensación? ¿acaso no existe una verdad más satisfactoria?

Estas fueron las preguntas que empezaron a hacerse los Bernanos, Montherlant, Drieu, Malraux, Fernández, Chamson, Guehenno, Prévost, Berl... todos desiguales por el talento, el alma, las aspiraciones, semejantes todos por el sello de la época.

En ellos existen todos los caracteres que son comunes a la gran multitud de los escritores, pero si ahondamos un poco el conocimiento que de ellos tenemos, veremos que más allá de las voces particulares y distintas, existe una sinceridad total, una vida honda en contacto con la fermentación telúrica, una desconfianza cartesiana que les permite edificar los cimientos del mundo futuro; y hasta en las páginas más violentas, allí donde su sátira alcanza notas nunca oídas, allí vemos también que ocultan bajo un apetito de aniquilamiento, el secreto deseo de reconstrucción y salvación.

Así ya vemos a la literatura de este período, que llevaba el germen de la vida, salir de la fase preparatoria para entrar en la de la reconstrucción. Ahora saben que su civilización, como las demás, es mortal, y quieren, no salvar al edificio antiguo, sino, utilizando lo servible, levantar otro nuevo en que nuestra generación con sus virtudes y sus vicios se halle a gusto.

Y para este trabajo, los modernos poseen una cualidad preciosa: el valor. Nadie había afrontado la verdad entera como lo había hecho Proust y sus continuadores, Mauriac, Montherlant; nadie habíase careado tan serenamente con la muerte total como los modernos.

Los clásicos hacían con Dios el infame pacto de Pascal: veinte años de sacrificios por una inmortalidad de felicidad. Los románticos elevaban su pasión del plano terrestre al celeste. Desafiaban al mundo organizado con la seguridad de que Dios los

ayudaría y que durante la eternidad podrían estar junto a la amada.

Los modernos no creen en nada de eso, no tienen yo inmortal, no firman contrato con Dios, no pueden amar al mismo ser indefinidamente, hallarse eternamente cerca del ser deseado les es un suplicio intolerable, ser durante la inmortalidad les aparece como el colmo de la ridiculez.

Esa muerte con que se carean es más temible y pavorosa y sin embargo la miran complacidos porque los libera de su yo. Y es que para ellos — místicos sin reconocerlo — la sensación finaliza con lo eterno. Existe una sensación primordial en que el yo desaparece. De esa creencia nació el “Tiempo hallado” y el “resucitar en mí al hombre eterno”, de Proust; el “lo que se había extraviado” de Mauriac; la conversión de los pecadores, no a la teología de Maritain, sino al misticismo de Brémont, a la sensación directa, física de la presencia divina, contacto otorgado por la eucaristía.

Así ya tenemos los elementos cuya esencia formará después de filtrarlos, escogerlos, decantarlos, una imagen completamente nueva del hombre y del mundo. Tenemos el Tomismo de Maritain, el misticismo de Brémont, el radicalismo de Alain, el culto a la idea de Valéry, el corydonismo-marxista de Gide, el exotismo de Morand, Montherlant, Malraux, Maurois, el liberalismo de Duhamel, el trabajo de Hamp, el eclecticismo de Larbaud, lo social de Bloch, Guehenno, Berl...

El “Modernismo” muere, y muere por su desconocimiento del sentido de la responsabilidad. La sensación es algo maravilloso; amar hoy a una mujer y otra mañana puede teóricamente ser muy agradable; pero ¿y los niños? “Todo se vuelve tan sencillo en cuanto desaparecen los niños”, dijo Peguy. Existe una sociedad, un mundo que nos rodea, que nos envuelve, un método de razonamiento, una base con la misma estructura que el cerebro y que es imposible cambiar.

Y no solamente ese período de la literatura francesa muere, sino que ya ha muerto. El *Viaje al Congo* de Gide descubrió la responsabilidad; *Saint Saturnin* de Jean Schumberger, *Les Hauts-Ponts* de Jacques de Lacretelle, *Les Hommes de Bonne Volonté* de Jules Romains, la publicación del *Dictionnaire Politique et*

Critique de Charles Maurras, muestran que los escritores quieren actualmente reintegrar al individuo en su grupo, en su familia, en su raza, colocar al hombre en una sucesión de generaciones solidarias, en cuya cadena halla su verdadero valor.

Todos advierten que la inteligencia es una de las condiciones esenciales y necesarias de la obra artística. La Razón, vuelve a tener su valor de antaño pero sin estrecheces. Existe una como transposición del fruto de una expresión individual en lo universal. Un nuevo humanismo se desarrolla. El sentimiento vuelve, la fidelidad es bella. Todos hallaron una Razón de vivir en la vida misma.

* * *

Una vez que hemos paseado una mirada panorámica por este período de quince años, tenemos el derecho de preguntar ¿quedará algo de esta literatura? El futuro tiene la palabra. Pero ya podemos notar que esa literatura ha practicado ejercicios que nos dieron más flexibilidad espiritual, acostumbrándonos a notar coloraciones fulgurantes, penetrar en el laberinto del pensamiento y conocer la idea en su complejidad frondosa.

La fantasía ebria que hallamos en las obras contemporáneas nos facilitó el modelo según el cual podemos reventar como una burbuja fuera de lo real. Seguimos en la caverna de Platón, pero sabemos introducir periscopios en sus grietas, y tener una visión quizás poco extensa pero nítida de lo absoluto.

Ya sabemos captar el pensamiento en el preciso momento de su nacimiento, en su espontánea profusión milagrosa. Las palabras ya no se colocan como antes sino que las alineamos según reglas nuevas, logrando sonoridades mágicas.

Técnicamente, el ideal de todo escritor es asemejarse a aquel pescador de las leyendas arábigas, que se zambullía hasta las entrañas del mar y arrancaba de su matriz palpitante al fruto albino de la belleza verbal.

Y el artista puede emplear ese nuevo idioma para los muchos que poseen un oído suficientemente afinado como para percibir el sutil murmullo etéreo, vibrar al unísono de las ondas producidas por el hervor de los cuerpos siderales, adivinar el susurro impalpable de la personalidad oculta.

Nuestro espíritu ejercitado a brincar por encima de las cadencias extremas no se detiene cuando faltan los puentes de la lógica. Trás los modernos argonautas, toda nuestra generación ha abandonado las pampas luminosas para internarse en las selvas bravías, en las profundas cavernas, en los pantanos move-dizos.

Pero, ¿acaso no existen junto con este aspecto violento, exasperado, inquieto de la literatura moderna, escritores que saben lo que quieren, pensando con Barbusse que la inquietud es el cólico de las decadencias espirituales?

Podemos advertir que muchos escritores hallaron su originalidad en una oposición al espíritu de la época. Es verdad que llevamos el sello del siglo tanto pensando con él como contra él; sin embargo, ¿acaso no podemos expresar esta idea según la cual creemos que todo momento histórico revela dos corrientes opuestas o antagónicas?

Y efectivamente tenemos a la enorme y delicada Edad Media, a la vez piadosa y cínica, caballeresca y práctica; al Renacimiento que suscita la austeridad más completa, la preocupación que comporta un riguroso examen de conciencia, conjuntamente con el amor pagano a la vida de los placeres sensuales o de las acciones guerreras. El siglo XVII también presenta la doble máscara de Jano: admira tanto la elegancia soberbia como lo barroco burlesco. Y el siglo XVIII en que vemos desarrollarse el espíritu crítico y escéptico, ¿acaso no es de un candor y de un optimismo maravillosos?

Eterno dualismo del principio macho y hembra, positivo y negativo. Lo curioso es que los artistas franceses no reaccionaran debidamente contra el pensamiento y el sentir de sus predecesores —los románticos.—Oh, sí, ya sé que se mofaron de ellos, de su concepción de la pasión. Pero pensemos que si toda esa generación rebajó a la mujer al rango de máquina para la fabricación de la voluptuosidad, es porque en ellos mismos, en el fondo de sus corazones, consideraban a la mujer como un ser exquisito, sensible y que complementa al hombre. De no ser así, no se hubiesen encarnizado tanto en descenderla del altar donde los románticos la habían colocado. Si tanto la hubiesen despreciado, con no hablar de ella, con no pensar...

Exceptuando a los Simbolistas, todas las escuelas literarias son hijas, más o menos adulterinas, del Romanticismo. Es un hecho irrefutable que desde más de un siglo, la literatura francesa se funda en su conjunto y en lo esencial en la misma base. Tiempo ha que en Francia se dejó de ser clásico, es decir razonable y sano, según la expresión de Goethe.

¿Qué podemos pensar de las últimas realizaciones francesas? Que auguran un nuevo clasicismo. El francés quiere fabricar y organizar estéticamente la realidad. Su principio director no es el vuelo platónico hacia el ideal, sino su predilección por el "juste milieu", por colocarse a la misma distancia de los extremos. La Nación francesa, lógica y crítica, tiene un verdadero culto por lo moderado y lo que pudiera haber de mediocre en esa concepción es elevado por el padrinazgo de la antigüedad clásica.

Podemos pronosticar que los escritores modernos harán como los predecesores, que no quebrarán la continuidad de los esfuerzos hacia un ideal humano.

Ayer Valéry entraba en la Academia Francesa; hoy es Mauriac; mañana será uno de estos escritores oníricos que exploraron las riberas desconocidas del yo y de la idea. Y el ejemplo que tenemos del más interesante nos autoriza a decirlo. Cocteau aspira inconscientemente, por toda una faz de su arte —brevedad, precisión, silueta—, a poner a la inteligencia en su lugar: a la cabecera. Y si no, léanse estos versos sacados de su última obra:

Grecia pequeña y sagrada,
A los números su perfil igual;
Enteramente con tiza
Sobre el negro pizarrón del sol.

Atenea de ojos de chivo,
De armas de saltamonte
Zalamera acaricia los bucles
De un templo en pie junto a ella.

¡Pelops! Estatuas hechas con
El asqueroso obsequio de Perseo
A Palas, jamás agujereada,
Saltamonte de la arena griega.

ARIEL ATLÁN.

Buenos Aires, 1933.

ANNIE WOOD BESANT (1847 - 1933)

A la señora Ana Wood —esposa divorciada del pastor evangelista Frank Besant y sucesora desde 1907 del coronel Enrique Steel Olcott en la Presidencia de la Sociedad Teosófica— le ha tocado un extraño karma: el de sobrevivir, a pesar de su avanzada edad, a la ruina de la institución a la que ella, durante más de cuarenta años, dedicó sus mejores energías.

Siempre hemos estado y seguiremos espiritualmente vinculados a la señora Besant. Sentimos por su extraordinaria actuación un profundo respeto hermanado a un cariño filial. Tenemos el convencimiento que su figura se destacará por mucho tiempo en la Historia, aureolada en parte por la leyenda y en parte por hechos reales. Hubo de tener grandes méritos esa mujer si, en el día mismo de conocerse su fallecimiento, la inconsciencia croniquera echa a rodar por el mundo un montón de tonterías y mentiras con respecto a la desaparecida, como para robustecer una confusión interesadamente elaborada y cuidadosamente mantenida, sin el menor respeto por personas y doctrinas que deberían merecerlo siquiera por la elevada intención que representan.

Advertimos, sin embargo, que ese nuestro gran respeto y filial cariño, y la circunstancia de haber sido representante de la autoridad de la señora Besant en la Argentina, Paraguay, Bolivia y Perú, no nos hará olvidar que debemos mantenernos serenos e imparciales en este momento en que se pesa el pro y el contra de una vigorosa personalidad exponente de una escuela, de una tendencia, de un ideal y de una cultura.

Es posible que sin la Sociedad Teosófica no habríamos conocido a la señora Besant, y que su estupenda labor hubiera

quedado incógnita como la de muchos otros. Por lo tanto, se explica que en esta nota también nos ocupemos de dicha Sociedad. A pesar de eso, es nuestra opinión que la página más bella de su existencia la escribió Annie Besant antes de ser Presidente de la mencionada agrupación. Ella misma, sin quererlo talvez, nos lo demuestra. Su *Autobiografía* termina precisamente cuando comienza su actuación teosófica.

De manera que una semblanza de la Sra. Besant, para ser exacta y equilibrada, deberá considerar dos fases de su existencia que, lejos de compendiarse, por lo menos desde el punto de vista externo, se contraponen con métodos y finalidades marcadamente distintas: la fase en que se nos presenta como irlandesa revolucionaria —empleamos ese término en el sentido más puro— y la otra en que vemos a la inglesa imperialista, bien intencionada sin duda, y con caracteres netamente mesiánicos. Si consideramos la distancia de edad entre una fase y otra, pues cuando llegó a la Presidencia de la S. T. tenía ya 60 años de una existencia agitada que forzosamente produjo desgastes irreparables, nos explicaremos todos los errores cometidos, con la más perfecta buena fe, al frente de la institución que, poco a poco y por un cúmulo de circunstancias especiales, llegó a encarnarse en su omnímoda voluntad.

*

* *

Ana Wood nació en Londres, el 1º de octubre de 1847. Descendía de irlandeses. Huérfana de padre cuando tenía pocos años y muerto su hermano menor, sobre ella se concentró el intenso cariño de una madre desconsolada. Un vínculo estrecho, muy íntimo, unió a los dos seres, a tal punto que la madre solía decir que terminaría por atar la hija a su delantal con una cuerda. A lo cual ésta contestaba: “Y bien mamá; trae esa cuerda y átame con un nudo bien fuerte”.

Desde su primera infancia mostró una naturaleza soñadora, tierna, mística. Decía ver hadas y otros seres invisibles. Las leyendas, los cuentos fantásticos, los mitos, los relatos bíblicos la encantaban. Obligada la pequeña familia, por razones económicas, a vivir fuera de Londres, en una modesta casita de campo,

la niña eligió como sitio predilecto la sombra de un enorme laurel. Bajo sus ramas comía y dormía, estudiaba, jugaba y soñaba; cantaba con las aves y se entretenía con todos los héroes y mártires legendarios con que había poblado su imaginación. Su existencia transcurría así feliz, dichosa, en pleno contacto con el vasto magnetismo de la naturaleza.

Cuando cumplió los ocho años se hizo cargo de ella la señora Marriat, a fin de educarla convenientemente. La separación de los dos seres fué muy dolorosa, porque, a partir de entonces, la hija sólo vería a la madre en las vacaciones. La Srta. Marriat resultó una admirable educadora, que preparó magníficamente a la niña para el futuro. Lejos de llenar el cerebro de sus alumnos con nociones incomprensibles y aprendidas de memoria, estimulaba sus facultades personales para la observación directa y la libre iniciativa. Sus lecciones eran de cosas y no de ideas, porque en la infancia sólo se está capacitado para comprender aquéllas. Al mismo tiempo que cultivaba sus tiernos cerebros desarrollaba sus tiernos corazones mediante la costumbre de realizar con placer pequeños sacrificios en beneficio ajeno. La niña Ana halló así en su maestra la fórmula complementaria que necesitaba para desarrollar sus latencias. Tal vez en esa temprana edad se decidió su vocación por el martirio, siendo innegable que nada la atrajo más que el martirio durante toda su existencia (1).

Ocho años duró la misión de la Srta. Marriat. En ese tiempo hizo un viaje a Alemania, donde permaneció tres meses, y otro a París, donde recibió su primera comunión. Tenía 16 años cuando volvió al lado de la madre, recomenzando su antigua existencia apacible y llena de ternura. Unica preocupación de la madre era satisfacer todos los deseos de la hija, deseos que, por otra parte, eran siempre nobles y elevados.

Había en la educación de la joven Wood una sola falla: su completa ignorancia por todo lo que se refiere a los hombres. Habiendo vivido siempre entre mujeres, bellezas, ilusiones y visiones, no sospechó jamás que en algún corazón pudiese haber algo que no fuera también amor, belleza, lealtad. Se comprende

(1) Sobre este detalle han fundado algunos escritores la hipótesis de que las encarnaciones anteriores de la señora Besant fueron Hypatia y Giordano Bruno.

pues el inmenso dolor que experimentó cuando, esposa de Frank Besant, en vez de hallar en éste al instructor que supiese comprender su profunda devoción y su sincera fe religiosa, descubrió en él a un hombre egoísta, sensual, de ideas estrechas, aferrado a la letra y al formalismo de su misión y que de sacerdote sólo tenía el nombre. Comenzó entonces el drama; un terrible drama que duró varios años; que apenas pudo dulcificar el nacimiento de dos hijos y que terminó, como era de preverse dada la naturaleza honrada, orgullosa e independiente de la esposa, en la separación absoluta. Los cónyuges se despidieron amistosamente. El hijo quedó con el padre y la pequeña Mabel con la madre. Las dos mujeres se reunieron nuevamente con la anciana Sra. Wood.

Entretanto se habían producido algunos acontecimientos importantes. Mabel enfermó y estuvo a punto de morir. La madre también enfermó gravemente. El médico que la asistía la prestó, durante la convalecencia, obras científicas que leyó ávidamente. Se despertó en ella cierta intranquilidad interna y se le presentaron dudas respecto a sus creencias religiosas. Hasta hubo, en el verano de 1871, una tentativa de suicidio, de consecuencias importantes, porque marca en la existencia de la joven señora el comienzo de una nueva fase. Algunas consultas hechas a sacerdotes, en quienes esperaba hallar un reavivamiento de su fe, le hicieron perder la poca que le había quedado, debido a que halló en todos ellos respuestas frías y la recomendación de no investigar nada por sí misma, pues tales investigaciones constituyen pecados graves. Decidió romper con la Iglesia y lo hizo en forma un tanto espectacular. Un día en que el marido suministraba la comunión a los feligreses, se levantó y se retiró con gran escándalo de los presentes. El lector comprenderá la entereza que hubo de tener para realizar ese acto, en la rígida Inglaterra.

Siendo muy precaria la situación económica de las tres mujeres, la Sra. Besant trató de remediarla con el producto de su pluma, escribiendo cuentos y narraciones que fueron publicadas y bien retribuidas. Desde sus comienzos la joven escritora se revelaba todo un valor positivo. Esta primera tendencia literaria —la de los cuentos y narraciones— no duró mucho tiempo. Disciplinas más severas, de orden filosófico, científico y social, sollicitaban su atención, y a estudiarlas dedicaba sus horas libres, las

que le dejaban sus ocupaciones de gobernanta en casa de un vicario. Empujada por su espíritu de independencia, abandonó el empleo y volvió a Londres. Allí conoció la miseria, hasta que consiguió un empleo en el Museo Británico. Leemos este párrafo conmovedor en uno de sus biógrafos: "¡Cuántas veces hubo de ir al empleo sin haberse desayunado y cuántas veces, al regresar hambrienta a su casa, satisfacía su hambre cubriendo de besos y de caricias a la madre y a la hija!"

Pero las pruebas físicas no fueron las únicas. También hubo de pasar por otras de orden moral. Recordamos, entre muchas, la siguiente: Se enferma la madre de gravedad y el desenlace se anuncia próximo. Llama a su hija y le dice: "Hija mía, tú sabes que yo he sido siempre una mujer piadosa y que he vivido de acuerdo a los principios de la religión cristiana. Bien, antes de morir, desearía que nos comulgáramos las dos; pero si te resistes en acompañarme, prefiero ir al infierno antes que separarme de tí". La Sra. Besant no creía en la comunión; sin embargo se comulgó, exponiendo primero el caso a un sacerdote que la comprendió y la admiró. Así, la madre pudo morir tranquila confortada por el magnífico rasgo de ese amor filial.

Había en aquella época en Londres un grupo de intelectuales de gran prestigio —entre ellos Scott, Bradlaugh y Stead— votados al servicio de los humildes y a combatir las mentiras y las falsedades de la ortodoxia religiosa. En la prensa, en folletos, en conferencias y particularmente desde las columnas de *The National Reformer*, hacían una activa propaganda en pro del ateísmo, del libre pensamiento y de la justicia social. Una serie de circunstancias, como preparadas de propósito, llevaron a la Sra. Besant al centro mismo de la acción. Ella y Bradlaugh, vinculados por una gran amistad y una perfecta comunidad de ideales, realizaban el apostolado de la renovación social. Fué una lucha a fondo, que duró muchos años, emprendida contra el fanatismo religioso y los privilegios económicos y políticos. En las ciudades y en la campaña su elocuencia fogosa, sincera, decidida, resonaba como una voz ultrafísica que despertaba conciencias. Y las conciencias se despertaban tan bien que algunas veces acogían a pedradas a los oradores. En cierta oportunidad la Sra. Besant fué herida en la nuca. La publicación de un folleto aconsejando las teorías

de Malthus, fué aprovechada por los adversarios y le valió un proceso. Los tribunales la absolviéron reconociendo que la intención de la autora era noble y pura.

Posteriormente, la Sra. Besant hizo profesión de fe socialista. Bradlaught se mantenía al margen de esa doctrina; pero, espíritu amplio, liberal, tolerante y comprensivo, no vió en la orientación de su amiga un motivo de distanciamiento.

*

* *

Dejemos de lado muchos detalles —incluso la fundación del periódico *The Link*— y detengámonos en el año 1888. Un detalle al parecer insignificante, había de provocar un vuelco completo en la posición intelectual de la Sra. Besant, haciéndola pasar, en forma un tanto brusca, de una fase a otra de su existencia, las fases a que hemos aludido en el primer párrafo.

Un buen día llega a la redacción del diario un ejemplar de la *Doctrina Secreta*, cuya autora era H. P. Blavatsky. La Sra. Besant —quien ya se había ocupado de telepatía, hipnotismo, sugestión y demás fenómenos psíquicos— fué la encargada de escribir la nota bibliográfica de esa obra. En vez de hojearla, la leyó íntegramente. La impresión recibida fué enorme y en vez de una simple nota bibliográfica le quiso dedicar un artículo entusiasta. Poco antes pidió a Stead que le solicitara una entrevista con la autora. Cuando se halló frente a Blavatsky, sea por timidez, sea por otras razones, no pudo decir nada importante. En el momento de despedirse, la rusa, fijando su extraña mirada en los ojos de la inglesa le dijo: “¡Ah, señora Besant, si Ud. quisiera ser de los nuestros...!”

Nada contestó la Sra. Besant. Su orgullo fué más fuerte que su recóndito deseo. Adherirse a la Teosofía, renunciar a todo un pasado y ponerse en pugna con todos sus colegas, quizás enemistarse con ellos, son actitudes que no se resuelven en un instante. A la primera visita sucedieron otras. Por fin, tomó la decisión de entrar a la Sociedad Teosófica. La Sra. Blavatsky no quiso admitirla antes que se enterara de las calumnias de que fué víc-

tima a consecuencia del pérfido informe de Hodgson (1). Así lo hizo la Sra. Besant; pero comprendió que para una naturaleza honrada, el informe y las conclusiones no tenían ninguna importancia. La respuesta dada a la Blavatsky fué motivo de una escena emocionante. La orgullosa inglesa se arrodilló ante la rusa y le besó las manos. Esta a su vez puso su derecha sobre la frente de aquélla y la bendijo. Ocurrió el hecho el 10 de mayo de 1889.

Al aparecer, un mes y medio después, en *The National Reformer*, el juicio crítico, que la Sra. Besant dedicó a la *Doctrina Secreta*, el clamor y las protestas que suscitó fueron tan grandes que Bradlaugh se vió obligado a desautorizarlo, emitiendo una opinión totalmente adversa a las doctrinas teosóficas y a las "nuevas ideas" de la Sra. Besant. Pero la suerte estaba echada y ésta no era mujer de volver sobre sus pasos. Presentes todos sus viejos amigos y compañeros, en dos conferencias públicas hizo su profesión de fe teosófica. El resultado es fácil imaginarlo.

El ingreso de la Sra. Besant a la S. T. dió a ésta un gran impulso. Disciplinada rígidamente por su maestra, se transformó en un modelo de trabajo y de abnegación. Se relacionó con las principales figuras de la Institución; viajó por Europa y Asia; dió conferencias y escribió folletos que despertaron un gran interés. La resistencia que la "recién llegada" hallaba en los miembros más antiguos y prestigiosos de la Sociedad fueron quebrándose lentamente; a tal punto que, al morir la Sra. Blavatsky, en mayo de 1891, todo el mundo comprendió que la Sra. Besant sería su sucesora. Así fué en efecto. Su actividad, que era ya grande, aumentó aún más. Allí donde había algo que hacer aparecía ella organizando Logias y Grupos de Estudio, atendiendo a todo el que la consultaba por cuestiones teosóficas, contestando un diluvio de cartas, escribiendo libros y dedicando

(1) Hodgson era miembro de la *Psychical Research Society*. Pocos años más tarde, confesó honradamente que había sido engañado y se arrepintió de lo que había escrito. Pero el poder de la mentira suele a veces ser más fuerte que el de la verdad. Todo el mundo se enteró del primer escrito; nadie ha querido tomar en cuenta el segundo. Y así se explica que hoy, casi medio siglo después, todavía se continúa juzgando a la Blavatsky sobre la base de un informe falso.

a su cuerpo los menores cuidados posibles. Esta existencia la siguió sin interrupción durante más de 40 años. Ocasiones hubo en que dió hasta tres conferencias en un mismo día y en lugares distintos, utilizando todos los medios de locomoción, incluso el aeroplano, resistiendo las fatigas que dejaban extenuados a sus compañeros. Cuando, en febrero de 1907, falleció el Presidente de la S. T. coronel Enrique S. Olcott, la Sra. Besant le sucedió en el cargo y en él continuó hasta el día de su muerte.



No se suponga que las actividades de la Sra. Besant se concretaron a la S. T. Su labor se extendió a la "Orden de la Estrella de Oriente", de la que fué protectora y que llegó a tener más de cien mil miembros, esparcidos en todos los rincones del mundo. Es sabido que dicha Orden se fundó para auspiciar la venida y la propaganda de Krishnamurti. Fué Gran Maestre 33º, Suprema Autoridad Británica de la Orden Co-Masónica El Derecho Humano, miembro del Supremo Consejo, Secretaria Gran Instructor General y Diputado por Inglaterra. Fundó en Londres una Agrupación Rosacruz y en Benarés (India) el "Central Hindu College" que ha tenido una vida próspera y fecunda. Auspició la idea de fundar una Religión Universal utilizando los elementos comunes a todas las religiones profesadas. Fué Jefe de la Escuela Esotérica de la S. T. Tomó participación activa en el movimiento nacionalista de la India y llegó a ser Presidente del Congreso Nacional Hindú, colaborando en ese movimiento con Tagore, Gandhi y otras personalidades destacadas.

Muchas instituciones de renombre —entre otras la Sorbona, de París— le abrieron sus puertas, la escucharon y aclamaron con entusiasmo. Se la clasificaba entre los más grandes oradores y los mejores escritores de la época actual. Su fecundidad literaria fué enorme. Contando libros, folletos y artículos doctrinarios, se llega a la suma de más de 600. Su estilo era conciso, preciso y elegante. Sabía tratar los temas de acuerdo con la índole de cada uno y con tanta eficacia que no se sabe si admirarla más cuando escribe sobre ciencias, filosofía, moral, religión, ocultismo

o arte, tan perfecto es el dominio de cada una de esas disciplinas y tan bella y delicada la expresión.

En la India se tenía por ella una inmensa veneración. Cuando, en plena guerra mundial, la Sra. Besant tuvo el valor de decir a los hindúes "que debían marchar a la conquista de su propio destino con la frente alta, luchando por su cuenta y pidiendo la autonomía", el gobierno de Madrás intervino, le intimó cesara en todas sus actividades políticas, le prohibió hablar en favor de la India y por fin la relegó a un apartado distrito. Pero, habiéndose levantado una tormenta de protestas en todo el país, tres meses después hubo de ponérsela en libertad sin condición y sin limitación alguna. Su liberación fué un triunfo como muy contados seres han conocido. Donde quiera ella pasaba, en las ciudades, en las aldeas, en las campiñas, poblaciones enteras, entusiastas, delirantes, la recibían cubriendo de flores a su persona y el camino por donde iba, dándose más de una vez el caso de que se le arrojaron encima piedras preciosas y perlas finas. Su regreso a Adyar —Cuartel General de la S. T.— asumió el carácter de una apoteosis.

*

* *

Una frase que hemos escrito en el primer párrafo, y en la que se alude a la ruina de la S. T., merece una aclaración. La haremos sinceramente, advirtiéndole que no se trata de una antojadiza opinión personal sino de hechos en los que estuvimos mezclados. Claro está que la responsabilidad de la Sra. Besant, según veremos más adelante, fué relativa y que, fueren cuales fueren los errores por ella cometidos, estos jamás serán suficientes para empañar el brillo de tan excelsa mujer que constituye un caso único y ejemplar en la historia contemporánea.

Hemos de advertir, además —y esto tiene gran importancia— que en nuestro concepto la responsabilidad mayor corresponde a los que rodeaban a la Sra. Besant, entre ellos particularmente a Leadbearet, Wedgwood, Arundale, Köllerstrom y Warrington, quienes habían constituido a su redor una especie de valla psíquica y que la dirigían sino la dominaban. Nos fundamos sobre una gran cantidad de hechos para hacer esta

afirmación arriesgada, lamentando que el carácter breve de esta nota no nos permita ser más extensos y explícitos. Un solo detalle bastará: todos los mencionados (tal vez con la exclusión de Warrington) son obispos y arzobispos de la Iglesia Católica Liberal, injertada como cuña de otro palo en el tronco de la S. T. Aparentemente, el objeto de esa organización fué estudiar el valor oculto y mágico del ritual católico-cristiano. En realidad tuvo otro objetivo: dar una evidente preponderancia en la S. T. a un cristianismo religioso, olvidando que el cristianismo no fué jamás una religión, según hemos intentado demostrarlo en varias oportunidades. A quien haya leído *The Old Diary Leaves* —que es la única historia auténtica de la S. T., escrita por su cofundador y primer Presidente— salta a la vista que uno de los motivos principales de esa fundación fué hacer conocer el budismo en Occidente y en la misma India. De ahí ese semisilencio que la Sra. Blavatsky hizo, en casi todos sus escritos, del cristianismo. Es fácil suponer que los cristianos no iban a quedar mudos ante semejante invasión. Ni siquiera callaron los miembros de la S. T. quienes, antes de librepensadores, han sido profesantes de una determinada religión. Se nos ocurre que con la S. T. hubo de pasar algo análogo que con la Masonería. Cuando los jesuitas quisieron desnaturalizar los elevados fines espirituales de esta institución, infiltraron lentamente en ella la Orden de los Nuevos Templarios, su creación, y con ella comenzaron a desunirla. La mezcolanza de la S. T. con la Iglesia Católica Liberal dió lugar a luchas enconadas; resultado ya calculado de antemano.

Al sentirse Olcott gravemente enfermo y al pedir que se procediera a elegirle sucesor, se pusieron de manifiesto dos tendencias bien opuestas. Una sostenía que la S. T. no podría abrirse paso en el mundo Occidental si no buscaba alianza con la ciencia moderna. La otra, en cambio, deseaba que la Institución mantuviese su carácter primitivo, que fuese una especie de metafísica destinada a unir entre sí lo humano y lo divino, “un canal por donde los Maestros pudieran derramar su luz sobre el mundo”. La primera tendencia tenía como eje a Mead, ilustre pensador inglés, hombre de ciencia y de conocimientos serios, amigo y discípulo de la Sra. Blavatsky. La segunda tendencia giraba alrededor de

la Sra. Besant. Ambas eran sinceras y estaban bien intencionadas. La voluntad de los socios iba a decidir cual de las dos triunfaría, en elecciones generales y libres, cuando la Sra. Besant, apelando a un recurso insólito y que fué muy criticado, hizo inclinar la balanza de la mayoría en su favor, diciendo que dos Maestros invisibles, asistentes a la agonía de Olcott, la habían indicado a ella como sucesora de éste. Tal proceder ocasionó un gran descontento y muchas protestas. No fueron pocos los miembros de la Sociedad que la abandonaron.

Otra gran crisis produjo la Sra. Besant durante la guerra mundial. Se sintió inglesa y se declaró partidaria de los aliados, asegurando que éstos eran los representantes de los Señores de la Faz Blanca, mientras los Imperios Centrales representaban la acción perniciosa de los Señores de la Faz Negra. Parece increíble que la misma escritora que, en un soberbio estudio publicado con el título de *La Sabiduría de los Upanishads*, demostraba haber comprendido el monismo puro de la vetusta escuela védica, pudiese haber caído en el infantil dualismo simbolizado por Señores de faz distinta (1).

Igualmente fueron motivos de crisis y escisión la iniciativa de fundar una Religión Universal —quitando a la S. T. su carácter eminentemente irreligioso— y la protección otorgada a la ya citada Iglesia Católica Liberal. Aunque en otro lugar hemos hecho la crítica de la S. T. y de la adulterada Teosofía que en ella se divulga (2), no podemos eximirnos del deber de insistir sobre un punto que reputamos de importancia. La S. T. fué fundada no sólo para dar a conocer el budhismo en Occidente, según ya se dijo, sino para instituir una escuela de libre pensamiento en que los miembros lo estudiaran todo sin enjaularse en nada, aprendiendo así la gran lección de la tolerancia intelectual, del examen despreocupado, a curarse de todos los temores y, en particular, a ver la Vida Una actuando en toda manifestación, por distintas que puedan ser sus expresiones. Quiere decir que se repetía en el siglo XIX la tentativa del año 234,

(1) Ver los artículos en *The Theosophist*, noviembre de 1914 y diciembre de 1915.

(2) Ver números 8 y 9 de la revista porteña *Nervio*.

en el que Amonio Sacas fundó la Escuela Ecléctica y Neoplatónica de Alejandría. Al no realizar este propósito básico, mucho más importante que los tres de su programa, o quizás fundamento de ellos, de hecho la iniciativa ha fracasado, por más que continúen sosteniéndola y vitalizándola los feligreses, crédulos y creyentes en toda milagrería.

Un extraño karma —repetimos la expresión— ha querido que fuera la misma Sra. Besant quien diese a la Institución por ella tan amada, el golpe de gracia. Después de haber sostenido que Krishnamurti sería el Mesías, el Instructor del Mundo, el que daría el Nuevo Mensaje, cuando Krishnamurti vino y dió ese Mensaje —*totalmente distinto a los mensajes de la Sociedad Teosófica y aún contrarios a la misma*—; cuando Krishnamurti comenzó a predicar su verbo (noche del 2 de agosto de 1927) los dirigentes de la S. T., con la Sra. Besant a la cabeza, en vez de declarar honestamente: “Señores, nuestra misión ha terminado, empieza una nueva era y la Sociedad se clausura”, según lo aconsejó Ernesto Wood en el Congreso Teosófico Mundial de Chicago (agosto de 1929), comenzaron a construir una nueva casuística para demostrar lo indemostrable y buscar “conciliaciones” que el mismo Krishnamurti constantemente desautoriza.

Las consecuencias de ese extraño proceder no tardaron en hacerse sentir, y los mismos miembros de la S. T., que no tienen ambiciones personales, lo confiesan honradamente, aunque continúen en la Asociación quizás porque, cuando entran a ella, se los asusta haciéndoles creer que la Sra. Blavatsky había dicho que con ese acto se crea un vínculo kármico que no se rompe más. Aprovechamos la oportunidad para afirmar que no fué la Sra. Blavatsky sino la condesa de Wachtmeister quien echó a rodar esa amenazadora patraña. Si fuese cierto lo del vínculo kármico irrompible, habría que llegar a la triste conclusión que un acto más o menos ordinario de la existencia, cual es la entrada a la S. T., significa que, por los siglos de los siglos, nuestra voluntad y nuestra libertad para el futuro quedan anuladas. Cualquier persona razonable sabe que en el mecanismo de la vida todo se renueva constantemente y que por lo mismo no es posible un vínculo que, en el fondo, significa una cadena imposible de

romper. Pero los miembros de la S. T. no gustan razonar. El día que lo hicieran, su organización dejaría de existir.

*
* *

¿Qué responsabilidad le cabe a la Sra. Besant por todas estas actitudes que de inmediato se nos presentan como negativas?

Si responsabilidad hay, preciso es convenir que también hay circunstancias especiales que la atenúan. Tenía ya 60 años cuando llegó a la Presidencia de la S. T. El dinamismo propio de su temperamento, que había fluído libremente en las luchas anteriores porque armonizaban con el carácter de las mismas, hubo de tomar otro aspecto encauzado dentro de una institución de índole diametralmente opuesta. Por más que mediara una larga y dura disciplina de control, fué ésta insuficiente para modificar una naturaleza que ya tenía sus hábitos, sus expresiones, sus modalidades. Se ha acusado a la Sra. Besant de ser una mujer voluntariosa, y dicha acusación no carece de fundamento. Pero es justo advertir que esa voluntad se imponía por su propia fuerza, sin un propósito deliberado de predominio y sin desconocer que el carácter de la S. T. era prevalentemente democrático. Las sutiles influencias psíquicas, a las que hemos aludido, el peso del estado mayor que la rodeaba y del que no podía prescindir, el espíritu mesiánico y la inclinación al martirio que le venían desde la infancia, fueron otros tantos factores concomitantes para que su voluntad se impusiera, aún en la forma indirecta, displicente a veces, que salvaba las apariencias. Justo es también agregar que el respeto —y más que el respeto la devoción religiosa— que los miembros de la S. T. sentían por ella, constituyó siempre su mayor fuerza y el mayor obstáculo para que la voz de unos pocos librepensadores se dejara oír. Esta voz, a la postre, quedaba siempre ahogada por el clamoreo, el temor, o la inercia de la mayoría.

Suele ser siempre éste el final ineludible de todas las agrupaciones que pretenden sostener principios espiritualistas. Con razón se ha dicho que ellas, lejos de ayudar a percibir la Verdad, son un impedimento para acercársele. El hombre que se propone esta elevada finalidad debe marchar solo, libre de toda ideología

particularizada, sin hollar un determinado sendero o ser el discípulo de un determinado maestro o una determinada escuela; viviendo con sencillez, honradez y sinceridad su propia vida; examinando sus propias experiencias y tratando de libertarse, al fin, de las mismas.

En el caso de la Sra. Besant, la situación se agrava por la edad de ésta. La observación ha fijado la ley psicológica que en la vejez se vuelve a la niñez; es decir, que reaparecen todas las tendencias y hábitos —malas tendencias y malos hábitos— de la primera edad, aumentados con los complejos psíquicos de la juventud y de la edad madura no disueltos. Otra cosa habría sido la S. T. si a la Sra. Besant se la hubiese conservado para un cargo honorífico —si bien aun eso no es compatible con la naturaleza de la Asociación—; como una reliquia respetable del pasado; como un recuerdo estimulante de una acción ya realizada y que no necesitaba imitadores sino renovadores. Se la eligió *ad vitam* en la Presidencia de la Institución. Se la dejó libre de hacer lo que mejor creyese oportuno; pero todo eso era pura apariencia. En realidad, gobernaban los más próximos y, de una manera o de otra, eran los deseos, las conveniencias y las ambiciones de estos últimos los que primaban. Los resultados de tan anómala situación están a la vista. Todos los organismos que no se renuevan constantemente, terminan así.

Antes de finalizar, el lector nos ha de permitir que hagamos una breve alusión personal.

Hubo una época en que nuestra admiración por la Sra. Besant y nuestro acatamiento a sus decisiones eran incondicionales; tanto, que la suponíamos por encima de toda discusión. Sólo cuando abandonamos la S. T. —y decidimos no volver jamás a formar parte de ninguna agrupación, de cualquier índole que fuese— nos hallamos en condiciones de examinar libremente el valor de todas las doctrinas y la posición propia y ajena, dentro o fuera de las mismas. Comprobamos entonces que los resultados a que llega un pensador libre son bien distintos de los resultados a que llega otro que piensa y examina a través de un criterio preconcebido. Esto explica el porqué, a distancia de pocos años, podamos haber escrito acerca de las mismas personas y teorías páginas muy contradictorias.

Valga la dolorosa experiencia, que honrada y públicamente confesamos, para todos los que —y son la casi totalidad de los seres humanos— se encierran en un determinado círculo y creen estar en el centro de la Verdad. Ocurre precisamente lo contrario: nunca se ve menos la Verdad que cuando se la condiciona. De las limitaciones circunstanciales surgen todos los sectarismos, los fanatismos, las presiones y las dictaduras políticas, intelectuales y morales. Son ellas que originan las luchas que ponen a los hombres frente a frente en actitud hostil. La sangre corre a ríos sobre la superficie de la Tierra porque hay organizaciones que pretenden tener el monopolio de la Verdad y, de un modo o de otro, quieren imponerla a los demás.

En toda asociación —llámese como se quiera— particularmente las que tienen carácter iluminístico y trascendente, se construye una forma mental —un hábito mental, como se llama en psicología— que lentamente va captando el pensamiento individual, va sojuzgando el discernimiento y resta libertad al análisis y a la expresión.

Hemos pasado, lo repetimos, por esa dura experiencia. Algo tarde llegamos a libertarnos de toda influencia propia o ajena. Nos consolamos pensando que esa liberación pudo no haber llegado. Hoy ese renacimiento, que prácticamente se traduce en vivir la propia vida, constituye nuestra mayor dicha. No sólo nos coloca en condiciones de examinar libremente personas, doctrinas, ideales y hechos y distinguir lo que hay de esencial y de transitorio en cada uno de ellos, sino que nos permite formar con innumerables fragmentos recogidos en el largo camino de la existencia, una síntesis que al fin resulta ser la Vida misma en acción a través de infinitas manifestaciones.

Queda así explicada nuestra contradicción en el caso de la Sra. Besant y en muchos otros casos. El respeto y el cariño que le profesamos, y que ha quedado incólume a través del examen de sus actividades, es la mejor demostración que no es indispensable la comunidad de ideas para rendir homenaje a quien lo merece. Bien al contrario: el homenaje tributado a través de la comprensión es mucho más sólido y duradero que el otro, el que se rinde a través de un credo.

ARTURO MONTESANO DELCHI.

Setiembre de 1933.

PASATIEMPOS DE UN PROVINCIANO

Peripécia del chingolo y el gorrión

ALLÁ en mi ardorosa adolescencia, en la insular ciudad de Santa Fe, solía vagabundear por los soleados arrabales y sentarme a hilvánar la tela de mis sueños al amparo de un ombú centenario. Cierta tarde, mientras me extasiaba en el canto de un chingolo empinado en la copa de un espinillo, observé que otro pájaro, inquieto y bullanguero, se posaba a su lado. Era un gorrión: el primer gorrión que llegaba a esas regiones. A poco, las dos avecillas dialogaban:

—Pareces extranjero, — decía el chingolo.

—No puedo negarlo. Vengo de remotas tierras. Mis antecesores son más antiguos que Abraham y habitaron por muchos años el templo de Salomón.

—Semita eres, entonces.

—Así es. Pertenezco a una raza que dominará el mundo. Emigramos en tupidas bandas y conquistamos paulatinamente los campos y las ciudades. Donde llegamos, las aves canoras desaparecen, porque no se avienen con nuestra desafinada vocinglería. No conocemos ni el reposo, ni la tristeza.

—Eso demuestra tu baja ralea; porque el reposo es un estado espiritual y la tristeza es un don divino.

—Gurí, gurí! — No me vengas con pamplinas. Razonando así, no serás dueño jamás ni del espinillo en que te posas. La vida es la actividad permanente; y esa actividad ha creado las populosas urbes cuyos rascacielos nos sirven de refugio.

—Y, ¿por qué emigráis, pues, a estas regiones despobladas?

—Porque, algunas veces en las grandes ciudades escasea el alimento o se dictan leyes que atentan contra nuestra existencia.

—¿De qué os valen, entonces, los palacios encantados? ¿Para

qué vivir en medio de una civilización que ha de atarnos las alas? Yo prefiero mi árbol solitario y mis semillas silvestres.

—Pero, tú tampoco eres libre, ni feliz. El árbol que te cobija pertenece a la tierra donde está asentado; y ésta es, sin duda, de algún rico terrateniente que mañana podrá talar el monte o solicitar medidas de represión contra los intrusos. O vivís aquí bajo otro régimen que los países europeos?

—De ninguna manera. Todo lo europeo tiene para nosotros un sello de superioridad. Constituciones, leyes, derechos, ciencias, artes, industrias, nos han venido de allende el mar. Parlamentarismo, socialismo, fascismo, son igualmente doctrinas que hemos importado.

—Gurí, gurí! ¿Y para eso os proclamasteis independientes? ¡Cuánto contrasentido! En estas comarcas de América dáis a las palabras un valor que no tienen. Habláis de repúblicas, y sólo existen republiquetas; habláis de democracia, y sólo conocéis la demagogia o la oligarquía; habláis de hombres esclarecidos, y sólo encumbráis a los militares o a los politicastros; os jactáis de independientes, y copiáis todas las formas de una civilización caduca. Indios bárbaros, aventureros hispanos, detritus de las viejas naciones de occidente, teología, casuística, superstición, intolerancia; he ahí el sedimento de vuestra cultura.

—Razonas como un teólogo —prorrumpió el chingolo.

—¡Qué quieres! Algo aprendí en la sinagoga oyendo dialogar a los rabinos. Por otra parte, te advertiré que vuestros apóstoles no son sino sus discípulos. Tomas de Aquino es un acabado miembro de la tribu de Leví, y vuestros doctores en derecho son parientes directos de Caifas.

—Ya me lo presumía. Cuando alguna vez me asilé en los naranjos del Colegio de los Jesuitas, escuché ciertas lecciones memorables. Después, en los tribunales de Justicia y en la legislatura local, he visto aplicada con eficacia la misma dialéctica.

—¡Qué revelación para mí! Siempre he pensado que el judaísmo y el catolicismo son dos religiones equivalentes. Tienen el mismo libro sagrado como fundamento, y dan a las fórmulas externas más valor que al sentido esotérico de las palabras.

—En efecto: son dos religiones puramente rituales. Ciegan la luz del espíritu y viven del aparato y la teatralidad... Pero,

no abordemos temas tan escabrosos, porque podríamos disentir.

—¿Y eso qué importa? ¿O temes emitir tus opiniones? No conozco mayor cobardía que ésta. El mundo cambia de aspecto a cada instante y el pensamiento, que es su centro originario, no puede permanecer inmutable. Los gorriones no aceptamos pre-conceptos. ¿Por qué dictar leyes contra los comunistas, por ejemplo? El comunismo ¿no es acaso una doctrina política como cualquier otra, o una forma social de convivencia? ¿No fueron comunistas tus antecesores los quichuas y los aimarás? Y las misiones jesuíticas ¿no estaban asentadas sobre un régimen comunista? ¿Por qué predicán tanto contra el sistema los obcecados nacionalistas y los implacables católicos de hoy?

—No te exaltes, ni levantes la voz, porque alguien podría oírte; y acaso te aplicaran alguna sanción terrible.

—¡Ah! sí. Ya me informaron al llegar que estáis por reimplantar la pena de muerte. Vaya un progreso el vuestro! No me explico, en verdad, qué nueva civilización váis a construir. En tiempos ya remotos, nosotros aplicábamos la ley del talión, crucificábamos a los ladrones y lapidábamos a las mujeres adúlteras. ¿Por qué volvéis al pasado? Si tanto evangelio altruista divulgado en el mundo no ha modificado los instintos; si el espanto de tanta guerra no ha conmovido a las generaciones, ¿imagináis que una simple ley penal va a contener a la fiera atávica hospedada en el fondo de tantos seres?

—Pero, nuestros grandes maestros...

—¿Creéis aún en la ciencia de vuestros maestros? ¿No véis como cruje el mundo a despecho de todas las doctrinas? Esos ancianos presuntuosos cuyas palabras he oído en el Senado merecen la conmiseración de nuestra raza. Es doloroso llegar a la senectud cargado de vanidad y de prejuicios. Vuestra república se está tornando tenebrosa. Ignacio de Loyola es el siniestro mentor de vuestros gobernantes.

—¿Y qué debemos hacer?

Sembrad los campos, repartid la riqueza, desarraigad el fanatismo religioso, rompéd los moldes de vuestra justicia arcaica, no reavivéis el antagonismo entre las agrupaciones, no cimentéis la autoridad en la fuerza... Y dejad que Europa se momifique detrás de sus fronteras.

—Pero, eso es trastornarlo todo. Eso es predicar la Revolución.

—Tú' lo has dicho. Sólo cambiándolo todo —radicalmente todo— podríais redimiros o encontrar el sendero de vuestra liberación.

—No me explico cómo en tu cabeza de gorrión se albergan tales ideas.

—Ya te he advertido que los gorriones constituimos una especie solidaria. Tenemos una concepción concreta de la vida y nunca divagamos. Vivimos unidos; viajamos unidos; y en los fracasos ajenos, fundamos nuestra experiencia. Nuestra sabiduría es razonada y práctica. Somos lógicos, sensatos, calculadores.

—Nosotros los chingolos preferimos la soledad o el aislamiento. Vivimos en parejas; cantamos a las estrellas en las noches de primavera; y nos reconforta la creencia en un destino ulterior.

—Gurí, gurí! Nunca llegaremos a entendernos. El dualismo es una ley universal; y es vano empeño conciliar las realidades opuestas: el bien y el mal, la vida y la muerte, el día y la noche, la vigilia y el sueño... El antagonismo cesará cuando la tierra haya dejado de girar.

—Me desconciertas con tus paradojas.

—Todo en la vida es paradojal; y la realidad misma no es sino una engañosa ilusión.

—Entonces, ¿no crees ni en la realidad histórica?

—Pero, si la historia es una cadena de mitos, de fábulas y de contradicciones. Como sus doctrinas están en desuso, ahora comadrea con las habladurías de los viejos archivos. Los historiógrafos pertenecen al orden de los roedores... Nosotros, siendo trashumantes, no nos preocupamos del culto de los dioses y de los héroes. Por el contrario, solemos a menudo burlarnos de los próceres que hallamos a nuestro paso. Hace algunos años, en Buenos Aires, pernoctaba en las barbas de un tribuno de la plebe, en las proximidades del Retiro: a poco, era más milonguero que Martín Fierro!... Más tarde, construí mi nido en las charreteras del vencedor de Ituzaingo... Mirándolo por dentro, conocí "el horror al vacío". No degradeis tanto el mármol y el bronce!..

—Observo que eres versado en crónicas.

—¿Qué quieres! ¡Es la familiaridad con los varones ilustres!

Y si me dieran tiempo o me aseguraran los menesteres, podría comentar la vida de algún tiranuelo de América y obtener un premio en letras.

—Eres sarcástico.

—No me envanezcas. Soy un simple gorrión. Todos mis congéneres se me asemejan.

Y sin despedirse, el avecilla enfiló en un rayo de sol hacia la torre de Santo Domingo, cuya conquista celebraba jubilosamente la banda.

Historia del pintor y el carpintero

Próximo al lugar donde veraneaba, en Mina Clavero, alzabase un pequeño rancho al cual un coposo algarrobo resguardaba de los soles y de los vientos. Con sus ladrillos rojos y su alero de fina paja, peinado con esmero de mujer, ponía una nota vivaz entre los breñales grises. Habitábanlo dos viejos italianos —oriundos, posiblemente, del Piamonte o de Lombardía—: don Ventura, el pintor, y don Luis, el carpintero, a quienes desde el alba hasta el obscurecer veíaseles consagrados al trabajo. Don Ventura, con su cara roja, sus ojos fulgurantes, y sus bigotes espesos, tenía la apostura de un militar retirado. Don Luis, cauteloso, reflexivo, con su mirada sigilosa y su pierna envarada hacia pensar en un sabio naturalista. Siempre encontrábanse solos y muy preocupados en su tarea; pero, a menudo, solían interrumpirla para sostener apasionados diálogos. Como el rancho estaba apartado, las palabras de los dos hombres no se oían; y entonces —según es de imaginar— sus gestos adquirían una elocuencia superior al lenguaje. De noche, sobre todo, a la luz de un farol, aquella mímica animada daba a los actores un aire de personajes trascendentes.

Unas veces, el pintor dejaba su gruesa brocha y extendía la diestra como si posara para una estatua; otras, el carpintero abría desmesuradamente los brazos como si evangelizara; y ambos, en ocasiones, deteníanse frente a frente midiéndose con la mirada y moviendo la cabeza en señal de aprobación. Cerrada la noche, los dos camaradas sentábanse a la mesa bajo el corre-

dor; y ante la sopa humeante, o el té de "piperina" o "yerba buena" proseguían sus interminables pláticas.

Era, por cierto, para mí un placer observarlos a toda hora e imaginar lo que discurrían. ¡Y cómo aparecían de interesantes aquellos ermitaños! Pues, tan altos discursos hube de atribuirles y tan elevados conceptos anoté en sus controversias que a poco resultaron seres extraordinarios. Maduros, como eran, supuse, razonablemente, que evocarían con frecuencia las añoranzas de su juventud: algún percance de amor en cierta aldea ignorada de la Toscana o del Piamonte; algún episodio de las guerras por la unidad de Italia. Tal lo pregonaba el silbido triste del carpintero o el tamborileo de los dedos del pintor sobre la mesa. En las mañanas cristalinas, cuando el espíritu se vestía de azul y las sierras resplandecían en el cielo luminoso, recordarían, sin duda, sus correrías por las montañas natales; y si entonces uno de ellos se inclinaba reverente ante su compañero, era porque ahora encontraba tranquilo su vivir. De continuo, debían de considerar asuntos impenetrables para el vulgo, pues, mientras el pintor afirmaba o negaba con la cabeza, el carpintero parecía sostener una proposición universal describiendo con las manos una figura esférica. En tales circunstancias, creía escuchar sus reflexiones profundas:

—Toda verdad que se erige en principio, amigo Luis, es un dogma, y desde luego deja de ser verdad; porque, siendo el cambio constante el atributo primordial de la vida, nada puede permanecer inmutable.

—Así es, amigo Ventura; pero el progreso humano es tan lento y tan débil la luz que alumbrá la mente de las criaturas que el dogmatismo es como un báculo para llegar al conocimiento supremo.

Y continuaba el carpintero:

—Ya véis, por ejemplo, cómo para enunciar esa teoría tan simple de la relatividad ha sido menester que durante siglos los hombres creyeran en el universo inmensurable...

—¡Qué largo es el viaje a través de las tinieblas!

—Largo es, en verdad; y el rebaño ha de ser rebaño por años incontables.

Ciertas veces, según mis conjeturas, debían de contemplar

otros aspectos del mundo, porque el pintor golpeaba sobre las tablas con el puño cerrado, como si dijera:

—¡Qué limitados me parecen esos espíritus superiores de la Europa actual! Pregonan el evolucionismo como una doctrina incontrovertible en sus congresos científicos y se espantan porque los rusos han cambiado su forma de gobierno. Esos sabios que hablan con delectación del “homunculus” y del “antropopitecus”, no conciben nada más allá del “sitema republicano” y del “derecho constitucional”...

—A propósito —agregaba, apuntando hacia el rumbo de la “Cañada Larga”— allá viene Don Silvano Charras, prohombre de “la causa”, y caudillo de los “radicales rojos”... ¡Cómo me resultan de cómicos estos caudillos criollos peleándose por una divisa colorada o azul! ¡Medio gauchos y medio hijastros de la ciudad; a ratos botarates y a ratos ladinos, se desviven por enderezar los destinos del país con el poncho o con el sable, cuando no con el gesto sibilino. Triste suerte la de esta América española cuyas republiquetas son madrigueras de lobos!...

Y cuando don Ventura terminaba el discurso, pasaba don Silvano husmeando el viento con su cara de hurón y acompañando el tranco del ruano con el taloneo de sus grandes ojotas.

Como es de presumir, el pintor y el carpintero ocupaban diariamente el comentario de nuestra casa.

—Son dos sabios —decía mi hermana, señalando el rancho— porque viven conforme a los preceptos de la naturaleza y ninguna pasión les domina.

—Ahí tienes dos hombres felices —opinaba mi mujer. El pan que comen lo amasan con sus puños; pero trabajan sin angustia. No conocen leyes, ni reglamentos y nadie les pide cuenta de su conducta.

—Evidentemente —pensaba yo— son dos seres extraordinarios colocados por encima del vulgo. Han alcanzado el reposo sereno que reconcilia al hombre con el infinito y contemplan la vida con cierta indiferencia desdeñosa. Para llegar a ese estado de suprema beatitud han debido soportar terribles pruebas.

Así, la existencia de los moradores del rancho resultaba un interesante espectáculo. La elocuente mímica de aquellos me su-

gestionaba tanto como el canto cristalino de la "reina mora" (1) o el rumor clamoroso del río. Ninguna lectura era para mí más grata, ni conversación alguna más entretenida que los diálogos silenciosos de ambos personajes.

*

Dos meses llevaría de permanencia en aquel hospitalario retiro cuando, cierta tarde, volviendo de una de mis habituales excursiones montañosas, apercibí al pintor balanceándose sobre un caballo serrano.

—¡Salud, don Ventura! ¿Estamos de paseo con el buen tiempo?—díjale al encontrarle.

—¡Qué he de pasear! —respondióme, vivamente.—Parto para no volver. Ese carpintero es un perro... La vida con él es un martirio terrible.

—¡Cómo! ¿No era su camarada inseparable? ¿No compartían juntos la sal y el agua? ¿No parecía la existencia de ustedes un sosegado remanso?

—¡Qué esperanzas, señor! Vivíamos como dos fieras: éramos dos enemigos irreconciliables. Discutíamos desde la mañana hasta la noche por las cosas más insignificantes: si la gallina se había comido o no el huevo; si en Nono llovía o granizaba; si el "molle" era más resistente que el "coco" —y nunca tuvimos un minuto de paz.

—¡Oh! —exclamé consternado—. ¡Y yo que imaginé que ustedes encarnaban la sabiduría suprema! ¡Yo que creí que aquel cobertizo era un templo donde no se albergaba ningún soplo de encono!

—¡Ilusión, señor! ¡Ilusión, nada más, como todas las cosas! Mientras los hombres sean hombres, pasarán en perpetua discordia. He corrido muchas tierras y mis palabras valen como el oro. No hay paz, no hay reposo para nadie bajo las estrellas... Allá, en lo más áspero de la montaña, viviendo solo —¿entiende?— absolutamente solo, ¡tal vez!...

Y reprimiendo un gesto de amargura, prosiguió su interrumpido

(1) Hermoso y raro pájaro de las sierras. El macho tiene el plumaje azul y la hembra, gris oscuro.

pida marcha por el camino pedregoso. A lo lejos, el Champaquí, velado por una ligera niebla, parecía sonreír al peregrino; y bajo el algarrobo, con obstinada indiferencia, el carpintero cepillaba afanosamente una tabla.

El callejón

Desde el mojón de los Pedernera hasta el primer vado del Río de los Sauces se extiende en un sosiego de huerto franciscano el callejón de Gallardo. Altos álamos limitan sus costados en uniforme hilera como dos muros verdinegros; y mientras sus troncos rugosos sirven de contrafuerte al cerco de talillas y zarzamoras, sus copas agudas recortan el cielo en una larga franja azul. A sus pies el agua de la acequia barbota entre la maleza impenetrable... La vida simple de la comarca se concentra en la apacible encrucijada; y en ocasiones, ésta diríase que adquiriera cierta actividad pintoresca de camino real.

En las mañanas claras, cuando me aventuro por el encantado sendero, es como si remontara el curso de mis años. Una tenue brisa mueve sin rumor las hojas plateadas de los álamos; y trasciende en el aire un tonificante aroma de yerba buena y de poleo. En el suelo, húmedo de rocío, no se advierte ninguna huella reciente. Algunas hebras de luz parecen dorar el silencio; y uno va paso a paso, como en un camino de iniciación, esperando oír por momentos la voz reveladora. A poco, se anuncian con sus píos o con sus cantos los pájaros familiares. Empinado sobre la espesa rama de la moradilla, el chingolo proclama sus fueros de primitivo poblador de la región. Junto a su nido de lanas y plumones, el benteveo ensaya toques de fajina, acompañados de alborozadas castañuelas; y desde la fronda del molle, el zorzal pretende imponer su jerarquía a gritos destemplados, como un comandante militar. Un desgranamiento de perlas hace vibrar, de pronto, el vaso de cristal de la mañana: es el "rey del bosque" que entona su canto desde el sauce rumoroso del jagüel... A medida que uno se interna en el agreste sendero, esclarece el espíritu una luminosa serenidad. Interpretamos el idioma del agua, del árbol y del pájaro con la sabiduría de los viejos serranos. En el paso apre-

surado de la copetona que atraviesa la calle, advertimos que alguien se aproxima por el lado del río. Conocido ha de ser; porque tanto los hombres como los ganados que van o vienen por la legendaria senda tienen ya acreditada su filiación o su marca lugareña. En esta estación, Don *Merejildo* Peralta baja con sus alforjas de pasas de Altautina y cruza el callejón tres veces por semana; Juan Coria aparece montado en su burro con su carga de leña de espinillo, apenas repunta el sol; Don Silvano Cuello, encorvado sobre su zaino, va a recorrer su cerco de maíz; y hace ochenta años que pasa!... Y luego, ya se sabe: aquella tropilla de mulas bayas es de la marca de los Altamirano; el toro mestizo que parece evocar la antigua querencia de la pampa en su mujido quejumbroso, es de Ñor Florencio Aguirre; aquellas lecheras orejanas, del mismo pelo, son del comisario Maya...

A la hora de la siesta el callejón es como un sosegado remanso en medio de las chacras requemadas. Mientras los pedregales cercanos se calcinan al sol; y un viento de fragua mueve las jarillas sedientas, un fresco reposo de huerta solariega se asila en él. La sombra de los álamos entolda la angostura y se prolonga en toda la extensión del camino. La acequia, desbordada a trechos, semeja una vertiente; y el agua cristalina se filtra gota a gota a través de la tierra gredosa, esparciendo un áspero olor de tinaja trasudada. Un silencio profundo adormece la vida... ¡Quietud de eternidad! ¡Paz evangélica! Olvido recóndito de la suprema sabiduría!... En el recodo de la compuerta, un sapo enorme y ventrudo entreabre un ojo somnoliento; y en la rama del tala próximo, la torcaz amodorrada se espulga las plumas del pecho con el pico rosado. Sólo la andariega iguana atraviesa a pequeños pasos la calle, cazando moscas con su lengua de estileto; o tal cual "cherco" gris, como las piedras donde mora, se desliza en fuga precipitada trazando garabatos en la arena.

Al caer la tarde, siéntome en un añoso tronco de algarrobo a la entrada del sendero. Vagos rumores pueblan la espesura; y mientras procuro orientar mis ideas, veo desfilar la caravana de los hombres que pasaron por el legendario camino desde tiempo inmemorial: un indio viejo de la Sierra Grande

con su alfarería primitiva del color de su rostro va rumbo de la Ciénaga; luego un grupo de españoles —desorientados, hirsutos, con sendas armaduras— que vienen del Tucumán buscando el camino más breve para llegar a Córdoba; una partida de soldados abajeños, probablemente del regimiento de Blandengues, que vuela propalando por los pueblos la noticia de la Revolución. Más tarde, los llaneros de Quiroga en una tempestad de lanzas trágicas y de cabelleras revueltas; el general Paz en su yegua rosilla, cuando, según es fama, se aventuró por la Pampa de Pocho después de la Tablada; las hordas del Chacho, cargadas con el botín de San Pedro de Toyos, llamada entonces “La flor del Oeste”. . . Y después, los vecinos del valle o de la montaña al tranco desganado de sus cabalgaduras, consagrados a sus habituales preocupaciones: rumiando algún pequeño pleito o rastreando algún animal extraviado. . . Toda la vida serrana y acaso la historia patria converge milagrosamente allí, desde el indio que vendía cacharros y dejó por herencia la sufrida resignación de su raza, hasta el caudillo que se malogró en estériles combates o el paisano ingenuo, atado por la ignorancia a algún prejuicio ancestral. . . ¡Hombres! ¡Fantasmas pasajeros! . . . ¡Nada más!

En medio de la luz semiborrosa, levanto los ojos extraviados. Allá en el extremo del callejón, sobre la copa del último álamo, por encima de la ruta de los caminantes, resplandece, como una lámpara de paz, la estrella de la tarde.

CARLOS N. CAMINOS.

POEMAS DE UN MUNDO SECRETO

LOS SUEÑOS

IV

ME habían hablado de tu muerte. Cómo buscabas tu muerte, cómo mimabas tu muerte, cómo defendías, desesperada, ahincadamente, a tu muerte. Aquel recinto desolado en que creí hallarte se borró pronto. Entonces fui, para buscarte, hasta las fronteras del sueño. Vientos helados doblaban allí bosques insomnes. Conmigo llevaba mis veinticinco años, mi infancia desvanecida ya, mi vida toda. Cuando te hallé, peces, algas marinas y formas no pensadas aún, rodeaban tu figura. Una sonrisa leve onduló en tu rostro cuando me acerqué a ti. Había también playas y lunas, y allí tú te echaste a danzar, mientras un coro de niños ritmaba sus vidas al compás del arabesco de tus piernas.

Recuerdo la música imprecisa que brotó de aquel silencio para seguir tu danza, los astros que dejaron de titilar para observarte, las olas que presurosas llegaban a tenderse en la playa para verte danzar.

Recuerdo que tuve necesidad de apartar algo espeso, viscoso, para llegar a ti.

—No es aquí — te dije — donde ha de cumplirse nuestra vida. Arriba existe el sol y algo que se llama tierra. ¡Qué gozo, Elsie! Puedes, si quieres, abrir los brazos y arder con su luz clara. Allí te esperaré.

Y cuando la luna faltó, fué sobre un verde paisaje que emergió tu figura. Horizontes cansados de morir siempre, extendíanse a tus espaldas. Largas distancias acostaban nuestras vidas.

Pero allí también fuiste extraña para mí.

Alta y rubia, sujeta a tu destino y a tu muerte, la ágil y saltarina pelota rebotó varias veces en tu raqueta. A cada golpe parecías nacer de nuevo. Tac... tac... tac... Te detenías, fuga-

bas, volvías sobre ti misma, el aire codicioso se cortaba en mil formas delante de ti. ¡Ah, el sueño! Qué distinta en él. Fragmentada, deshecha, atada a los misteriosos designios de aquel mundo espeso y como agobiado por un fin irreparable.

Te perseguí luego por las calles tortuosas de una ciudad en ruinas. Fué un ademán desesperado, lo recuerdo. Algo así como si fuera a traspasar aquellas paredes carcomidas, aquellas calles enlodadas y aquel cielo de plomo que amenazaba caer sobre la tierra. Pero no te reconocí ya, allí, tampoco. Me sentí más extranjero que en lugar alguno. Eras tú y no eras tú aquella mujer obesa que penetró en una mansión siniestra, huyendo de mí, deteniéndose un instante en el umbral de una puerta para mirarme azarosa, y negándose a escuchar mis palabras. Dentro, una rueda enorme trituraba los muslos de unas doncellas, corría sangre caliente, humeaba la cabeza de una gorgona... En la semioscuridad volvieron a aparecer el lodo, las calles, los rostros y las ruinas. Pálidas penumbras sostenían las paredes, otra vez las playas y la luna, la luna y las playas y el flujo y reflujo de las olas sobre rocas escarpadas. Y luego la mesa, la rueda, las doncellas y el lodo, aquel lodo espeso en el que uno parecía condenado a hundirse para siempre. Y junto a esas cosas, parte integrante de ellas mismas, tú, sumergida, perdida ya en aquella líquida atmósfera y mirándome despreciativa.

Y después tus palabras, cargadas con los signos últimos de esa amarga acidez que deja el sueño.

—¿Qué quieres de mí? ¿Por qué me persigues hasta más allá de la vida? ¡Ah!, qué poco me amas que no respetas los secretos más hondos e inevitables de mi corazón.

XI

Muchas veces he pensado que el morir ha de ser algo muy hermoso. Superar nuestra vida con el conocimiento de la muerte es algo que atrae. Por esta causa he llegado a envidiar a los muertos. Sí, a esos rostros de muertos que parecen reflejar el orgullo de un nuevo y absoluto conocimiento. Ronda usted alrededor de un cajón, y mira y mira, y siempre resbala el pensamiento sobre esa faz ya helada y marchita, tan próxima y tan lejana como antigua es la muerte en el mundo.

Y a los moribundos también. Rueda un hombre en la calle. Gritos, confusión, corridas. Rápidamente todos rodean a aquel ser que ha caído allí sobre las piedras y que ahora está sobre un charco de sangre y grita desesperadamente. Y grita y grita y nadie atina a hacer nada. Diríase que lo único que pueden ofrecerle es su presencia, el cerrado y compacto círculo que se va estrechando cada vez más en su torno como para que su dolor no se escape de allí. Y luego la ambulancia, la camilla, los gestos descompuestos de siempre y la huida vertiginosa a través de calles, esquinas y más calles.

Tres días estuvo sin poder morir. Yo me acerqué a su cama la última tarde cuando una extraña serenidad había brotado en su rostro y le permitieron hablar. Conversamos poco. ¡Qué blanco era todo en torno! Las camas, las sillas, las paredes, los médicos, las enfermeras, hasta el piso, ¡qué blancos! Al salir de allí me pareció no haberme manchado nunca, no haber pecado nunca... Pero... ¿qué os contaba? Ah, sí... Hablamos. Apenas oía yo su voz. Recordamos nuestra común infancia y al terminar le dije que a mí también me gustaría morir.

—No lo lograrás, respondió. En cambio, dentro de unas horas, a más tardar un día y seré superior a tí. Sabré.

Difícil es que alguien hubiera podido medir el orgullo con que dijo estas palabras, el gesto de superioridad que torció su rostro, como si tiraran, ya, de él, tan apresuradamente, fuerzas ocultas más allá de la vida.

Recuerdo que entonces le pedí que me dejara ir con él, acompañarle en su muerte.

Se negó.

Elsie también se negó a que su muerte fuera mía.

Como en el sueño.

Pero no sé, ahora, si la muerte de aquel hombre fué sueño o realidad, o si la muerte de Elsie era la realidad y aquello fué el sueño.

LOS INSTANTES

III

Es que no hay nada ni nadie que pueda extirpar esta idea de la muerte. Ni tu risa, Elsie, ni tus ojos, ni la fina red de tus

palabras que me envuelve, ni la luz clara del sol que prende en las cosas y las hace arder en el día. Aquel muchacho que encontré anoche en la calle, tratando de guarecerse de la lluvia finísima bajo el saliente balcón de mi casa, también ha de morir. Recostado contra la pared, alguien había doblado su cabeza y miraba al suelo mientras esperaba la llegada del tranvía que debía conducirlo quién sabe adónde. Era la suya una mirada vacía y sin objeto; como aquellas que brotan de pronto en nosotros sin saber por qué, poniendo en fuga nuestros pensamientos y dejándonos en un total desamparo. Porque una mirada triste, con una causa que la haga triste, es ya vivir. Pero éstas no. Anuncian la nada, quizás sean ya un estar muerto. Anulados, idos, inexistentes, esa soledad perfecta que quizás no dañe, penetra en nosotros y nos roba por un instante de la vida.

Y cuando el tranvía se acercó, ligero, el muchacho corrió tras él y trepó, ágil, de un salto. Rápidamente se perdió luego de mi vista. Es posible, es casi seguro que no vuelva a encontrarlo más. Es demasiado inmensa esta ciudad. El mundo también es demasiado grande. ¿No moría, ya, acaso, en ese instante, para mí? ¿Cuántas veces morimos también nosotros, así, para nuestros semejantes?

Todo esto es muy duro. Sí, muy duro. Sería necesario repetir varias veces un acto para convencernos de que en verdad hemos vivido. Un apretón de manos, ciertos rostros que de pronto aparecen ante nuestros ojos asombrados, y luego desaparecen para siempre, esos largos andenes de las estaciones, los muelles helados de los puertos, ciertas pausas, ciertas palabras, son otras tantas muertes.

Ptzzz... ¿No oyes tú? Estamos rodeados de muerte, de pequeñas e innumerables muertes.

Aquel muchacho morirá un día, sin duda. Un día lejano o cercano de esta noche de lluvia, de este tranvía que pasó y que él corrió para alcanzarlo, de los pequeños rumores de esa hora, del caminar apresurado de la gente hacia las puertas, del asfalto de la calle que brillaba bajo el agua y la tenue luz de unos focos empañados.

Y yo también moriré.

ENRIQUE MALLEA.

LA PROPIEDAD LITERARIA Y LA INDUSTRIA EDITORIAL ARGENTINA

ESTA polémica sobre el libro en nuestro idioma necesita muchos esclarecimientos en cualquiera de los países castellanzados, comenzando por España, donde existe una incomprensión no inferior a la que pueda existir en la Argentina. Se discutía la ley de propiedad intelectual; esto motivaba no pocos apasionamientos (1). Por eso creíamos mejor silenciar muchos de los motivos de polémica, para que no se entendiese que eran utilizados con la intención de influir, más o menos, en el ánimo de los encargados de aprobar esa ley. Ya está la ley despachada. Podemos ahora centrar la cuestión sin que exista la sospecha que antes hemos querido eludir.

Promulgada la ley, un diario argentino — *Noticias Gráficas* — ha publicado las opiniones de cuatro escritores. Una de ellas era la nuestra. De las otras tres, suscritas por los señores Scalabrini Ortiz, Olivari y Cascella, queremos reproducir lo que importa a la cuestión para ver si es posible determinar exactamente las razones de la actitud adversa a la ley en un sector de la intelectualidad argentina.

(1) La ley de propiedad literaria, que el A., escritor español aquí residente, comenta con criterio propio, representa para todos los productores intelectuales, una apreciable conquista que sería injusto desconocer, cualesquiera que sean las divergencias existentes sobre el régimen legal más conveniente a los intereses argentinos, con respecto a las traducciones al castellano de obras extranjeras. La ley fué sancionada por el Congreso el 25 de setiembre; sirvieron de fundamento al proyecto, redactado por una comisión especial parlamentaria, los que presentaron a sus respectivas cámaras, el senador Matías Sánchez Sorondo y el diputado Roberto J. Noble. El segundo llevaba también la firma de nuestro director Roberto F. Giusti. Una vivaz polémica de prensa, aun no extinguida, precedió a la sanción de la ley, que asegurará a los productores intelectuales la protección que no podían esperar del ineficaz texto de 1910, llamado "Ley Clemenceau". — N. DE R.

El señor Scalabrini dice: "No es cosa de sorprenderse demasiado por esta ley de propiedad literaria, que entrega al editor extranjero la selección de nuestras fuentes de información". Sigue enumerando los aspectos de la riqueza argentina que considera entregados al extranjero y vuelve al tema para decir: "Nos iba quedando la posibilidad de una industria en que nuestra original concepción del mundo pudiera afirmarse y concretarse. Esta ley acaba de lesionarla, entregando sus dominios a los editores e impresores de allende el mar, no menos piratas, por cierto, que los tan vilipendiados "piratas" locales. Lo importante, parece, era evitar que pensáramos por nuestra cuenta".

El señor Olivari escribe: "Enrique Dickmann en su discurso de ayer en la Cámara se asustaba un poco al tener que votar una ley que creaba una nueva propiedad. Pero cuánto mayor hubiera sido su susto si hubiera comprendido que la ley votada no solamente creaba una nueva propiedad sino que la creaba para uso, usufructo y regodeo especial, permanente, tranquilo y seguro del... capital extranjero.

"Felizmente, por un error — no debe tratarse de otra cosa — de los que hicieron la ley, se redactó el artículo 23, que exige a los editores extranjeros prueben que las versiones que envían en idioma español a nuestro país sean autorizadas por el autor o representante, so pena de no proteger esa versión. Ese artículo recogió débilmente la sugestión de la Sociedad Argentina de Escritores, cuyo anteproyecto, vital y definitivo, que iba al fondo de la cuestión, hasta con una cierta alegría juvenil, no fué contemplado, como era lógico, porque, ¿cuándo se ha visto que en nuestro país se haga caso de lo que dicen los que entienden?"

El señor Cascella agrega por su parte: "La ley, tal como ha sido sancionada, perjudica a todos sin beneficiar a nadie, a pesar del último esfuerzo del diputado Noble por inclinar la interpretación de la misma en su parte más escabrosa, la de las traducciones, en favor de los intereses españoles. El diputado Noble se esforzó ayer por explicar el alcance de la reforma del artículo 23, que tanta alarma causó entre los voceros locales de las editoriales hispánicas, de manera que los abogados hábiles tengan argumentos para inclinar la voluntad de los jueces en

favor de España y en contra de la Argentina en el semillero de pleitos que seguramente van a producirse. Pero sólo ha logrado, a mi juicio, confundir aún más las cosas y demostrar de qué modo extraño se defienden los intereses argentinos en el Congreso de la Nación.

“Desde la Sociedad Argentina de Escritores hemos pedido una cosa limpia y clara: la obligación de imprimir en el país para obtener protección legal de las traducciones, con obligatoriedad de pago de los derechos de autor. Era esta la única solución patriótica, honrosa y clara del intrincado problema”. Tras una lamentación agrega: “Se ha atendido en cambio la voz de los industriales extranjeros del libro —no la de los escritores extranjeros, entiéndase bien—. Y dice más adelante: “Sin industrias editoriales dignas de tal nombre el libro del escritor argentino seguirá vegetando como hasta aquí en la penumbra y el anonimato, mientras ocupan el mercado y la atención del público los millares y millares de libros que vienen de España, en su mayoría traducciones clandestinas y mal hechas por añadidura”. Termina citando, en apoyo de su tesis, la ley norteamericana.

Tenemos la ambición de examinar este problema con una absoluta objetividad. Por eso quisiéramos que el resumen de esas opiniones recogiese con la mayor exactitud posible el punto de vista discrepante y las razones en que se apoya. Entendemos que se trata, en suma, de lo siguiente:

Un sector de la intelectualidad argentina entiende que garantizar la propiedad de los autores extranjeros significa entregar de hecho el monopolio de la traducción a los editores españoles. Si esto es así, será muy difícil crear industria editorial argentina, porque se la priva del aporte de la producción extranjera, que en su conjunto, es naturalmente superior a la producción de la Argentina o de cualquier otro país aislado. La Argentina perderá esa posibilidad de riqueza industrial. Además el libro argentino, al aparecer aislado, sin apoyarse, como lo hace el libro de autor español, en las traducciones de las obras sobresalientes del pensamiento del mundo, no tendrá posibilidades de expansión, con grave daño para los escritores nacionales. Estos, también, carecerán de los medios de trabajo que exige una industria editorial, aparte de la producción original: traducciones, adap-

taciones, arreglos, prólogos, etc. Aún sufrirá otro perjuicio la intelectualidad argentina: sus fuentes de información en nuestro idioma estarán seleccionadas por editores extranjeros, los que no tomarán en cuenta la sensibilidad y el pensamiento argentinos más que en la parte en que el mercado argentino interese a la totalidad de su producción.

Nos parece que son éstas las razones fundamentales, aunque desde luego estamos propicios a incorporar alguna otra que no hayamos tenido en cuenta. Pero aunque no agreguemos ninguna nos parece que hay suficientes para que se justifique, con toda la amplitud necesaria, la posición de esos escritores. Si fuese cierto lo que ellos dicen, es evidente que resultaba preferible para la Argentina no garantizar la propiedad de los originales extranjeros, aunque esto le causara determinados perjuicios. No nos atreveríamos a discrepar de ellos si no fuese por una razón poderosísima: Que, en nuestra creencia, garantizar la propiedad literaria no causa ninguno de esos males que nuestros contradictores dicen y, en cambio, permite que exista el libro argentino.

La posición de estos escritores parte de un principio: garantizar la producción intelectual extranjera es entregar a la industria española el monopolio de las traducciones. Si esto es cierto, de ahí nacen todos los quebrantos que ellos enumeran, pero si no es cierto es evidente que no hay tales quebrantos.

Nosotros sostenemos que no es cierto. Los autores extranjeros contratan su traducción al idioma castellano con el editor que más les paga. No exigen que ese editor sea necesariamente español. La industria argentina puede acudir a los autores extranjeros y adquirir sus originales en competencia con la industria editorial española. Si el autor o los autores ceden sus derechos a una editorial argentina no habrá —sí como hemos querido ha sido garantizada esa propiedad en la ley— más edición en lengua castellana que la realizada por el editor argentino. De forma que para leer esa traducción será preciso comprar el volumen argentino, no sólo en Buenos Aires, sino también en Madrid, en La Habana y en México.

¿Qué hace falta para que esto ocurra? Únicamente que la industria editorial argentina esté en condiciones de competir con

la española para el abastecimiento total del mercado de nuestra lengua. Una vez que lo esté es evidente —los escritores discrepantes no se atreverán a sostener lo contrario— que habrán desaparecido todos los males que estos escritores señalan para el país: la industria nacional dispondrá de los originales extranjeros, existirá la riqueza derivada de ello, el libro argentino irá a todas partes acompañado de las obras de más éxito universal, los escritores tendrán ese trabajo auxiliar a que se refieren y las fuentes de información serán seleccionadas por argentinos y no por españoles.

Esta es la situación de derecho que crea la garantía de la propiedad de los originales de otros idiomas. Pero la situación de hecho es distinta: nada de eso existe en la práctica porque la industria argentina no puede competir con la española para abastecer el mercado castellanizado; como no puede competir, por una serie de razones que no es preciso enumerar, resulta que en la práctica es la industria española la que adquiere los derechos de traducción. Garantizar la propiedad de esos derechos es conceder, en realidad, el monopolio a la industria española. Y en consecuencia ya tenemos en pie todos los quebrantos antes mencionados.

¿Cómo se evitan esos quebrantos? Es evidente que si en la Argentina no hubiese mercado suficiente para publicar un solo libro no habría motivo para el debate. Tendríamos que aceptar ese monopolio, porque de otra forma nos quedaríamos sin libros en nuestro idioma. Pongamos el caso de San Salvador, uno de los países castellanizados más pequeños: allí soportan todos esos daños antedichos, porque la disyuntiva es ésta: o los soportan leyendo libros en su idioma editados en España, o en México o en cualquier otro país, o se quedan sin libros en el idioma que hablan los salvadoreños. Y como este quebranto es todavía mayor, aceptan el otro y no lo discuten; al contrario, consideran que, a pesar de todo, se benefician mucho hablando una lengua que hablan otros pueblos, única forma de disponer de una buena información librera en esa lengua.

Pero no es ese el caso de la Argentina: en la Argentina hay mercado suficiente para poder realizar ediciones en nuestra lengua exclusivamente para el consumidor argentino. No se podrá

competir, fuera de fronteras, con las editoriales españolas, pero podemos competir dentro del territorio nacional y queremos competir con la aspiración —legítima— de hacerlo mañana fuera del país en los demás pueblos hispánicos.

En consecuencia: se puede contratar una traducción para la Argentina, aunque no se pueda contratar una traducción para todos los pueblos de lengua castellana. Si realizamos ediciones argentinas tendremos vencidos todos esos quebrantos que venimos citando. Esto es lo que quiere la Sociedad Argentina de Escritores y el propósito, desde un punto de vista nacionalista, es loable.

Mas, para simplificar el caso en la práctica, tomemos un ejemplo: el escritor inglés Bernard Shaw. Antes de promulgarse la ley de propiedad intelectual ocurría lo siguiente:

Un editor español —puesto que el argentino no podía competir con él— contrataba los derechos de traducción al castellano de las obras de Bernard Shaw. El argentino que quería leer esa traducción tenía que adquirir el libro español; proporcionaba recursos económicos a España, contribuía a la prosperidad de la industria editorial española, tenía que conformarse con la traducción que el español le servía y no podía disponer de Bernard Shaw, que interesa a un número determinado de lectores, para enriquecer el catálogo de una editorial argentina y de esa forma aumentar su interés, con indudable beneficio para los libros argentinos que en él figurasen. Además era un escritor español el que había percibido el importe de la traducción y demás trabajos complementarios de la versión española.

Frente a eso aparecía la edición fraudulenta. Un titulado editor argentino proporcionaba trabajo a una imprenta del país, movilizaba una determinada riqueza y ponía el libro al alcance de los lectores argentinos, generalmente a precios más reducidos que la edición española, puesto que se limitaba a tomar un ejemplar de ésta y copiar la traducción, sin pagar al autor ni al traductor.

Esto, aparte de ser un despojo y causar un daño moral a la Argentina, le causaba los siguientes quebrantos materiales: como eso podía ser realizado por cualquiera, los editores fraudulentos se arrebatában unos a otros las obras de éxito, lo que

imposibilitaba en absoluto organizar industria editorial argentina. Para que exista una industria lo primero es —dentro del régimen de economía privada— garantizar la propiedad de lo que esa industria produce. Al no estar garantizada es evidente que no se podía crear esa industria dentro de procedimientos normales. El escritor argentino seguía sometido a las fuentes de información extranjeras, puesto que el editor fraudulento se limitaba al apoderamiento de las traducciones españolas que creía de éxito. Tampoco percibía nada por trabajos de traducción, etc.; el editor fraudulento se limitaba a robar la traducción española.

Nosotros creemos firmemente que esa situación creaba mayores quebrantos a los argentinos que a los despojados editores españoles. Bastaría señalar un hecho, al que nos hemos referido repetidas veces sin lograr que se tome en cuenta, aunque reiteradamente se afirma lo contrario: jamás protestaron los editores despojados. Hubo quejas aisladas, generalmente de escritores y en circunstancias muy excepcionales, pero nunca hubo una declaración o una reclamación oficial de la industria editorial española. Para ésta ese despojo significaba un quebranto poco importante por un conjunto de razones: en general se realizaba con libros de edición corriente, que son los que menos representan en el negocio que las editoriales españolas realizan en la Argentina; restaba muy pocos ejemplares, si restaba algunos, a la edición autorizada, preferida por los lectores cuidadosos; y ocurría con una cantidad insignificante de títulos en comparación con la totalidad de los que produce España en el año. Finalmente, eso era una perturbación en una parte del mercado de nuestro idioma que no representa más del diez por ciento de ese mercado —compárese la población de la Argentina con el conjunto de los hombres que hablan español— y aun representa menos para el libro de edición corriente, salvo contadísimas excepciones, porque ese tipo de libros lo produce la industria nacional, cosa que no ocurre con otros países hispánicos, que son mercados muy inferiores al argentino en el libro de precio o técnico, pero que si le igualan o superan como mercados para el libro español de literatura actual. Si nuestros contradictores meditan un momento sobre esto que decimos, comprenderán que es así; mas si no lo

creen es seguro que podrán encontrar medios de información para comprobar la exactitud de nuestras palabras.

En cambio el daño para la industria argentina legítima era muy considerable: la competencia desleal se producía en el mercado que ella abastece, y no en una parte del mercado, como le ocurre a la española; no podía encarar ningún plan editorial con garantías, porque a la sombra estaba el editor fraudulento para apoderarse del éxito en cuanto éste se produjese. En cuanto al escritor el daño era evidentísimo: no obtenía beneficio alguno de la edición clandestina y en cambio la posibilidad de apoderarse gratuitamente de los originales extranjeros despojaba de todo valor a los originales argentinos. Nadie iba a pagar un texto de autor argentino cuando podía disponer gratuitamente de los textos extranjeros y, además, después de que otros se tomaban el trabajo de contrastar el éxito.

Esta situación es la que ha creado la necesidad de promulgar una ley de propiedad intelectual. Veamos lo que en la práctica significaba el proyecto de la S. A. D. E.

Como antes, Bernard Shaw había cedido los derechos de la traducción a una editorial extranjera. La traducción española venía a la Argentina y su propietario podía registrarla; si en un plazo de cinco meses reeditaba esa traducción en la Argentina, se le reconocía el derecho establecido en su contrato con Bernard Shaw. Es evidente que en el caso de producirse este hecho no había beneficio alguno para el escritor argentino. Que los dueños de imprenta o los obreros tipógrafos hubiesen pedido eso estaría justificado, pero que lo pidiesen los escritores no se justificaba. Cumplir ese requisito no significaba para la S. A. D. E., como tal sociedad de escritores, beneficio de ninguna naturaleza.

Se planteaba el caso contrario: la editorial española propietaria de los derechos de traducción, no reimprimiría en la Argentina. Entonces no se reconocía su propiedad. En tal momento entraba en funciones una editorial argentina: si ésta entendía que era conveniente realizar una traducción argentina de esa misma obra, contrataba un traductor argentino y registraba la versión. De esta forma, el editor argentino seleccionaba, de acuerdo a la sensibilidad del lector del país, las obras que le

parecía oportuno, movilizaba una determinada riqueza, proporcionaba trabajo de traducciones, etc., a los escritores nativos y enriquecía sus catálogos con títulos de interés universal. Por el momento se le aseguraba el dominio del mercado argentino, a la espera de que adquiriese desarrollo suficiente para dominar todo el mercado de nuestra lengua y entrar en competencia con los españoles en otros países. Olvidamos consignar que, para no despojar a Bernard Shaw, la edición, si bien se realizaba sin contar con él, quedaba obligatoriamente gravada con un diez por ciento como derechos de autor, importe que se le remitía a éste, creando al efecto una estampilla destinada a ir adherida a los volúmenes.

Mas, para que obtuviésemos tales resultados, era necesario que esa edición argentina existiese. Nuestra oposición a tal fórmula nacía del convencimiento pleno de que tal versión argentina legítima no tendría existencia nunca.

La razón es clarísima, pero a pesar de ello y aunque la hemos repetido varias veces no hemos logrado que fuese tomada en cuenta por nuestras contradictores, que también se han abstenido de exponer las razones en que apoyan la opinión contraria.

Tenemos, de acuerdo a la ley proyectada, en el mercado argentino una traducción de Bernard Shaw realizada por una editorial española, mediante el correspondiente permiso del autor. Y tenemos, al lado de ella, una traducción argentina realizada mediante el pago de los derechos de traducción a un escritor argentino y del diez por ciento a Bernard Shaw. El derecho del autor español es desconocido por la ley, puesto que no realizó la reimpresión dentro de los cinco meses marcados. El editor argentino tiene garantizada la propiedad de su traducción, no la de la obra.

Entonces, decíamos nosotros, aparece un tercer editor, que toma la versión española —o desfigura un poco la argentina, si le gusta más— y publica una tercera edición, sin pagar traductor y sin dar el diez por ciento a Bernard Shaw. ¿Quién impide esa tercera versión? El editor español no puede hacerlo, porque su contrato carece de validez ante la ley argentina; el editor argentino tampoco, porque éste tiene la propiedad de la

“versión” de la obra. Es evidente que esa tercera edición, que puede realizarse fuera de la Argentina, pero que circula en la Argentina, impide que viva la otra realizada en el país, porque no paga traductor ni autor. Por esto decíamos nosotros que esa edición argentina que creaba la ley no existiría jamás.

Repetimos que este argumento no ha sido contestado por nadie. Particularmente se nos ha dicho que lo impediría Bernard Shaw, porque a él le interesaba que existiese la edición española, que le pagaba X derechos, y la argentina, que le pagaba el diez por ciento, y le convenía evitar que circulase la edición enteramente fraudulenta, que no le pagaba nada. Pero ese es un argumento totalmente falso, porque Bernard Shaw no impediría nada. Para impedirlo sería necesario que él estuviese conforme con la edición argentina legítima no realizada con su permiso, y si había de estar conforme no entendemos por qué razón la ley se negaba a reconocer que era necesario su permiso para realizarla; si él no estaba conforme —y para eso la ley desconocía su derecho: es decir, para el caso en que no estuviera conforme— no iba a preocuparse de amparar una edición hecha contra su voluntad. Sería, además, necesario ponerse de acuerdo con Bernard Shaw y que él autorizase a alguien de la Argentina a perseguir la tercera edición fraudulenta, y si él lo hacía, amparando con ello la edición argentina legítima, autorizaría el perjuicio causado con ésta a su editor español. En suma: se le pondría en el trance de situarse frente a su editor español. Y si éste le paga más, porque domina el mercado completo —y esa es la razón de que el editor argentino no haya podido contratarle, como el español, la traducción— a Bernard Shaw le interesa, en todo caso, defender lo más que él ha querido, y no, por amparar lo menos hecho contra su voluntad, ir contra lo más que él ha autorizado.

Porque los defensores de esta tesis se hacen tal lío con sus argumentos que no advierten sus contradicciones. Con frecuencia suelen decir que los editores españoles pagan una miseria por los derechos de traducción y que el mercado argentino se basta y se sobra para dar a los autores mayor cantidad de la que le dan los editores españoles. No advierten que si esto es así desaparece por completo la razón que, también invocan, para decir

que las editoriales españolas tienen el monopolio de las traducciones: la imposibilidad de la industria argentina para competir con ellas. O les pagan más de lo que podrían pagarles los argentinos o les pagan menos. Si les pagan menos toda la discusión está sobrando; no hace falta más que proponérselo para que sea de la Argentina el monopolio de las traducciones y los escritores españoles se tengan que resignar con leer traducciones argentinas. Si les pagan más el autor estará con el editor que le paga más, o sea con el español, y no se prestará a hacer el juego al editor argentino que dificulta el negocio de su concesionario a nuestro idioma.

La posición nuestra es la siguiente: Si la Argentina no puede contratar con Bernard Shaw una traducción para la lengua castellana, sí puede contratar —de acuerdo a lo que dice la S. A. D. E.— una traducción para el mercado argentino. ¿Quién lo impide que lo haga? De acuerdo a nuestra tesis, Bernard Shaw contrata con una editorial española los derechos de traducción para España y los países de América, que no deseen reservarse esos derechos; y la Argentina contrata los derechos de traducción para la Argentina. La cosa es de una sencillez y de una facilidad que deslumbran. Así lo han hecho los traductores argentinos de piezas teatrales: los autores de otros idiomas contratan una traducción para España y otra traducción para los países del Río de la Plata.

Con nuestra tesis Bernard Shaw contrata con la editorial española y, en cuanto suscribe un contrato con una editorial argentina, ya no puede entrar en el mercado argentino la traducción española.

Veamos el resultado de los tres casos:

Situación anterior a la promulgación de la ley: existen, por ejemplo, una traducción de *Santa Juana* realizada con permiso del autor por una editorial española y numerosas ediciones fraudulentas realizadas por los editores piratas. Ya hemos visto que eso perjudica a la Argentina mucho más que al editor español.

Situación que quería crear la S. A. D. E.: existen en el mercado argentino la misma traducción del editor español, más otra traducción de un editor argentino autorizada por la ley, más todas las ediciones enteramente fraudulentas que se quieran ha-

cer con pié de imprenta extranjero, puesto que la ley no da medios para perseguirlas. En tal circunstancia lo presumible es que no exista la segunda edición, o sea la argentina legítima, y que la situación sea exactamente la misma que existía antes.

Situación defendida por nosotros: hay en el mercado argentino una traducción de *Santa Juana* realizada por un editor español, si a los editores argentinos no les interesa publicar esa obra. En el momento en que les interese desaparece del mercado la edición española y queda éste íntegramente reservado a la edición argentina autorizada por el autor.

¿Contempla o no nuestra posición los intereses argentinos? ¿Entregamos al extranjero el monopolio de las traducciones? Porque el caso es éste: o hay o no hay posibilidad de realizar una traducción argentina para el mercado argentino, de *Santa Juana*. Si la hay se puede hacer, con el permiso del autor, que es lo legítimo y lo honesto y lo único eficaz para que la industria argentina viva; si no la hay es evidente que nos encontramos en el caso de San Salvador: que o nos da el libro una editorial española o nos quedamos sin él. Y la S. A. D. E. no vacilará en declarar que es preferible que el libro exista.

Se ha empleado un argumento contra nuestra tesis: no será posible contratar a Bernard Shaw porque ya está contratado por una editorial española. Pero éste no es argumento válido dentro del régimen de propiedad privada; tampoco puedo yo apoderarme de la casa en que vivo porque ya tiene un propietario, lo cual no impide que yo trabaje para reunir dinero y vivir en casa propia. Si ahora se establece un nuevo editor en España, en la Argentina, o en el Japón, es evidente que los demás no han estado esperando a que a él se le ocurra aparecer para reservar los autores de éxito. Lo mismo ocurrió con los traductores argentinos de piezas teatrales: cuando iniciaron su trabajo se encontraron con que la mayoría de las obras estaba cedida íntegramente al idioma castellano, pero hoy no ocurre tal cosa. Hoy, como hemos dicho en otro lugar, existen agentes literarios en todos los países europeos que ofrecen constantemente a las editoriales la traducción de las obras que tienen éxito o cuya aparición se anuncia con ciertas garantías de demanda por el autor, por el tema, o por lo que sea. En cuanto los editores

argentinos se dirigan a esos agentes expresándoles sus deseos de contratar traducciones para la Argentina serán tenidos en cuenta. Nadie puede pretender, al comenzar una industria, que se le tenga reservado lo anterior a ella; lo que hace es entrar en competencia con los industriales que ya existen y disputarles los productos o el mercado.

Un escritor argentino, el señor Scalabrini, ha empleado este argumento: Pirandello ha firmado los derechos de traducción para Sur-América con un editor argentino; ha podido hacer esto porque había quebrado la editorial española a la que tenía concedida la exclusiva; si esa quiebra no se hubiese producido habría sido imposible realizar ediciones argentinas de Pirandello con permiso del autor. Lo absurdo de este argumento se demuestra con seguirlo: un editor argentino desea contratar con Pirandello; como ya ha contratado otro y éste no ha quebrado todavía, es imposible que aquél editor logre su deseo, si la ley garantiza a Pirandello a disponer de lo que escribe; en consecuencia, no hay que garantizar la propiedad literaria para que aquel editor publique a Pirandello cuando le dé la gana. O, todavía más gráficamente: el propietario de mi casa es un español; la ley le garantiza su propiedad y yo no puedo tener casa; si la ley me permitiese robársela, la casa sería mía; es evidente que esto último me beneficiaría mucho y yo soy un argentino; la ley que garantiza al propietario español contempla los intereses extranjeros y daña a los argentinos. ¡Magnífico razonamiento empleado por un hombre que vive de sacarse cosas de la cabeza!

*

Estamos, con un desinterés absoluto, haciendo esfuerzos para que se comprenda que no hay más que una posibilidad de encarar seriamente la industria editorial argentina: impedir la edición fraudulenta. Mientras esto no ocurra es imposible que existan editoriales argentinas y más imposible aún que se valoricen los originales de los escritores argentinos.

Esto sería comprendido sin duda alguna si la garantía de la propiedad literaria no reportase, *además*, un beneficio mayor o menor a la industria editorial española. Hay una actitud pasional de hispanofobia y por satisfacerla se sacrifica el interés

argentino. En el momento en que el problema se contemple des-
apasionadamente se estará en camino de resolverlo.

A nosotros nos interesa que sea así por una razón: deseamos vehementemente la prosperidad del libro en nuestro idioma, lo mismo la del argentino que la del español. Creemos que la industria editorial argentina no existe y la española es raquítica por esta incomprensión del interés común, que en la Argentina se manifiesta en la actitud de la S. A. D. E. y en España en otro conjunto de cosas cuya enumeración no importa aquí, puesto que escribimos para argentinos. Con el mismo ardor con que tratamos de vencer la incomprensión argentina, en España hemos escrito y hemos hablado para vencer la incomprensión española.

Mientras no se comprenda que hay un interés común y lo que daña al libro español daña en mayor medida al argentino, no estaremos en camino de lograr la prosperidad para el libro argentino, que es también la prosperidad del libro español. Y del mejicano. Y el camino para que mañana exista el salvadoreño.

JOSÉ VENEGAS.

CRONICA

LETRAS FRANCESAS

Vers la ville Kilomètre 3, por Luc Durtain. París, 1933.

I.— Los lectores de *Nosotros* han tenido una anticipación de este libro, por los dos capítulos finales del mismo aparecidos en el número 289.

El francés culto de nuestra época ya no sigue siendo como el de la feliz definición: "un monsieur décoré qu'ignore la géographie". Puesta Francia en contacto con el sinnúmero de pueblos que acudieron a su defensa, primero, y obligada, más tarde, por la competencia comercial y las necesidades de expansión espiritual, a mantener y extender ese contacto, sus hombres sacudieron —casi a la fuerza, es cierto, pero sacudieron—, la habitual indiferencia con que miraban todo lo que no era "chez-nous", para consagrar mayor atención a la geografía humana, al conocimiento de los pueblos y las razas en otros aspectos que el pintoresco, único al parecer digno de llamar la atención del despreocupado "monsieur décoré" salido por el mundo a tomar aire, para curarse, casi siempre, de una aventura de amor —recordemos las novelas de 1900—, o para mostrarse a "ces sauvages" como refinado producto de la "ville lumière".

La bibliografía francesa se está enriqueciendo hoy de volúmenes dedicados a descubrir a Francia la cultura, el trabajo, la vida, de los tantos pueblos que antes caían en el original "la-bàs". Luc Durtain, hombre andariego y lleno de curiosidad, es uno de los franceses que más asiduamente y con mayor método, ha contribuido a ello. *Voyage et civilisations*, denominación genérica de la serie dedicada por él al relato de sus viajes, constituye la estimable muestra de su afán por comprender los pueblos visitados y sus problemas.

Rusia, Países del Báltico, Estados Unidos, Brasil, Uruguay, Argentina... Su curiosidad lo llevó a tan dispares latitudes.

No es Durtain el viajero eternamente en busca del color local, ni tampoco el ordenado reportero que compila cifras, levanta estadísticas y consulta aranceles aduaneros. Un término medio. Por otra parte, hombre de letras, Durtain lo deja traslucir no poco en sus libros de viaje: el *métier* priva sobre la espontaneidad y la frescura; hombre de ciencia, a la vez, descúbrense en su tendencia al número; en cambio, hombre al día y del día, escudriña las ideas y pulsa los ambientes, tratando de fijar la razón de los hechos y el sentido de las civilizaciones.

II.—*Vers la ville Kilomètre 3* es uno de los productos más genuinos de la pluma de Durtain: un sincero deseo de comprender y una gran disposición respetuosa en la consideración de los hombres y los hechos están patentes... En cuanto a la realización, diremos que en ella no siempre se demuestra haber comprendido o, por lo menos, haber interpretado nuestra realidad. Benjamin Crémieux dijo de Durtain que le faltaba estilo... Eso es lo que, a veces, oscurece las páginas de *Vers la ville Kilomètre 3*.

Debemos dejar en silencio cuanto se refiere al Brasil —ciento cincuenta páginas que no estamos capacitados para juzgar. Paladina y resignadamente, justo es confesar nuestra ignorancia acerca del simpático país vecino.

Treinta páginas bosquejan, a vuelo de pájaro, lo pintoresco, lo urbano, lo histórico, lo político y lo industrial de Montevideo y el Uruguay. Una rápida —y digamos certera— mirada, ha penetrado en la entraña. Al llegar, no más: "Mais, est-ce la foule qui circule allégrement, est-ce le vent brusque et subtil, ou la fine lumière? Si vous arrivez d'Europe, vous ne pouvez vous empêcher de songer à Barcelone, à Gênes, à Marseille", ha visto con precisión. Montevideo, lo hemos experimentado muchas veces, tiene no sabemos tampoco si por su luz y su aire yodado, ya sea en las sórdidas callejuelas antiguas del puerto o en los alegres y coquetos chalets de Pocitos, un no sé qué de europeo rápidamente accesible al viajero que de allá llega.

Después, salvo ciertas descripciones —señalemos la de los troperos— que parecieran sacadas de alguna vieja estampa romántica más que de la realidad, Durtain ha sido fiel evocador de ésta, a pesar de la rapidez de su visita.

Cien páginas para la Argentina, que recuerdan las numerosas de Jules Huret, —trazadas cuando nuestro país cumplía sus cien años y empezaba a llamar la atención universal—, y algunas de otros viajeros: Ortega y Gasset el primero. Un capítulo para la topografía porteña; otros para los frigoríficos, los ingenios azucareros, la influencia india —nula para nosotros, aunque explotada por la propaganda comunista en otros países, como el mismo Durtain lo señala—, la reforma universitaria, —movimiento complejo al que si bien no fué extraño el anquilosamiento de la Universidad tampoco lo ha sido la mancha de aceite del judaísmo y de las ambiciones políticas—, la estepa patagónica, el petróleo y sus problemas... Y en *Dialogues d'Argentine y Latinité et Sud-Amérique*, las observaciones, no ya puramente objetivas sino de un orden más íntimo y espiritual, recogidas al azar de las charlas y de las inmersiones en la masa hirviente de nuestras ciudades y nuestra campaña. Algunas muy exactas: la defensa del tradicionalista, el interesado voto por la inflación, la argentinización a la fuerza en vista de las restricciones bancarias, la propensión del argentino a la solemnidad; otras menos: el amor por lo abstracto como índice de la invisibilidad de la pampa, los cuatro signos de la Argentina: infinito, lazo, cuadra, cadena, como cuatro *leit motifs*... Y por sobre todas una muy certera: su creencia de que, "la dignité véritable du continent triangulaire sera de démontrer à l'avenir une géométrie nouvelle de l'esprit".

III.—Hemos dicho más arriba que Durtain no siempre demuestra haber comprendido a pesar de su deseo sincero de comprensión. Probémoslo. Dice (pág. 23): "Couper, en Argentine, toute attache avec l'esprit indien serait mutiler votre génie d'une de ses grandeurs". Esta frase termina una conversación que comienza Durtain diciendo: "Un des grands malheurs des Etats-Unis est d'avoir détruit leur race indienne". Si echando una mirada sobre el continente colombino se descubre a primera vista en Estados Unidos y la Argentina —precisamente los dos países donde las razas autóctonas fueron arrolladas— los que caminan a la vanguardia, mientras aquellos en los cuales el elemento indio es mayor son los que más lentamente han realizado su progreso, quiere decir este hecho escueto que la tan decantada civilización india cumplió su destino y vano sería esperar de razas físicas y mentalmente inferiores, —por un sentimentalismo muy siglo XIX—, el empuje que no han podido dar en los siglos transcurridos de conviven-

cia con el blanco. El genio argentino elaborado en un hirviente crisol espiritual, nada debe de su grandeza al espíritu indio. Esa tristeza que se le achaca a aquél y se atribuye a la parte que pueda haber de sangre india en la sangre argentina, ¿no se ha pensado en ir a buscarla en el andaluz —hijo del árabe— y en el italiano meridional —hijo también del árabe y del andaluz—, elementos de gran importancia en nuestra formación? Durtain mismo señala el contacto. Lo que en el argentino se toma por tristeza es reserva y dignidad, —creemos que alguien lo ha dicho ya— si se quiere un poco de cortedad. Desarrollar las razones de la decantada tristeza argentina, nos llevaría lejos y fuera de los límites a que deben contraerse estas líneas.

El que antecede es un ejemplo; podríamos añadir algunos más.

También hemos dicho que muchas de sus observaciones son felicisimas. Los dos capítulos en los cuales las mismas se concentran, por demasiado breves no descubren sino esquemáticamente las razones en que Durtain apoya su argumentación. No estamos conformes del todo con algunas de ellas. Si bien creemos en el fin, disentimos en la apreciación de los medios de que nuestro pueblo ha de valerse, o se vale, según Durtain, para lograrlo. Nos llevaría muy lejos la discusión. Señalemos únicamente que, como él, creemos en que toda civilización verdadera es de orden espiritual y que frente a la quiebra de la civilización del confort, la civilización material encarnada en los E.E. UU., frente al tremendo caos ruso y a la indecisa Europa, Hispano América, en la que alientan jóvenes y pujantes fuerzas heredadas de los países bañados por el sacro mar Mediterráneo, es el continente destinado a marcar una nueva etapa en el progreso del hombre. Su destino está en los albores. Verlo como viajero fugaz significa una retina ávida y segura.

Pero... que el Sr. Durtain lo sepa. Por aquí no creemos en la influencia ni del espíritu indio ni de lo que él llama las civilizaciones del infinito, de la inmovilidad, ni las deseamos, en los destinos de nuestra raza, sino en la eficacia de sus propias fuerzas jóvenes y pujantes en su nuevo campo de acción: Hispano-América.

E. S. C.

Figures Sud-Américaines, por *Manoel Gahisto*. Albert Messein, éditeur. Paris, 1933.

LA biblioteca *Essais et critique*, que dirige León Bocquet, acaba de publicar este volumen, firmado por un viejo amigo de Hispano-América y de esta revista: Manuel Gahisto.

Está consagrado al poeta bahiense Castro Alves, cuya breve vida, llena de episodios románticos, renace en las páginas de Gahisto por virtud del amor con que éste la pinta y examina su obra; al gran Coelho Neto, evocado en una serie de anécdotas que descubren su alma de calidad insuperada; a Manuel Gálvez, brevemente estudiado a través de su producción novelesca y de algunos de sus críticos; a Rufino Blanco Fombona, polígrafo venezolano de quien traza también a vuelo de pluma su vida, que por sí sola es una apasionante novela.

El libro de Gahisto es efusivo; y el contagio que toda efusión comunica lo hace valiosísimo, en cuanto supone un elemento que despierta ansias de llegar a la intimidad de las obras realizadas por hombres a quienes se nos acerca tan discretamente, mediante algunas indiscreciones.

Gahisto ha traducido al francés a Gálvez y a varios escritores de lengua portuguesa, poniendo así en contacto los públicos que leen francés con figuras relevantes de nuestras letras, y divulgando el pensa-

miento de Hispano-América. Sus actividades anteriores se completan hoy con las páginas de *Figures Sud-Américaines*, en las cuales, como su autor lo dice, no se aspira sino "à étudier les points de détail", a "replacer dans leur atmosphère quelques personnalités attrayantes, justifiant leur effort", y, como lo hemos dicho ya "à suivre l'aventure de leur carrière, de gagner à elles l'attention ou la sympathie du lecteur".

Propósitos que logra Gahisto con su prosa sencilla, cordial, y la oportuna elección de sus biografiados.

E. S. C.

LETRAS HISPANO-AMERICANAS

José Martí: apóstol, héroe y mártir, por Néstor Carbonell. Buenos Aires, 1933.

HA sido publicado un folleto con la oración pronunciada por el Dr. Néstor Carbonell, ministro de Cuba en Argentina, en el Instituto Popular de Conferencias, alta casa de difusión cultural que, por iniciativa de *La Prensa* y bajo la presidencia del Dr. Carlos Ibarguren, organiza todos los años ciclos de disertaciones de los más variados temas, pero todos siempre de interés palpitante.

La figura consular de Martí, hecha de devoción y constancia, tratada por Carbonell en lírica oración, se destaca como un fresco en el muro del tiempo, vigorosa, romántica, entusiasta. Educador, guerrero, poeta, escritor, y más que nada hombre integral, hecho de todas las inquietudes, de todas las generosidad y de todos los dolores, Martí consagróse al sacerdocio de servir a su patria con fe inquebrantable. A ella dió todo, inclusive la vida.

Como una reafirmación de independencia, de un tiempo a esta parte todas las generaciones cubanas vienen exaltando la figura del héroe. El hombre emblema. En él coinciden todas las tendencias.

Carbonell, ha trazado la trayectoria de aquella vida andariega e inquieta, con ese fervor que todos los cubanos ponen al hablar de Martí. Conocer, hasta el detalle, de cuanto concierne a su compatriota, ha sabido, en síntesis feliz, desplegar el film apasionante, que nos muestra al primer artesano de Cuba nacionalidad. Cuanto era necesario decir ha sido dicho con claridad y elegancia.

E. S. C.

BIBLIOGRAFIA

Bibliópolis, por Rafael Alberto Arrieta. Buenos Aires, Vial y Zona, 1933.

EL prosador armonioso y sutil de *El encantamiento de las sombras*, (páginas del manuscrito de un bibliómano), regresa de un viaje imaginario. Nos habla de impresores, de lectores, de ardorosos amantes de los libros. Viaje imaginario por *Bibliópolis*... ¿Imaginario? Tal vez no sea ésta la palabra justa. El espíritu del autor ha vagado, en realidad, por entre volúmenes; rastreó huellas impalpables pero indelebiles. ¿Importa que no esté delimitada en el espacio —aunque flota en el tiempo— la urbe cosmopolita de los libros? Existe. Inmaterial como el alma, fulge intangible en las riberas donde verdaderamente se es.

En lindes brumosas, veladas por la niebla traslúcida de uno o dos siglos, recórtase una silueta, se destaca y avanza. En el primer plano,

la recibe el poeta. No la agasaja con entusiasmo ni tampoco la loa con amor. Sonríele con ternura comprensiva que despierta melancólica cordialidad.

Rivadavia había regresado de Europa con un nimbo que realizaba su habitual tiesura. "...Hacia una pausa estudiada. Pasábase por los labios abultados el fino pañuelo de color, como para exhibir su vaporosidad llameante; lo devolvía a la bocamanga, junto al puño de encaje..." Fué, como Juan Cruz Varela, lector de Virgilio.

En la heterogénea ciudad de los libros, en esta república donde flamearon siempre todas las banderas, ninguno es extranjero. Rivadavia, Sarmiento, Monteagudo y Varela; Groussac; Richardson y Walpole; bibliófilos, bibliópatas y bibliófagos, todos respiran libremente:

"¡Beato Samuel Richardson! ¡Bienaventurado padre de *Pamela*, de *Clarisa*, de *Grandison*!" Rafael Alberto Arrieta describe varios retratos del grave y —para muchos— tedioso novelista. El primero es animadísimo: "Ese buen señor, obeso y sedentario, que en el país de los deportes cabalga sobre cuatro patas de hierro, con tempestuosa agitación del abdomen y la peluca, sin avanzar un solo paso, en la intimidad de su alcoba, tiene —lo afirman sus contemporáneos— el poder del humo y de la cebolla: arranca lágrimas a raudales".

También figuran Jules Le Petit, autor de *L'art d'aimer les livres et de les connaître*; Ténant de Latour, bibliófilo parisiense; John Brand, vicario de Londres. *Bibliópolis* es como una galería de retratos que lucen a través de la prosa cristalina de Arrieta.

De los amigos de los libros, el más modesto y, sin duda, uno de los más simpáticos, es el alférez Manuel Esteves Cordero, vecino de Altapauca, humilde lugar catamarqueño. La lista de volúmenes figura en la *Memoria e inventario* adicionales de un testamento fechado en el siglo XVIII: A mi hijo José "le dejo todos los veinte y seis o veinte y siete libros, que no hay otros en el pueblo como ellos, escogidos entre muchos que han llegado a mis manos, para que trabaje en ellos en pro de su alma..." "Y si hiciere lo contrario, que se vendan en almoneda por el precio que valieren, a persona que entienda y sepa de la materia..." Walter Scott, Rousseau, Sainte-Beuve; Tácito, Burke, Bentham; Kempis, La Bruyère, Pascal... Autores distintos gustados por temperamentos diferentes. Y el todo hermosado por una delicadeza radiante, característica de ciertos líricos ingleses —bien conocidos de Arrieta— líricos cuya etérea levedad armoniza tanto con la poesía de *Las noches de oro* y la prosa de *Las hermanas tutelares*.

AUGUSTO CORTINA.

LITERATURA INFANTIL

Fabulario, por Germán Berdiales. A. Kapeluszy y Cía. B. A., 1933.

LA niñez tiene su período de *fabulación*, una época *encantadora*, un instante fugaz de *mentiras*. En cambio, el adulto vive en su etapa de *cristalización*, de juicio, de *pos-fabulación*. ¿Acaso no existen en la historia las llamadas épocas fabulosas? La Hélade es el pueblo egregio de lo inverosímil, sirvanos de ejemplo. Ya el viejo maestro Sócrates — el lógico, por definición— habíase reído de los poetas; y nada menos que de Homero, supremo artista de la mentira olímpica.

Existieron otros países mentirosos. Mintieron los egipcios y los árabes y los indúes. Los cuentos de las "mil y una noches" forman un muestrario interesantísimo. Cabalmente el libro de Berdiales trae una portada emblemática sobre el eterno motivo de las fábulas orientales. Hasta

las letras del título pertenecen a lo fabuloso. Una *F* gigante en compañía de una *b* y *l* como bambúes; sobre la *i* un enorme punto semejante a un globo; y más arriba unas estrellas verdosas —¿y por qué no azules?—; y en el centro un palacio califal. El tomo presenta en su interior unas ilustraciones de buen gusto, elegantes, esfumadas.

Escuchemos ahora al poeta de *Fabulario* en *La estrella*, una de sus mejores composiciones.

*Una estrella en la altura
envidiaba noche a noche
de otra estrella la hermosura.
Hízole a Dios un reproche,
y Dios, con su mano pura,
la desprendió de su broche.
Así, en vuelo silencioso,
bajó la envidiosa estrella
a buscar dentro de un pozo
A la envidiada por ella,
y en el espejo engañoso
se halló con su imagen bella...*

El tuquito, es otra poesía de feliz inspiración; *Los trompos*, un fino estudio psicológico; *Los pollos*, de hondo sentido real; *Las mariposas*, con un alegre aire de ríndia; *La ilusión*, un hermoso contraste entre la flor y la mariposa; *La caracola*, de aire "lugoniano":

*le muestra al hombre el ideal
del verdadero amor filial.*

Berdiales escribe para los niños; es su puntal. Sabe añiñarse sin ser pueril; posee además una rica imaginación y sus versos tienen el encanto escondido de una flor de loto.

*Esta fabulilla,
salga bien o mal,
me ha ocurrido ahora
por casualidad.*

reza el epigrafe de su bello libro. Es de Iriarte la copla. En su dicho ampárase Berdiales. Al amparo de tal maestro consigue "salir bien"; pues ha tomado como modelo al mayor de los ingenios españoles. He ahí la gloria del discípulo.

PORFIRIO FARÍÑA NÚÑEZ.

CUESTIONES EDUCACIONALES

600.000 analfabetos. Aldeas escolares, por Ramón J. Cárcano. Roldán, editor. B. A., 1933.

LA Argentina conmemorará próximamente el cincuentenario de la ley de educación común, y ante el asombro de todos, el Dr. Cárcano proclama en un folleto discutido, la *bancarrota* de la enseñanza pública. Es un librito catastrófico el trabajo del eminente historiador. "Nuestra escuela común vive estacionaria. No ha evolucionado en cincuenta años, defraudando a la gran ley de su creación", dicen el autor. Una nomenclatura marginal muy curiosa figura como un castigo en las 76 páginas del panfleto. "Nunca se cumplió la ley", afirma al referirse a

las escuelas Láinez; *Resortes flojos*, *El mal abarca todo el país*, *Vida miserable*, *Alcohol de 90°*, *La desnudez*, 90 % de enfermos, anota en otras partes, con el visible propósito de dar contornos sombríos al cuadro terrible de esos "800.000 analfabetos", abandonados de la mano de Dios. ¿Y quién es el culpable de esta grave falta? "Más que en los elementos, la falta está en los hombres", contesta el Dr. Cárcano, con singular sinceridad. A pesar de todo puede celebrarse dignamente los diez primeros lustros de la ley del 84 y la que creara además el gran legislador cuyo nombre preclaro lleva el número 4874. Nosotros, como educadores, podemos mostrar al país la excelencia de esa sabia ley. Buenos Aires — orgullo de América — es obra de la ley; hoy, con 2.000.000 de almas, es una urbe alfabetada. Téngase en cuenta, por otra parte, el aluvión inmigratorio, la confusión de lenguas, según Sarmiento. Sin embargo, el estado ha creado para ellos las escuelas de adultos y los eficientes cursos compleemntarios; ha creado para el niño débil las escuelas al aire libre y de vacaciones, los comedores escolares (bella iniciativa del Dr. Cárcano); las instituciones de beneficencia poseen las *continuas maternales*; los vecinos progresistas, las *universidades populares*; las cooperadoras, la *copa de leche*, el *panecillo*, las *bibliotecas de aula*; la escuela común vacuna al niño contra la difteria, practica el ahorro, ejercita el músculo; y sobre el cimiento material ha levantado el hermoso edificio de su cultura. He ahí la obra de la escuela primaria, nacida en Chile, de un bello nombre creado por Sarmiento, con el título de *educación popular*, y realizado en la Argentina por su creador; amén de la pléyade de gobernantes progresistas, como Avellaneda, Roca, Wilde, González, Láinez, etc., estrategias de la civilización. El estado, en síntesis, ha llevado a las últimas regiones del país —Tierra del Fuego, Los Andes, Formosa— la provechosa escuela primaria. Hemos visto en Corrientes —en plena selva del Alto Paraná— la escuela *nacional* y hemos conocido al maestro diplomado del Chaco austral, afanoso en su tarea, amante del estudio, patriota ejemplar. Reformemos la escuela, en buena hora; hagásmosla rural —"sacar nuestra juventud de las ciudades mediterráneas"—; dividamos el ciclo escolar en dos períodos: la primera desde los 6 años a los 10 años (alfabetos), la segunda desde los 11 a los 15 años (vocacional, como en el malogrado proyecto de Lamas); hagamos, en definitiva, la escuela para el hombre *económico*, en este siglo de la economía, y no olvidemos las palabras del sociólogo vidente, estampadas en *Las Bases*: "La industria es el único medio de encaminar la juventud al orden. Cuando Inglaterra ha visto arder la Europa en la guerra civil, no ha entregado su juventud al misticismo para salvarse; ha levantado un templo a la industria y le ha rendido un culto, que ha obligado a los demagogos a avergonzarse de su locura".

PORFIRIO FARIÑA NÚÑEZ.

SOBRE UN JUICIO RELATIVO AL IRIGOYENISMO *

EN una nota aparecida en el número 290-291 (pág. 358) advertí que no encontraba justificada la atribución de "optimismo algo panglosiano" que, según mi buen amigo Giusti, habría yo padecido en años pasados por confiar, en el grado que el epíteto sugiere, que el presidente Irigo-

* Con las publicaciones hechas por C. Villalobos Domínguez y Roberto F. Giusti en el número 290-291 de Nosotros, la Dirección piensa que los lectores han contactado con los elementos de juicio necesarios para formarlo sobre la cuestión suscitada por nuestro colaborador, y que la polémica, si la ha habido, está cerrada. No lo entiende así Villalobos Domínguez, quien reclama, en nombre de la libertad de defensa, la publicación del artículo siguiente, escrito para el nú-

yen y su Partido Radical habrían de llevar a implantación en la Argentina la reforma económica georgista. Apuntaba a mi vez que quizá la atribución procediera de alguna borrosa reminiscencia más bien que de concreta información en vista.

Me resultó singularmente inapropiada esa atribución y quise rectificarla, no sólo en salvaguardia del crédito que pueda merecer como ajustado intérprete de hechos y conceptos sociales, sino porque me hace aparecer en una posición que es no menos que diametralmente opuesta a la que he tenido y, a pesar mío, mantenido desde años más lejanos, también, de lo que yo quisiera. Y eso lo explicaré con una anécdota que, revelada en estas páginas, puede quizá alcanzar cierto interés histórico.

La verdad es que, siempre prevenido para no dar por cierto sino lo que me consta, mal podría yo abrigar en los primeros años de la presidencia Yrigoyen una opinión de ningún género sobre los planes económicos e ideas doctrinarias del señor Yrigoyen, por la sencilla razón de que no las conocía, ni hoy mismo, dicho sea de paso, tengo noticia de que hayan existido.

Así, pues, lo mejor que pude pensar y decir entonces es que el gobierno del presidente Yrigoyen, en cuanto primero de los gobiernos argentinos elegidos auténticamente por el sufragio popular y contando con muy vasto sostén de la opinión pública y apoyo incondicional de un partido "podría, si quisiera", adoptar soluciones económicas de índole georgista".

Decir que, dentro de sus facultades y de las favorables circunstancias "no me extrañaría mucho que eso *estuviera ya en sus intenciones*", bien que "yo no sé si el gobierno radical será capaz de implantar el georgismo" (y es cuanto, en concreto, ha podido mencionar mi amigo Giusti como antecedente para su apreciación) me parece que difiere demasiado de todo lo que pueda denominarse "optimismo algo panglosiano", y aun casi de todo lo que pueda considerarse optimismo en grado alguno. Y no puedo creer que, dada la cultura literaria de mi amigo, se le habría ocurrido escoger esa calificación, de haber tenido a la vista los párrafos que ahora cita de mi trabajo de 1919; así como me explico muy bien la exageración que le ha escapado de la pluma, fiando a la memoria de una referencia incidental.

La mismo dije en líneas contiguas a las que Giusti ha transcrito que "los socialistas deberían ayudar y también la Iglesia", pero claro es que sería abusivo interpretar esas palabras como confiada esperanza en que lo harían.

Si yo no entiendo muy mal el idioma, me parece que cualquier lector de la citada apreciación de Giusti y su contexto habrá inferido por ella que aquel supuesto optimismo candoroso habría requerido el andar de los catorce años transcurridos para desvanecerse, mientras que es bien distinta la opinión que he tenido desde el día y circunstancias que voy a relatar.

Sucedió que a mediados de 1920, fui invitado por intermedio del Sr. Alberto Alves de Lima a participar en la entrevista que un grupo de distinguidos georgistas cordobeses concertaron para presentar al presidente Yrigoyen un memorial titulado (aproximadamente, pues no tengo copia a mano), "Proyecto para la paz social y el progreso de la República". Estaba redactado en Córdoba y traía las firmas, en cuanto recuerdo, de los Dres. Ignacio E. Ferrer, Arturo Capdevila, Arturo Orgaz,

mero pasado. La Dirección, a pesar de su firme opinión de que esta cuestión carece de interés general, se ve en el deber moral de complacer a su colaborador por la sola razón de que el causante involuntario de esta polémica tardía lo ha sido uno de los directores de *Nosotros*, el cual no desea ser sospechado de parcial ni tiene nada que agregar a lo dicho. — (N. DE LA D.).

Ings. Alberto Durrieu y F. Ferrari Rueda, a las que añadimos las nuestras dos o tres más correligionarios, de esta Capital.

La audiencia, que había sido obtenida por mediación del senador nacional Pedro Larlús, también concurrente a ella, tenía por objeto, como se comprende, ampliar verbalmente las consideraciones que informaban el proyecto, y tomamos parte en ella todos los citados, salvo Capdevila y Ferrari Rueda, que quedaron en Córdoba.

El señor Presidente nos atendió deferente y largamente, dando ocasión a que todos los presentes que quisieron, expusieran sus observaciones y luego habló él, empezando por señalar que advertía la importancia del tema que nos llevaba y de la doctrina georgista que invocábamos, la cual "por supuesto — dijo — conozco perfectamente", extendiéndose enseguida en una divagación de carácter místico-patriótico, y también preguntándonos si contábamos con muchos afiliados, pero sin que, por mi parte, pudiera sorprender en sus palabras concepto alguno con atingencia determinable a las cuestiones de gobierno que le proponíamos.

Al salir de la audiencia, como es natural, nos hicimos comunicación de las respectivas impresiones sobre la misma; y recuerdo que la mía, expresada en los términos de compañeril confianza que primero tuve a mano, fué, palabra más o menos, la siguiente: "A mi juicio este señor es una especie de espiritista barato que no ha entendido nada de lo que le hemos dicho, ni sabe nada de doctrinas económicas de ninguna clase, ni le importa nada del memorial, ni debemos esperar que hará cosa alguna a su respecto".

Los términos, sin duda poco académicos, de dicha manifestación, reflejan exactamente la opinión que desde entonces adopté y que nunca hallé motivo para cambiar. Opinión que, dicho sea de paso, podrá ser discutible; pero no se dudará que el vaticinio ha resultado exacto y, por lo demás, fácilmente atestiguable. Presumo, que Giusti no conocería esa opinión, pero es seguro que no habrá visto, en los años transcurridos, ni una línea mía que la contradiga.

Dicho se está que, tan poco esperanzado sobre el jefe del Partido Radical, no podría estarlo más sobre el partido mismo, por ser tan notoria su estrecha sujeción a las determinaciones del caudillo. Y hallé ocasión de manifestarlo en el número aniversario de Nosotros (1927) donde estuvo a mi cargo la reseña sintética de la vida política del país durante los veinte años precedentes.

Enumerando la acción de los diversos partidos, dije del Partido Radical, entre otras cosas, que "carente de programa concreto y de un conspicuo elenco de gobernantes, y un jefe de dotes de estadista, su acción resultó un desencanto, para el promedio del electorado, separándose de él lo más granado de sus elementos dirigentes", añadiendo que "en cuanto hoy es posible aplicar al asunto una visual de perspectiva histórica, creo poder afirmar que la actuación de dicho partido y de su jefe carece de importante significación y que, andando algún tiempo, quedará relegada en el olvido".

Por entonces no veía en el panorama político del país sino "una fuerza partidaria relativamente condensada y en vías seguras de sólida cohesión: la coalición de elementos conservadores, que, bueno es advertirlo, no son de índole reaccionaria, pues el reaccionarismo cuenta tan poco entre nosotros como el comunismo o anarquismo".

Sabemos que más tarde alcanzó el irigoyenismo por segunda vez el gobierno nacional y casi todos los provinciales, pero también sabemos que bastó un paseo de cadetes para derrocarlo (como ya el comicio lo iba derrocando) sin que nadie levantara un dedo en su sostén. Cerrada su historia, vemos que no consiguió ni siquiera destruir "el régimen" (de lo que tanto se jactara) ni mucho menos la oligarquía que, mediante la

propiedad territorial, ha dominado siempre en el país. ¡No; cómo iba a destruirla un partido cuyo jefe era uno más entre los latifundistas!

Termino admitiendo que mis juicios, tan poco panglosianos como se ha visto, no conciernen al que hoy es designado Partido Radical, puesto que, a mi parecer, un partido muy estrictamente plasmado y centralizado en la personalidad de su caudillo, deja de ser el mismo al fallecer el hombre que excluyentemente lo maneja, aun cuando conserve el título y apariencia formal. El que ahora se llama Partido Radical es para mí una incógnita... y quizá también para sus propios afiliados. Querría creer que condensará en fuerza política consistente y constructiva, pero no poseo datos suficientes para admitir ni rechazar la suposición.

C. VILLALOBOS DOMÍNGUEZ.

LAS REVISTAS

CON el número de agosto último, que acaba de llegar a nuestras manos, *Atenea*, la excelente revista de la Universidad de Concepción, en Chile, ha completado el centenar de apariciones: diez años recorridos en línea recta y ascendente; uno el propósito uno su cumplimiento.

Guardar la serenidad en nuestras empresas de cultura; tener "el oído atento y el ojo avizor", como dijo el poeta; sortear las emboscadas tendidas por la novelaría, endemla artera del medio hispano-americano; afirmar la voluntad y mantener tensa la independencia, marcando, como la brújula, el norte inevitable, no es tarea liviana. Sabemos valorarla. ¡Cuántos ensayos abortaron por nacer con el vicio de conformación que implica el diletantismo!

Atenea, cual su epónima, encarna la inteligencia, — no digamos el petulante vocablo: sabiduría — por eso, sus esfuerzos siempre rindieron serios resultados: los cien números que llenan el transcurso de diez años, densos, reposados, aunque alertas, afirmativos de una cultura de la que, a la vez, han sido artesanos, hablan elevado lenguaje de hechos. Han elaborado el fermento de un espíritu que cada día más constituye la esperanza de la humanidad: el de Hispano América. Y al establecer las dimensiones de ese espíritu no olvidaron los animadores de *Atenea* que ellas encerraban: "amor a la nación en cuanto unidad de vigor dentro de la solidaridad de la raza y de la humanidad" y, antes de eso, "amor al suelo del país y a sus pobladores, considerados en cuanto núcleos de fuerzas en potencia, capaces de inmenso desarrollo".

Atenea, en todo momento ha sido una publicación palpitante de vida, ágil, nerviosa, desprovista de dogmatismo y de pedantería. Su seriedad ha sido la de quienes por auscultar las horas tienen conciencia de lo trágico del tiempo: ser responsables entraña repudio de lo frívolo.

Enrique Molina y la flor de la inteligencia chilena — tan vasta, tan honda — han sido los sostenedores y propulsores de *Atenea*. A ellos la satisfacción del triunfo, que hoy festejamos todos en estas dilatadas tierras, en las que uno es el idioma, uno el espíritu y uno el destino.

Por sobre el Ande nuestras manos, las de *Nosotros*, callosas del oficio, se tienden amigas y efusivas en la señalada efemérides.

— **L**ETRAS, la revista bimestral de crítica y ensayos, de Arturo Cambours Ocampo y Arturo Cerretani, ha vestido con la primavera un nuevo traje. Entra en una segunda época, en la cual, el número de setiembre, que acaba de publicarse, figura con el número 1, y no con el décimo-quinto que le pertenecería. Prometen sus directores "una orientación nueva y más positiva": aseguran haber hallado su derrotero, haber reco-

gido experiencias, afirmado conceptos y aprendido a valorar las personas y las cosas. No podía ser de otro modo, porque el tiempo es gran maestro. Por eso, a nuestro juicio, se apresuran al declarar que el formato elegido será definitivo. Lo que más fácilmente puede cambiarse es el formato, porque *Letras*, no siendo una revista pequeña, es una pequeña revista, y nosotros sinceramente le deseamos que pueda ofrecernos más abundante material, con ser muy estimable el que en este número nos presenta.

Letras promete también "construir", lo que "casi siempre significa luchar", aunque abandonando su actitud beligerante, dice la Dirección. Esto es un poco contradictorio. Si se propone luchar, está en actitud beligerante, y hará muy bien en estarlo, porque en literatura, como en todo, y más en una revista de crítica y ensayos, construir y destruir, afirmar y negar, van aparejados. El doctor Ramón Doll, que encabeza este número con un artículo sobre Borges, asentirá a lo que acabamos de decir. Borges publica el libro *Discusión*. El doctor Doll se lo discute a su vez. Así es la vida. Y todos procurando hacer algo. Aquí, por ejemplo, podríamos discutirle al doctor Doll lo que piensa de Nosotros, revista "hepática, reumática, amarilla", eso sí, en buena compañía en su tabla de diagnósticos. Pero le vamos a dar sogá todavía, porque ya se lo hemos vaticinado: cuando él haya discutido con sus huéspedes de este último cuarto de hora —luchar es construir— y con los que vaya encontrando al paso de su desasosegado andar y venir, como de quien siente en la nariz y en la piel esa picazón tan común en los hepáticos, y en el alma ese malhumor tan natural en los reumáticos, acabará por discutir consigo mismo, y entonces le diremos si tiene razón.

Le deseamos a los amigos de *Letras*, buenos amigos y larga prosperidad.

—**L**AS *Editions du Trident*, de París, han puesto en circulación cuadernos mensuales de poesía y humanismo bajo el título de *Eurydice*. El número tres de *Eurydice* acaba de llegarnos. Raymond Binet, Pierre Pascal y André Gorins son las figuras directrices de esta nueva revista, que cuenta con excelentes colaboradores.

Su tendencia está definida en el subtítulo: "poesía y humanismo". Un gran amor inspiró piedad a los dioses: al plañidero y constante Orfeo le fué devuelta su dulce amada: Euridicia.

Los redactores de su homónima, nuevos Orfeos, por su grande amor al humanismo y a la poesía, confían en que la Iglesia, única capacitada para obrar el milagro, por razones que dan, "tome el alma desde su cuna, en este siglo de autómatas, y después de sumergirla en las Humanidades le dé por este medio el equilibrio y la verdadera noción de los valores, obligándola a renacer humana, realizando así lo que sería un nuevo *Renacimiento*, por el que todos claman".

Entronca así *Eurydice* en el abundante movimiento espiritualista y renacentista que inquieta las jóvenes mentes francesas.

Le deseamos cordialmente el éxito.

CRONICA MUSICAL

Teatro Colón

EN la breve temporada de conciertos del Colón, Fritz Busch demostró ser uno de los más grandes intérpretes de música clásica que nos haya visitado, al que recordaremos siempre, entre otras cosas, por una estupenda versión de la *Novena Sinfonía* que dirigió de memoria, con

autoridad de maestro seguro de su delicada misión, y entusiasmo de músico noble y apasionado. Si bien es cierto que sus programas no se distinguieron por la novedad — faltó en casi todos ellos la página desconocida clásica o moderna — lograron atraer al público e interesar a la crítica por la alta calidad de los mismos y la admirable forma en que fueron traducidos.

En el homenaje a Brahms figuraban *Doble concierto* y *Requiem Alemán*. En el *doble concierto* para violín, violoncelo y orquesta, obra de vigorosa construcción formal, afeada un tanto por un abuso de ornamentos *virtuosísticos*, obra escrita teniendo demasiado en cuenta el lucimiento técnico-sonoro de los intérpretes solistas, los maestros Pessina y Vilacarla lucieron su impecable mecanismo y su fina musicalidad. El *Requiem Alemán*, verdadero monumento sonoro que une a la severa elegancia formal la vibrante fuerza de la inspiración — que se sale a veces del cauce religioso para caer en una noble teatralidad —, halló en el maestro Busch el intérprete vigoroso y certero. *Las danzas de Salomé* y el poema sinfónico *Don Juan* de Strauss, especialmente este último, fueron traducidos por Busch con gran precisión rítmico-expresiva y holgada fantasía lírica.

— **E**l masetro Ansermet — temperamento de músico opuesto al de Busch — es uno de los más inquietos espíritus artísticos de la hora actual y el más novedoso confectionador de programas musicales que haya actuado entre nosotros, contribuyendo con ello más que nadie a enriquecer nuestra visión sonora. Dirigiendo a los clásicos no es Ansermet, a nuestro juicio, un director de la talla de Busch; es posible que el asiduo contacto con las obras de los compositores modernos que tan bien comprende, *modernice* demasiado su batuta para la interpretación de los clásicos, o tal vez su espíritu tan compenetrado de lo moderno, no sienta con igual intensidad lo clásico. En nuestro entender, si se hubiera limitado a dirigir obras modernas de las muchas que nos hizo conocer en sus anteriores actuaciones y que nunca le agradeceremos bastante, su éxito hubiera sido más rotundo. En sus cuatro conciertos nos presentó uno como pequeño panorama sintético de la música antigua y moderna, desde una deliciosa *sinfonía* de Haydn, hasta la dinámica *Sinfonía de los salmos* de Strawinsky; desde la página más pura y delicadamente elaborada en armonía consonante, hasta el más caprichoso y genial trozo disonante. Las cerebraciones exquisitas de Debussy — el más fino orfebre de sonoridades — y las dinámicas inspiraciones de Strawinsky, el más fuerte creador de ritmos sonoros de la hora actual, convienen extraordinariamente al temperamento de Ansermet que se complace en presentar las inspiraciones de estos compositores sin descuidar los más pequeños detalles de los matices y de la expresión.

— **N**o es gran cosa lo que puede decirse en favor de la temporada de ballets dirigida por Bronislawa Nijinska, maestra escenógrafa de no muy caudalosa fantasía y bailarina en decadencia.

Habiendo tanta música hermosa original escrita para *ballet* ¿a qué ofrecernos adaptaciones de obras pianísticas de Chopin o Beethoven que, líricamente, están reñidas con ese género musical tan de hoy? *Súlfides* con música de Chopin y *Variaciones* con música de Beethoven, resultan, adaptadas al ballet, dos ñoñerías cursis e insignificantes. Los dos únicos ballets ofrecidos dignos de mención fueron *Bolero* de Ravel, coreográficamente mejor presentado que el año pasado por Boris Romanoff, y *Bodas* de Strawinsky, una de las páginas más originales y obesionantes de este compositor. Está toda ella escrita en armonía diso-

nante y es como un muestrario de los ritmos más caprichosos y audaces, de las sonoridades más genialmente agresivas que se puedan concebir. Dentro de una armonía salvaje, ruda y desequilibrada — equilibrada por una fuerza rítmica que no tiene precedentes — se percibe calor de humanidad y fuego de fantasía.

— **L**A ópera *La sangre de la guitarras* del maestro Constantino Gaito, de la que nos ocupamos a raíz de su estreno el año pasado, fué eficazmente dirigida por su propio autor y contó con un buen cuadro de intérpretes escénico-vocales, entre los que se destacó Zoraida Corucci, dueña de una bella voz de soprano lírica y promisoras cualidades de actriz.

Los concertistas

RAUL SPIVAK, HELENA LARRIEU. ALBERT RAPPAPORT

RAUL Spivak es, fuera de toda duda, un excelente pianista que en cada concierto evidencia cuando menos un progreso técnico sobre el anterior. Técnicamente poco o nada tiene que envidiar a los mejores pianistas extranjeros que nos han visitado, a uno de los cuales, José Iturbi, en obras de carácter fino o gracioso, recuerda. Buena sonoridad, justo fraseo, perfecto ligado, riqueza de matices, convincente juego de pedales, segura musicalidad, nada le falta para ser un gran artista; pero, es el caso, que a través de sus interpretaciones técnicamente impecables y musicalmente correctísimas siempre, se echa de ver que *comprende* más que *siente* lo que interpreta. Su temperamento tranquilo — en ningún instante da la sensación de nerviosidad — refleja demasiado pasivamente el espíritu del autor interpretado; y así la sonoridad, el matiz, el acento del trozo vertido están perfectamente comprendidos y reproducidos en su parte externa, pero, rara vez vibran con el fuego interior de una definida personalidad artística. Las obras modernas, rítmicas y brillantes, de gran aparato exterior, se prestan ampliamente al lucimiento de sus grandes recursos técnico-sonoros, así como también algunas obras antiguas y modernas de fina factura, más elegantes o graciosas que emotivas.

— **C**UANDO la joven pianista argentina Helena Larrieu ejecuta al piano las obras que convienen a su temperamento fino y delicado, exquisitamente femenino, que va del *pianissimo* más etéreo a un agradable *mezzo forte*, pasando por una deliciosa penumbra de matices expresivos, se coloca junto a los grandes artistas del teclado. Obras de carácter gracioso, de melodías dulces e insinuantes, de soñadora melancolía, de contenida emoción lírica, de los grandes románticos, especialmente de Chopin, se amoldan a su temperamento como un guante justo en una mano bien modelada. Interpretando esas obras con la pureza expresiva que es habitual en ella, usando con admirable facilidad de una técnica que se distingue por la dulzura y limpidez de la sonoridad, Helena Larrieu no tiene rival entre nuestros pianistas.

El segundo concierto que Helena Larrieu ofreció en el Salón de la Biblioteca del Consejo Nacional de Mujeres estaba gentilmente dedicado al director de esta revista, Alfredo A. Bianchi. Obras de Chopin exclusivamente, integraban su programa y — salvo dos o tres — no podían haber sido elegidas con mayor inteligencia artística, y, pusieron de relieve, como pocas veces, las notables cualidades de finura y delicadeza

lirica de esta concertista. En muy raras ocasiones hemos oído versiones tan poéticas de los estudios op. 25 Nº 1, 2 y 7, la berceuse, el nocturno op. 9 Nº 1, de tres mazurkas y de la fantasía-impromptu.

—**E**N la Asociación Wagneriana ofreció un recital de canto Albert Rapaport con un programa no del todo apropiado para desarrollarse en una sala de concierto. Dueño de una voz agradable, no muy extensa, que maneja con gusto, se distinguió en las obras de autores rusos que virtió con honda emoción. En forma inmejorable le acompañó al piano el joven pianista Miguel Rajcovich.

MAYORINO FERRARIA

Como se pide

Buenos Aires, 4 de octubre de 1933.

Señores directores de Nosotros:

EN la edición del día 3 del corriente del diario *Crítica*, al narrarse lo ocurrido en una conferencia del Sr. Carlos Astrada, se da una versión de los hechos no sólo inexacta sino hasta contraria a la verdad, en lo que toca a mi intervención personal. Aunque no me interesa una rectificación periodística, me importa poner en su punto lo que pasó.

Es inexacto que, como dice *Crítica*, yo sea miembro de la Sociedad Científica Argentina y que yo haya impedido la conferencia. Por el contrario, como miembro de la Sociedad Kantiana de Buenos Aires (institución de estudios filosóficos), organicé juntamente con otros amigos la conferencia de Astrada, al que personalmente se la solicité en un viaje reciente a Rosario, donde él me comunicó su próxima venida a ésta. La Sociedad Kantiana de Buenos Aires, institución no oficial, está constituida por un grupo de estudiosos de filosofía, y es la rama local de la más importante y respetable sociedad filosófica del mundo, la Kant-Gesellschaft, con sede en Berlín y filiales en todos los países cultos. La Sociedad Kantiana de Buenos Aires desarrolla desde hace años sus actividades sin publicidad ni ninguna concesión a la resonancia fácil y callejera. Celebra mensualmente y sin interrupción reuniones de exposición y discusión sobre temas rigurosos de filosofía; la asistencia está limitada a los asociados y a un pequeño número de interesados serios. Sólo excepcionalmente, como en este caso, se anuncian públicamente las sesiones.

Las reuniones durante este año han tenido lugar en el local de la Sociedad Científica Argentina, cedido por su C. D. Anunciada la conferencia de Astrada con el título *Heidegger y Marx; La historia como posibilidad fundamental de la existencia*, a última hora, cuando debía iniciarse y la sala estaba llena de público, una persona en nombre de la C. D. de la S. C. A. nos anunció a la Sra. Ría Schmidt-Koch, secretaria de la Sociedad Kantiana, y a mí, que la conferencia, por su tema, no podría realizarse en aquel local. Se hizo presente a dicha persona que se trataba de un tema de estricta filosofía, de acuerdo con la índole científica de la Sociedad Kantiana, pero la prohibición de utilizar el local se mantuvo, insinuándonos que se anunciara la suspensión del acto "con un pretexto cualquiera". Me negué a esto último, y anuncié al público en nombre de la Sociedad Kantiana, que la C. D. de la Sociedad Científica Argentina impedía la conferencia en su local en atención al tema de la misma. Poco después la conferencia fué dada en el Colegio Libre de Estudios Superiores.

El forzado apresuramiento periodístico justifica muchas cosas, pero la ligereza llega a veces a un extremo que acusa un descuido y una inconsciencia increíbles. La tergiversación de los hechos, no intencional sin duda, resulta aún más grotesca por la circunstancia de haber estado yo mismo presente en la última parte de la entrevista del reporter de *Crítica* con Astrada en el Hotel Jousten, el día 3 a la mañana, y haber intervenido en su conversación.

Saludo a ustedes con distinguida consideración,

FRANCISCO ROMERO.

Buenos Aires, 24 de octubre de 1933.

Señores Directores de *Nosotros*.

Estimados amigos: En el artículo que publiqué en el penúltimo número de *Nosotros*, sobre los premios literarios de 1930, dije, aduciendo el hecho en simple corroboración de una tesis de fondo, que mi distinguido amigo Dr. Manuel Gálvez había rechazado el segundo premio que se le otorgara en año precedente, porque se consideraba acreedor al primero, en razón del valor de su obra conjunta. En el número subsiguiente de la misma revista el doctor Gálvez me rectifica: lo rechazó porque estimaba que no sólo su obra total sino también sus dos volúmenes del año, *Humor* y *Los caminos de la muerte*, le daban título en aquel sentido.

Acepto la rectificación: nadie mejor que el propio interesado para conocer los factores de su determinación. Pero pido permiso a mi distinguido amigo Dr. Gálvez para mantener mi convicción, acaso equivocada, de que esos dos libros, pese a sus valores, no llegan a los puntos de *La maestra normal* o *Nacha Regules*. He leído los juicios de Larbaud y otros al respecto, sin que mi convicción se alterase. En éstas hay menos historia y epopeya, pero se rezuma, a mi ver, mayor frescura y naturalidad, un hálito de alta psicología y un lirismo tan sentido y hondo, que seducen y arrastran.

Sin propósito ninguno de "hacer" polémica, y al solo objeto de salvar una opinión personal, me tomo la libertad de molestarles pidiéndoles la publicación de estas líneas y me complazco en estrecharles la mano.

ALFREDO COLMO.

Necrología.

ESTE mes hemos tenido que deplorar la muerte del doctor JACINTO CÁRDENAS, uno de nuestros amigos y colaboradores. Cárdenas, que en su juventud estudió en la Universidad de Pensylvania, era un delicado espíritu de artista: sentía especial predilección por las letras inglesas. En nuestras páginas publicó repetidas veces excelentes versiones y paráfrasis de Shelley, Longfellow, Moore, Carew, Byron, Hood, y una, completa, de la *Balada de la Cárcel de Reading* (abril de 1925), más tarde editada en un lindo librito, traducción ésta en la cual la mayor fidelidad al pensamiento y lenguaje de Wilde, así como su metro y estrofa, se aparea con una viva intuición poética del espíritu que alienta en la dolorosa elegía.

Jacinto Cárdenas tuvo en su madurez una destacada actuación política y ocupó una vocalía del Consejo Nacional de Educación. Había nacido en 1864.

— **II** A fallecido ALFREDO COSTA RUBERT, que fué el administrador de **Nosotros** y eficaz colaborador de esta revista, en su primera época, desde su fundación hasta el N° 20. Fué en su casa, en una inolvidable picota de la plaza Montserrat, donde conocieron a **Nosotros**, nuestros amigos más lejanos. Empleado más tarde en el Ministerio de Instrucción Pública, fué su bibliotecario hasta su muerte, y también largos años profesor en el Colegio Nacional Mariano Moreno. En el acto del sepelio nuestro director Alfredo A. Bianchi, al rendir el último homenaje al amigo extinto, recordó los días esforzados en que le teníamos por compañero en esta empresa que guarda celosamente la memoria de quienes le dieron algo de sí.

Elegía al Restaurant Ferrari.

E L viejo restaurant Ferrari, de la esquina de Uruguay y Sarmiento, ha cerrado sus puertas. La ciudad se transforma: cambian sus centros de diversión; cambian las aficiones, los gustos, los caprichos del público. Así murieron — recordando lo que nuestra generación ha alcanzado — el Americano, Rebecchino, Charpentier, el Sportman, el Petit Salon, el Aguila de la calle Florida, la Perla, el bar de Luzio y Monti, el Aue's Keller, el Royal, el café de los Inmortales — que no ha de resucitar aunque se evoque su nombre —, lugares todos vinculados, de uno u otro modo, a la vida espiritual del Buenos Aires que se fué, a nuestras letras, a nuestro arte. El restaurant Ferrari vió pasar por su sala de banquetes a todos los escritores, argentinos y extranjeros, a quienes **Nosotros** reunía en horas de camaradería inolvidable al rededor de la mesa fraternal. Eramos más de sesenta quienes rodeábamos en esa sala a Blasco Ibáñez, en 1909; como ciento cincuenta en torno de Amado Nervo, diez años después. Y allí agasajamos en fecha más reciente — ¿quién los recuerda a todos? — a Armando Donoso, a Pedro Prado, a Enrique González Martínez, a Baldomero Sanín Cano, a Ernesto Ansermet. Pero Ferrari quedará ligado a la tradición de la vieja guardia de **Nosotros**, sobre todo por aquellos *almorzáculos* de los domingos, que nos reunían allá entre 1908 y 1909, en donde eran infaltables Florencio Sánchez, Evaristo Carriego, Charles de Soussens y aquel mecenas de poetas y bohemios que fué Salvador Boucau. Todavía se paseaba en torno de las mesas, entonces, el gordo fundador y dueño de la casa, vigilando sus ravioles y sus pollos, asados éstos con celo y ciencia infusa de *rôtisseur* — que ello se nace y no se hace —; pero ya han corrido muchos años desde aquel en que su corpachón de fondero de genuina estirpe, descansa en su tierra natal el sueño de los justos que hicieron bien al prójimo, alegrando su fugaz existencia. Todavía brilló largo tiempo el Restaurant con su antigua luz, bajo el diligente sucesor, Valicelli; pero no hay cosa que la Vida no consuma. Ahora es el auge de las *boîtes*: al buen Chianti cordial, sangre templada de una tierra generosa y deserta, se le prefiere el frío y agresivo copetín, hijo de la niebla, del esplín y de la necesidad de olvidar. Esto para los que tienen, o creen o fingen tener; que para los demás, ya sobra hasta el bar automático.

Saldamos con esta elegía fracasada nuestra deuda con el viejo Restaurant, si es que alguna adición se dejó sin pagar cualquier comensal distraído, que bien pudo haberlos entre los bohemios de nuestra compañía.

Escritores americanos en Buenos Aires.

—**E**L telégrafo nos anuncia el próximo regreso a Buenos Aires de **BALDOMERO SANÍN CANO**, esta vez en calidad de ministro plenipotenciario de su patria. **Nosotros** anticipa al ilustre maestro colombiano e invariable amigo, su saludo cordial.

—**JOSÉ VASCONCELOS**, el vigoroso pensador y escritor mejicano, el estadista que tantas iniciativas tuvo cuando estuvo al frente del Ministerio de Educación Pública de su patria, es nuestro huésped, invitado por la Facultad de Derecho de la Universidad de La Plata, para dar en ella un curso de conferencias. Ningún americano, cualesquiera que sean sus opiniones políticas y filosóficas, si pertenece a la estirpe de los hombres que miran hacia un mejor porvenir del continente, fundado en una conciencia democrática y en una mayor solidaridad entre los pueblos, podrá menos de saludar en Vasconcelos a un representante de esta conciencia que se va formando por encima del miope particularismo en el orden internacional, y de los desesperados intentos de regresión en el orden interno de cada nación.

—**VÍCTOR ANDRÉS BELAUNDE** ha estado breves días en Buenos Aires, de paso hacia el Brasil, donde le lleva una misión diplomática que le ha confiado el gobierno del Perú. Miembro en su patria de la Asamblea Constituyente, Belaunde ha tenido en ella una participación brillante, documentada en su reciente libro *El Debate Constitucional*, recopilación de sus discursos de 1931-1932. No pertenece a **Nosotros** examinar su larga acción política en favor de las libertades públicas, que le valió años atrás, militando contra Leguía, el destierro. Para **Nosotros** Belaunde es el cordial colega, fundador y director del *Mercurio Peruano*, escritor cultísimo y talentoso; para sus directores, un viejo amigo, desde los días lejanos en que desempeñó en Buenos Aires, el cargo de secretario de la Embajada extraordinaria presidida por el Dr. Víctor Maurtua.

—**PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA**, reconocida autoridad en los estudios filológicos y literarios, se ha reincorporado a nuestra escuela media y superior, en la Universidad de La Plata y en el Instituto Nacional del Profesorado Secundario de Buenos Aires, después de poco más de un año de ausencia. Cuando fué llamado a Santo Domingo, su patria, para hacerse cargo de la Dirección del Departamento de Instrucción Pública, aseguró que volvería apenas hubiese cumplido la obra de reorganización que sus amigos políticos le imponían como un deber. Cumplida esa eficaz labor, ha regresado a la Argentina, donde su ciencia y severa dedicación docente le han ganado el aprecio de los estudiantes, y su fino sentido crítico y generosa inquietud espiritual, el de los círculos literarios.

Federico García Lorca

HÁLLASE ya entre nosotros este escritor español, uno de los mejor dotados entre los de su generación, de la que se destaca con personales condiciones.

García Lorca es poeta y es dramaturgo. *Libro de Poemas*, *Canciones*, *Romancero Gitano*, *Poema del Cante Jondo*, son sus libros de índole poética. Andalúz, y andalúz de Granada, continuando la tradición literaria española, en la que siempre han influido con bien definidos caracteres las escuelas andaluzas, Federico García Lorca ha llegado a la lírica

de hoy en la península ibérica con los rasgos especialísimos de su región. Su meridionalidad, sin embargo, se ha teñido de jazz en cierto modo. Su "majerío" ha buscado un nuevo abalorio para el traje de luces. Eso es todo. Oriente vuelve a encontrarse con Oriente, después de una "randonnée": el moro de Andalucía con el negro de Yanquilandia.

La obra teatral de García Lorca no es numerosa, pero sí meritísima. Su tragedia *Bodas de sangre*, que conocimos este invierno a través de la magistral interpretación de Lola Membrives, a pesar de la visible influencia de Sófocles — véase *Electra* — y de Valle Inclán, — recordemos a *Voces de gesta* — que en ella se advierte, aunque tal vez ambas le sean beneficiosas, es, dentro del moderno teatro español, altísima producción, vigorosa y llena de sabor.

García Lorca es, además, conferencista. *Amigos del Arte* le ha brindado su tribuna. Hasta el momento en que escribimos estas líneas sólo ha dado dos de las cuatro conferencias que tiene anunciadas: *Juego y teoría del duende*, originalísima presentación de una vieja verdad, ya vista por muchos: la muerte como signo del clasicismo español; y *Cómo canta una ciudad de noviembre a noviembre*, animada, sentida, colorida evocación de su ciudad de Granada, a través de sus canciones, en la cual el poeta ilustró con jovial desenvoltura las diferentes canciones con el piano y el canto a media voz. Su éxito fué rotundo. Esperamos las restantes, que no dudamos lo confirmarán y acrecentarán.

—**H**A partido para Italia, donde desempeñará el cargo de Embajador de la República Argentina, José María Cantilo, novelista y poeta, de larga actuación diplomática. Había desempeñado el mismo cargo de Embajador, últimamente, en la República Oriental del Uruguay. Al alejarse, nos deja un libro de narraciones, *La ganga*, del que nos ocuparemos en breve.

*
* *

POR iniciativa del doctor Alfredo L. Palacios, el Senado aprobó a fines de setiembre un proyecto de ley por el cual se encarga a la Universidad Nacional de La Plata, la recopilación e impresión de las obras completas, publicadas e inéditas, del doctor Joaquín V. González, en una edición de 2.000 ejemplares, cuya distribución y administración se hará por intermedio de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares.

El proyecto, que el autor, con generoso espíritu, presentó firmado por veintidós senadores, representantes de todos los sectores políticos, número superior a la mayoría absoluta del cuerpo, fué fundado por el doctor Palacios con elocuentes palabras en las cuales encerró una síntesis de la obra del ilustre político, educador y escritor, quien, "con apariencia de sonámbulo, hablaba como en sueños y para consigo mismo, pero que era un formidable hombre de acción cuya labor asombra por su magnitud".

Despachado favorablemente por la Comisión de Instrucción Pública de la Cámara de Diputados, también con la firma de nuestro director Roberto F. Giusti, espera este proyecto solamente la sanción de la Cámara joven, que habriase producido en la última sesión ordinaria de setiembre, de no haber faltado el tiempo material para producirla.

NOSOTROS.